



Primeros pasos en el Trabajo Social

Tomo 1.

Viviendas de los pobres en Londres
de Octavia Hill



Compiladora Perla Hassan

Coordinadoras Viviana Bolcatto e Indiana Vallejos

Traductoras Melisa Edit Dall'Agnola / Paula Franco / Yanina Leiva /
Vanesa Marinaro / Paula Mascheroni / Aldana Quaino / Natalia Ramos



Primeros pasos en el Trabajo Social

Tomo 1.

*Viviendas de los pobres
en Londres* de Octavia Hill

Compiladora Perla Hassan

Coordinadoras Viviana Bolcatto
e Indiana Vallejos

Traductoras Melisa Edit Dall'Agnola /
Paula Franco / Yanina Leiva /
Vanessa Marinaro / Paula Mascheroni /
Aldana Quaino / Natalia Ramos

ediciones UNL

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Índice

Prólogo / 4

Presentación / 18

Introducción / 21

VIVIENDAS DE LOS POBRES EN LONDRES, DE OCTAVIA HILL (1883)

Prefacio de la primera edición / 24

Prefacio de la segunda edición / 28

1. PROPIEDADES RURALES EN LONDRES / 31

**2. SUGERENCIAS ENCONTRADAS EN CUATRO AÑOS DE GESTIÓN
DE UN DISTRITO INGLÉS / 39**

3. CASEROS E INQUILINOS DE LONDRES / 51

4. EL TRABAJO DE LOS VOLUNTARIOS EN LA ORGANIZACIÓN DE CARIDAD / 66

**5. COOPERACIÓN DE VOLUNTARIOS Y REPRESENTANTES
DE LA LEY DE POBRES / 80**

**6. ¿POR QUÉ SE NECESITABA LA LEY DE VIVIENDAS
PARA LA CLASE OBRERA? / 88**

7. ESPACIO PARA LA POBLACIÓN / 101

Glosario / 108

Referencias bibliográficas / 110

Sobre la compiladora / 113

Sobre las coordinadoras / 113

Sobre las traductoras / 114

Prólogo

El proyecto de dar a luz a una serie de publicaciones referidas a los *Primeros pasos en el Trabajo Social* es una gran noticia, y más aún si se trata de la traducción de obras clásicas de difícil acceso en nuestro medio.

En este caso es una apuesta para hacer llegar al colectivo profesional y a todas y todos los interesados en la reflexión sobre la intervención y la política social dos textos imprescindibles, ambos elaborados hace más de un siglo por Octavia Hill y Jane Addams, respectivamente, pioneras innovadoras que sentaron sólidas bases en el camino hacia la profesionalización del Trabajo Social. A ello se suma un artículo reciente publicado por Susanne Watts en el que recupera la experiencia realizada por Jane Addams en Chicago como antecedente del Trabajo Social con la comunidad de inmigrantes.

Se trata de una iniciativa original de colegas, docentes, investigadoras y estudiantes con quienes desde hace años compartimos la aventura y los desafíos de la investigación histórico–disciplinar. Un esfuerzo conjunto, de encuentro de saberes entre estudiantes y docentes de la Licenciatura en Trabajo Social y la carrera de Traductorado Literario y Técnico–científico de Inglés.

Esta publicación, muy oportuna por su contenido en los tiempos que corren, se inscribe en un contexto de reparación histórica, de reconocimiento, revalorización y visibilización de las primeras ideas, conceptualizaciones y prácticas innovadoras de una generación de mujeres que levantaron su voz

ante las nefastas consecuencias de la revolución industrial entre mediados del siglo XIX y principios del XX en Inglaterra y Estados Unidos.

Conceptos, experiencias que se gestan en un contexto de profundas transformaciones, en escenarios signados por la pobreza, insalubres, con precarias condiciones de vida, de trabajo, y deterioro del medio ambiente. Iniciativas que buscan y experimentan nuevas formas de dar respuestas en las que se articulan, se mezclan, se funden, fundamentos basados en la razón, la ciencia, el socialismo, la filosofía y valores cristianos humanistas. A pesar de las diferencias, hay un hilo conductor en ambas autoras: la mirada crítica respecto de prácticas e ideas arraigadas sobre la pobreza, la valoración y el respeto por la dignidad de las personas, la importancia central del conocimiento científico, la comprensión empática, la escucha, los métodos y las técnicas como derivados de fines y principios, la intervención como oportunidad, el encuentro con esos «otros», la dimensión ético-política de la intervención.

Si bien su contenido es de especial interés para nuestro campo disciplinar, podemos afirmar, como señala Horacio González (haciendo referencia a la sociología), que la historia del Trabajo Social formaría parte de la «historia de las ideas del mundo moderno» (2000:9) y constituye así un valioso aporte para los estudios sobre la historia social, de las mujeres y la política social.

Por lo tanto, la posibilidad de acceder a estos textos en castellano y su divulgación permitirán subsanar ciertas falencias en un área de vacancia en cuanto a una tradición escasamente estudiada o no tomada en cuenta en el campo académico y de la investigación. En los planes de estudio y programas de las asignaturas su presencia es casi inexistente.

Como señalan las coordinadoras de esta obra, «la traducción asume una función reactualizadora y divulgadora que permite hacer pública una parte del acervo profesional que nos estuvo vedada por la frontera de las lenguas, así como recuperarla y resignificarla con relación a la construcción identitaria de Trabajo Social». En tal sentido, es una invitación a reencontrarnos con nuestros orígenes, con nuestras ancestas, con ese linaje de mujeres valientes, creativas, transgresoras, que con aciertos y errores nos brindan su saber e inevitablemente nos contagian su entusiasmo en la lucha diaria por una sociedad más justa e igualitaria.

La invitación a escribir este prólogo volvió a ponerme en contacto con obras que venimos estudiando desde años; y ante la variedad de posibles ejes de análisis respecto de las diversas temáticas que abordan, la opción fue centrarnos y seleccionar algunos aspectos que consideramos fundantes de nuestro campo disciplinar, en particular aquellos que hoy siguen teniendo plena vigencia y hasta son indispensables para tener en cuenta tanto en la intervención profesional como en el campo de la política social.

Para introducir a lectoras y lectores en el clima de época, y como parte ineludible para la comprensión de una obra escrita, en primer lugar y en cada caso, haremos referencias a la historia de vida y trayectoria de las autoras en tanto mujeres inmersas en un contexto, en un lugar-tiempo, en tanto sujetos-históricos, para dar paso luego a la presentación de los textos.

Octavia Hill nació en 1838 en Wisbech, Inglaterra, en pleno corazón de la revolución industrial. Su casa natal es hoy un museo que atesora una reconstrucción de aspectos significativos de su vida, su biblioteca en la que no faltan obras de autores clásicos de la literatura, del romanticismo filosófico, del socialismo, como Carlyle, Ruskin, Robert Owen, entre tantos otros. En su pueblo, como en Londres, se respira su presencia y la de su familia plasmada en obras, homenajes, en calles y barrios que llevan su apellido. Falleció un 13 de agosto de 1912.

Influenciada por sus padres y abuelo, desde muy joven demostró un alto compromiso social y un accionar incansable a favor de los más pobres. Al igual que otros pensadores de la época, tempranamente advirtió el efecto negativo que generaban las precarias e insalubres condiciones de vida, de trabajo y del ambiente sobre las personas. A los 13 años atravesó una situación familiar que marcó su vida para siempre. A raíz del quiebre de los negocios y la enfermedad mental de su padre debió trasladarse con sus hermanas menores a vivir a Londres donde su madre, Caroline Southwood, una reconocida pedagoga, fue nombrada directora de la *Ladies Cooperative Guild*, una cooperativa de mujeres fundada por el reverendo y socialista cristiano Frederick Denison Maurice. Su objetivo estaba centrado en brindar una capacitación que permitiera a las mujeres necesitadas conseguir un empleo, adquirir independencia y autonomía económica. La tarea de la joven Octavia consistía en la enseñanza de oficios y la realización de tareas manuales con las hijas y los hijos de las mujeres que asistían.

La observación rigurosa, el registro cotidiano, el seguimiento del desarrollo de cada uno la llevaron a reconocer la importancia del trabajo personalizado y las capacidades que se podían desarrollar en un entorno favorable y, a su vez, el conocimiento directo de sus familias, la miseria de sus hogares, a implementar años más tarde un revolucionario e innovador sistema de acceso a la vivienda a través de alquileres a bajo costo.

En este ambicioso proyecto desarrolló un método de trabajo basado en el contacto «personal y prolongado» con las personas, para lo cual capacitó a una generación de mujeres en la filantropía profesional «científica» sobre el principio de que la participación e implicación personal de los arrendatarios era la clave del éxito del programa.

Si bien no pudo realizar estudios sistemáticos, su formación autodidacta y el contacto fluido con expertos, investigadores sociales y académicos, le permitieron crear métodos de trabajo de gran refinamiento metodológico. Según

Mary E. Richmond, Octavia Hill, adelantándose a desarrollos posteriores de la ciencia social, concibió a la «investigación» como medio de comprender que los seres humanos emergen de un entorno social, no puramente económico, y que la rehabilitación social debía ser su razón y objetivo.

En coincidencia con Beatrice Webb y Helen Bosanquet, con quienes fue parte de la *Royal Commission on the Poor Laws and Relief of Distress* (1905–1909) que debía realizar un estudio y proponer al Parlamento inglés reformas a la ley de Pobres, cuestionó la creencia de que la pobreza se debía a la debilidad moral y señaló que la misma se debía al desempleo, a los bajos salarios, y que las mujeres eran las principales afectadas.

En su larga trayectoria administró la *Sociedad Londinense Pro Vivienda de los Obreros*, fue la principal propulsora de la *Artisans Dwelling Bill* de 1875 (ley de Vivienda de Artesanos) y uno de los mayores reconocimientos en la actualidad se debe a su participación, en 1895, como una de las fundadoras del *National Trust*, institución para la conservación del patrimonio cultural, histórico y natural, y para luchar contra los efectos nocivos de la urbanización e industrialización descontrolada y su impacto sobre espacios verdes o de significado cultural.

En su accionar, sus ideas y mirada crítica frente a la cuestión social, puede observarse la influencia del socialismo cristiano y del romanticismo filosófico. Ante la amenaza del mundo caótico e industrializado, consideraba el derecho a la belleza como un asunto práctico que debía alcanzar la vida cotidiana de todas y de todos. La belleza como «emocionalmente, incluso espiritualmente potente», como fuente de salud humana y moral. Ello se asociaba de manera estrecha con la limpieza, la salud y el orden; de allí su preocupación por los entornos saludables.

Realizó diversas publicaciones y son numerosos los escritos sobre su vida y obra, cuya influencia se expandió por Europa y Estados Unidos.

Con respecto a la estructura del texto que aquí se presenta, *Viviendas de los pobres en Londres* (1875), se compone de dos prefacios y siete artículos publicados entre 1866 y 1874 en revistas londinenses en torno a diversos problemas vinculados con el hábitat y las condiciones de vida de las trabajadoras y los trabajadores y, particularmente, un análisis del impacto de la ley de Viviendas para la clase obrera. Entre sus principales críticas encontramos la denuncia por el alto costo de su implementación, irregularidades, mala distribución y calidad de la construcción de las viviendas, dificultades para el acceso, abusos, corrupción, y predominancia de los negocios inmobiliarios a la hora de «proveer las necesidades básicas».

Un primer aspecto a destacar es la perspectiva humanista e integral que reconoce, como señalan Engels, Eugene Buret, y otros pensadores de la época, que los efectos del pauperismo van más allá de las carencias materiales y

económicas y tienen un impacto devastador sobre la dignidad y la autoestima. Por lo tanto, consideraba que ya estaba demostrado que la «elevación espiritual de una gran clase dependía, en gran medida, de la reforma sanitaria», y del mismo modo, «era igualmente cierto, que la mejora sanitaria dependía de una acción educativa entre los adultos, que deben ser instados a librarse del cepe del letargo y los hábitos indolentes en el que han caído, y liberados de todo lo que les impide ese despertar». (1866, s/d)

En tal sentido, su propuesta consistía en «despertar los hábitos de trabajo y esfuerzo» con el fin de lograr mayores niveles de autonomía (p. 8).

A lo largo del texto va describiendo el sistema de acceso a la vivienda de alquiler a partir de una experiencia que desarrolló en cuatro años de gestión de un distrito y que se basaba en cuatro pilares: la ausencia de intermediarios y rigurosidad en el cobro del alquiler, la relación personal, la confianza, interés y responsabilidad establecida con los inquilinos, y el modo de ejercer influencia sobre ellos, subrayando la importancia del reconocimiento de sus derechos, lo cual facilitaría que aceptaran consejos.

En todo el desarrollo del programa encontramos constantes que hoy podemos considerar como claves del éxito de una intervención profesional: las nociones de proceso, tiempo, presencia, una relación profesional basada en el respeto, la valoración, aceptación, la participación activa de los sujetos, la combinación de estrategias asistenciales, preventivas y promocionales con un fuerte componente socioeducativo, la combinación de medidas de alcance general y en simultáneo, el reconocimiento de las trayectorias individuales, personales y familiares, es decir, *lo que hoy llamaríamos una mirada integral, situada*.

Tiempo y presencia, tan escasos en la actualidad, para escuchar, observar, conocer, para reflexionar junto con las familias sobre su situación, para idear e implementar posibles soluciones. Muy tempranamente Octavia Hill nos advierte que no existen soluciones *express* y que la transformación no se logra con intervenciones directivas o meramente indicativas.

Ningún aspecto le es ajeno. Afirma que los pobres de Londres necesitan de la alegría y la belleza en sus vidas, el juego, el arte, la música, para desarrollar el poder de la imaginación que fomente la esperanza, la energía, la previsión, la abnegación, así como la elección de gastos acertados y toda facultad que pueda abrirles el camino hacia fuentes nobles de felicidad.

Con relación a ello, varios capítulos están dedicados a las personas involucladas en estos proyectos y a las difíciles relaciones entre los propietarios, las caseras voluntarias, las inquilinas y los inquilinos de Londres. Contraria a la entrega de limosnas y dádivas, advierte que la exigencia estricta del cumplimiento de las obligaciones por parte de inquilinas e inquilinos debe ir

acompañada de un esfuerzo de justicia, de una genuina preocupación por el proceso de mejora de las condiciones de los edificios, estableciendo formas de ayuda respecto de sus necesidades: «los trataría con la misma cortesía con la que trato a cualquiera de mis amigos íntimos. No habría interferencia alguna, como tampoco se entraría a sus habitaciones sin ser invitado» (p. 55).

Otro tema de preocupación se centra en la coordinación y la articulación entre organismos oficiales y organizaciones de voluntarios en tanto se describen y analizan el funcionamiento de la Organización Social de Caridad (*Charity Organization Society*, COS), sus principios, y su relación con la implementación de la ley de Pobres. En cuanto a esta organización, valoriza su papel en su lucha «por la justicia y el orden» (p. 79), destaca la necesidad de desarrollar criterios uniformes para la toma de decisiones, métodos eficaces, la sistematización de la información, y resalta nuevamente el «gran movimiento organizador de toda ayuda», al que denomina «el elemento personal» (p. 67). Como forma de mitigar al «gran poder discrecional» del que gozan las personas que ejercen la ayuda, se dedica con gran empeño a la formación de voluntarias y administradoras de las viviendas, ya que las «visitadoras», encargadas de cobrar los alquileres, cumplían un papel fundamental en trabajar junto con las familias en un plan de superación de sus dificultades. Su tarea tenía el objetivo de «elevar a las personas gradualmente por encima de la humillante necesidad de caridad o de la asistencia de la ley de Pobres» (p. 87). Aquí lectoras y lectores encontrarán antecedentes más que interesantes e innovadores con referencia a la supervisión de los casos y de la actividad en terreno de quienes se inician hasta tanto puedan adquirir el conocimiento, la experiencia suficiente e internalicen «los objetivos para los cuales están asignados», hasta que «perciban que al tratar con la pobreza deben tener como objetivo prevenir antes que curar», y «que el mayor éxito estaría en desarrollar los recursos de los pobres», para que sean «energéticos, autosuficientes, previsores y trabajadores» (p. 87).

En el último capítulo aborda una temática de gran actualidad para analizar la situación de los barrios con más carencias y villas de emergencia de nuestro continente referida al problema de la falta de espacio necesario en las viviendas, el hacinamiento, la cohabitación, la convivencia con los vecinos y su impacto en la vida cotidiana. También advierte que los espacios verdes y lugares públicos no pueden ser exclusivos para los ricos, sino que hay que garantizar el acceso para que las trabajadoras y los trabajadores puedan sentarse, satisfacer necesidades elementales como jugar, pasear, que estén disponibles para pasar el día, después del horario escolar y los sábados. Responsabiliza a las compañías y al ayuntamiento londinense de su mantenimiento para que estos sean bellos, prolijos, iluminados y cuidados, y se encuentren a una distancia razonable de estos barrios, porque «todos necesitamos lugar, espacio, sin ello no podemos

lograr la calma y el silencio necesario para escuchar el suave susurro de las cosas buenas que se nos acercan» (p. 107), lo que a su vez tendría un «inmenso valor educativo». «Todas las clases, todos deseamos tranquilidad, todos necesitamos de belleza para refrescar nuestras almas» y ello no es un lujo. Cuando «Dios creó el mundo, lo hizo muy hermoso y su intención era que vivamos entre sus maravillas y que nos transmitan paz en nuestras vidas diarias» (p. 107).

En el Tomo 2 de esta colección, las autoras nos ofrecen dos textos inéditos en castellano sobre la obra de Jane Addams, nacida el 6 de septiembre de 1860 en Cerdaville, Illinois, quien hasta su fallecimiento, el 21 de mayo de 1935, a la edad de 74 años, compartió las últimas décadas de su vida junto a Mary Rozet Smith.

Su padre, John Addams, un hombre reconocido por su compromiso político y ciudadano, su honestidad e ideas progresistas, ejerció en ella una influencia decisiva, al igual que su segunda esposa, Anna Hostetter Haldeman. Su vida transcurrió en un período de profundas transformaciones políticas, económicas, sociales, demográficas, culturales, que cambiarían radicalmente el destino de Estados Unidos y del mundo entero, como la Guerra de Secesión, la Primera Guerra Mundial y la crisis del '30. Asimismo, perteneció a una generación de mujeres que rompieron con el modelo burgués y heteronormado imperante, un claro exponente del fenómeno denominado la «nueva mujer»: universitaria, soltera, sin hijas ni hijos, con independencia económica y alto grado de activismo político y social.

Sin embargo, la vida de estas mujeres por fuera de los márgenes de lo establecido no fue sencilla. En un período en el que la educación superior se secularizaba y las mujeres comenzaban a acceder a la universidad, ingresó en 1877 en el Rockford Female Seminary. Luego de su graduación, en 1881, y de una crisis personal producto de las contradicciones entre sus «deberes» como mujer e hija y sus inquietudes sociales, viajó a Europa y, luego del conocimiento de la experiencia del Toynbee Hall en Londres, tomó la decisión, junto a su amiga Ellen Gate Starr, de fundar en 1889 la Hull–House en Chicago.

La libertad que iban adquiriendo estas jóvenes ciudadanas y sus avances en diversos ámbitos científicos e intelectuales generaron distintas reacciones, críticas y mecanismos disciplinadores, como las «curas de reposo» que padeció en su juventud. Este «tratamiento» tenía como objetivo «desactivar» aquellos «cerebros inquietos» (Ehrenreich y English, 1990, citado por García Dauder, 2005) ya que se consideraba que las opciones por la vida pública, el estudio, la decisión de no casarse y no tener hijos no solo afectarían la salud de las mujeres sino el futuro de la nación.

Sin embargo, fiel a sus convicciones respecto de la responsabilidad social como valor y deber ciudadano, llevó adelante la innovadora y exitosa experien-

cia de la Hull House de Chicago, la cual constituye un antecedente ineludible del Trabajo Social con grupos y comunitario, y un modelo en el que el vínculo investigación–intervención, práctica política–reformas legislativas fue una de sus marcas distintivas.

Su testimonio quedó registrado en dos obras autobiográficas en las que relata esa experiencia en primera persona, *Twenty years at Hull House: wiht autobiographical notes*, y *The second twenty years at Hull House: september 1909 to september 1929*, publicadas en 1909 y 1930, respectivamente. Esta experiencia no fue un hecho aislado sino que formó parte del Movimiento de los Settlements Houses, que surgió en Inglaterra a partir de la experiencia del Toynbee Hall como una forma de dar respuesta desde la investigación, la producción escrita, la militancia política y la intervención, a los graves problemas sociales de la época con la convicción de que debían ser abordados tanto en forma individual como global. Sus voluntarias y voluntarios eran estudiantes y graduados universitarios y su particularidad era que implicaba a la vez una residencia *in situ*, la realización de actividades con un alto compromiso social y político y el desarrollo de investigaciones donde se establecía un vínculo basado en el contacto directo con las personas y su realidad con el fin de producir cambios sociales. De allí que su accionar se sintetice con las tres «R»: Residencia, Reforma e Investigación (*Research*).

Se brindaban servicios de salud, alimentarios, de ayuda social, junto a actividades sociales, políticas y artísticas. También era frecuente la activa participación de los máximos referentes del pragmatismo filosófico y del interaccionismo simbólico, como John Dewey, George Mead, con quienes, al igual que Mary Richmond, mantuvo una intensa amistad personal.

Dado que sus residentes, en su mayoría mujeres, contaban con un alto nivel de formación profesional de grado y posgrado sin posibilidades de ingreso a la vida pública/institucional, la Hull House se fue convirtiendo en un centro especializado de investigación social aplicada, orientada a producir conocimientos que permitieran fundamentar la necesidad de reformas legislativas y políticas sociales. Como señala Miguel Miranda Aranda (2010, citando a Mary Jo Deegan, 1990:33), la Hull House «era para las mujeres sociólogas lo que la Universidad de Chicago era para los hombres sociólogos: el centro institucional para la investigación y el pensamiento social».

Todas ellas son experiencias que produjeron fuertes rupturas con las antiguas prácticas de caridad y beneficencia, contribuyendo al proceso de profesionalización del Trabajo Social en Estados Unidos entre fines del siglo XIX y principios del XX.

A lo largo de su vida fundó y presidió numerosas instituciones. Fue la primera mujer presidenta de la National Conference of Charities and Corrections

y de la National Foundation of Settlements and Neighborhood Centres. Ante el estallido de la Primera Guerra Mundial contribuyó a la creación de la Liga Internacional de las Mujeres para la Paz y la Libertad y en 1920, y junto a líderes socialistas fundaron la American Civil Liberties Union y la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP). Fue presidenta de la National American Woman Suffrage Association, miembro de la Liga Antiimperialista Americana y de la American Sociology Association. También tuvo una participación activa en el National Progressive Party en 1912 y en el Women's Peace Party, del que fue presidenta en 1915.

Algunas de estas instituciones hoy tienen plena vigencia.

En reconocimiento a su militancia pacifista, en 1931 recibió el Premio Nobel de la Paz a pesar de que en su país fuera considerada como sospechosa de traición a la patria por su postura contraria a la participación en la gran guerra.

Fue una de las pocas mujeres con título universitario que pudo reingresar a la universidad destacándose como investigadora y académica en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago y, como algunos sugieren, su auténtica fundadora. Y no obstante su situación de ventaja respecto de sus otras compañeras, realizó severas críticas a dicha institución y a la sociología académica, a la que consideraba «elitista, patriarcal e intelectualista» (Miranda, 2010:185).

En cuanto a sus ideas, adhirió al pragmatismo filosófico y a una concepción de la democracia «radical» por la que no solo luchaba sino que la ejercía en todos los ámbitos. Asimismo, su pensamiento se inscribe en el «feminismo cultural», convencida de que los valores femeninos eran política y éticamente superiores a los masculinos, y de que una sociedad dirigida por aquellos sería más productiva, justa e igualitaria. Casi un siglo antes de la llegada del «multiculturalismo», desarrolló importantes ideas con relación a la importancia moral de la diversidad. Como señala M. José Binetti (2015), se la considera como pionera del feminismo de la diferencia «en su vertiente sociopolítica y en su praxis ético-social», y sobre la base de dichas ideas concibió, junto con otras mujeres, una ruptura del paradigma cultural hegemónico en tanto propuso «una praxis sociopolítica diferencial».

Un tema de constante análisis y preocupación fue la situación de las mujeres que retrata magistralmente en *The long road of woman's memory* (1916), donde combinando recursos de la investigación cualitativa y etnográfica rescata y valoriza el papel de la memoria en la vida de las mujeres, en particular de las más pobres, las excluidas, violentadas, las inmigrantes, que componían el grueso de las mujeres en el mundo. Algunas de estas ancianas habían lidiado durante fatigosos años con la pobreza y la procreación, sabían lo que era ser intimidadas y golpeadas por sus maridos, descuidadas e ignoradas por sus

hijos prósperos y agobiadas por apoyar a los imbéciles y los vagos. Habían, literalmente, «escrito profundamente todos sus días con el cuidado».

Escritora prolífica, tiene más de doscientos artículos publicados en las revistas de ciencias sociales más prestigiosas de la época, una decena de libros, y participación en cientos de conferencias, lamentablemente desconocidos en el campo académico y profesional en América Latina.

Luego de esta introducción, compartimos entonces algunas reflexiones sobre ideas que consideramos que siguen teniendo vigencia como bases y fundamentos para la intervención en Trabajo Social, presentes en las dos obras de este volumen.

Democracia y Ética social consta de siete capítulos en los que la autora reflexiona respecto del «desajuste» o «inadaptación ética» a la hora de tratar asuntos sociales, ello como resultado de actuar en sociedad siguiendo los códigos de ética utilizados en las relaciones individuales, sin adaptarlos a las relaciones sociales más amplias», a lo cual se suma la dificultad de no poder percibir con claridad lo que «demanda la situación».

Atenta a los vertiginosos cambios sociales que estaba atravesando la sociedad norteamericana, interpela a sus contemporáneas y contemporáneos en cuanto a las exigencias éticas que requerían los nuevos tiempos. Si, como señala, la ética es sinónimo de «rectitud», no basta comportarse conforme a la moral individual, sino que la evaluación de la conducta de cada ciudadana y ciudadano debe ser social (p. 24, Tomo 2).

Desde una visión dinámica y transformadora, advierte que los estándares morales no son estáticos, no se adquieren de forma mecánica, y por lo tanto cada generación, cada época debe, en función de las nuevas realidades, ir generando un nuevo credo y una nueva práctica de la moral social. En tanto son producto del constante desarrollo racional de la vida, requieren de conocimiento, de diversas experiencias humanas de solidaridad y empatía, que no son más que las bases y garantías de la democracia. Aquí observamos el ideario pragmatista en la valoración del aprendizaje, la inteligencia como herramientas para la adaptación activa a los desafíos que nos presenta la realidad, su perspectiva «situada», una concepción de la democracia que atraviesa todos los ámbitos de la vida cotidiana y social, y una ética social entendida como sinónimo de la búsqueda del bien común, la equidad, la justicia social y la dignidad de todos los hombres.

Al igual que Octavia Hill, James Addams realiza un extenso análisis sobre las acciones de tipo caritativo, el trabajo de las visitadoras sociales y la relación entre «benefactor y beneficiario», sobre la que tiene una mirada crítica ya que la considera desigual y contraria a la esencia de la democracia.

Visibiliza asimismo las tensiones/contradicciones entre los principios del sistema democrático y las formas de actuar en tanto ciudadanas y ciudadanos, entre las teorías y la práctica, entre la visión y las experiencias de vida, entre quienes proporcionan la ayuda y quienes la reciben. Rechaza la visión vigente hasta principios del siglo XX (y que aún persiste) según la cual se valoraba a las personas en función de su éxito económico, como si ser rico fuera sinónimo de rectitud. En consecuencia, «la pobreza era sinónimo de vicio y pereza», el sujeto era culpable de su situación, y la caridad era administrada con «severidad y sin cargo de conciencia», sin tomar en cuenta que la pobreza era producto del ambiente y las condiciones de vida (p. 30, Tomo 2).

Por el contrario, su enfoque se basó en la importancia de la comunicación empática con las personas que solicitaban algún tipo de ayuda, otorgándole «dignidad» a la práctica de la caridad como «servicio consciente» (p. 34, Tomo 2). Sostiene entonces que antes de juzgar negativamente es necesario de comprender lo que implica «la lucha por la existencia» (p. 40, Tomo 2), sobrevivir en situaciones de extrema pobreza, desarraigo. Se trata de escuchar lo que las personas tienen para decir sobre su situación y desarrollar estrategias creativas junto con y acordes a sus demandas, con perspectiva de futuro, de oportunidades de mejora donde el otro sea parte y no un espectador solitario.

A lo largo del texto analiza las dificultades para llevar a la práctica los ideales democráticos en diversos ámbitos de la vida social (la fábricas, la educación y en particular en la familia), los cuales deben evolucionar, progresar y volverse más amplios e inclusivos. Igualmente, pone en tensión, nos interpela respecto de las contradicciones entre los principios que rigen el mundo público y el mundo privado cuando se trata de evaluar la conducta o las oportunidades de desarrollo de una mujer, los mandatos respecto de sus «deberes» como hijas y luego como madres y esposas. Esta tensión aparece claramente en las mujeres universitarias y, a diferencia de los especialistas que recetaban «reposo», asegura que lo que ellas necesitaban «es simple, una actividad que provea salud, una que implique el uso de todas sus facultades para dar respuesta a todos los reclamos que las movilizan» (p. 57, Tomo 2).

Sin desconocer que las dificultades que enfrentan las mujeres están transversalizadas por las diferencias de clase social, encontraremos un interesante análisis respecto de la relación de dependencia y opresión entre «la patrona y la empleada doméstica», denuncia la doble moral y resalta el valor económico del trabajo doméstico.

Con referencia a la intrínseca relación entre democracia y educación, al igual que Mary Richmond y en plena coincidencia con las ideas de John Dewey, analiza los métodos educativos, el papel de educadores y el necesario rol activo de los educandos. Resaltamos en este ideario un aspecto fundacional y actual

para el Trabajo Social, como aspirar al máximo desarrollo de las personas, de sus habilidades y capacidades, no solo como un derecho sino como una condición para el desarrollo de la sociedad, la igualdad social y el progreso social.

Por último, denuncia que el ámbito de mayor corrupción, contradicciones y demagogia se observa en el sistema político, recordándonos que el «único campo de expresión de la ética, (...) el campo moral es de la acción» (p. 122, Tomo 2).

El segundo artículo que nos ofrecen las autoras es una publicación reciente de Susanne Watts, titulado originalmente *The Conscience of a Nation: The Social Work of Jane Addams in Chicago's Immigrant Communities* (2014) en el que recupera los aportes de Jane Addams en cuanto a los antecedentes del Trabajo Social con la comunidad de inmigrantes en la experiencia llevada a cabo desde la Hull House.

Su autora, originaria de Alemania, centró su formación de posgrado en la Universidad de Dakota del Norte en el estudio de la emigración alemana a los Estados Unidos, el concepto de patrimonio cultural e identidad y su preservación durante la Primera Guerra Mundial, y en los diferentes enfoques que los trabajadores sociales, los empresarios y el gobierno de los Estados Unidos adoptaron respecto de la tarea de asimilar y americanizar a los inmigrantes. De allí su interés por la obra de Jane Addams, la cual, según sus palabras, en un momento en que se desconocía la asistencia del gobierno, influyó en la promoción de la reforma social y en la extensión de los servicios sociales que eventualmente influirían en la legislación federal.

Luego de describir el contexto y precarias condiciones de vida y de trabajo de las y los inmigrantes que llegaban por millones a las ciudades norteamericanas, destaca cómo fue concebido el ambicioso proyecto de la Hull House, los principios éticos, fines últimos, la dimensión ético-político-filosófica y los objetivos, para facilitar la comprensión y analizar el sentido, el significado de las acciones llevadas a cabo.

Como antecedente del Trabajo Social, las residentes de la Hull House crearon una comunidad insertándose en uno de los barrios más pobres, trabajando junto/con la población y atendiendo sus necesidades, desde sus demandas, buscando formas pertinentes, adecuadas a sus costumbres y características. Quizás lo más novedoso y disruptivo es la idea de que para alcanzar un verdadero sentido de comunidad es imprescindible del mutuo conocimiento y que el otro, aun esa persona en desventaja, es alguien de quien aprender.

Dada la diversidad cultural y étnica, nuevamente en consonancia con Mary Richmond, brega por garantizar el acceso a mejores condiciones de vida y a la vez particularizar las intervenciones según las trayectorias individuales o situaciones de cada colectivo específico. Lejos de hegemonizar las acciones, consistía en atender las demandas y cambiantes necesidades. Tampoco se trataba de

«americanizar», sino de evitar la segregación y permitir que las y los inmigrantes estuvieran totalmente integrados a la sociedad y vida estadounidense.

En forma simultánea, se desarrollaron numerosas investigaciones y escritos que posibilitaron dar visibilidad, hacer pública la situación de la clase trabajadora inmigrante.

A lo largo del texto encontramos conceptos y principios como la defensa irrestricta de la democracia, una ética basada en la igualdad y la justicia social, una concepción integral de sujeto, una perspectiva de la intervención que da cuenta en términos actuales del paradigma de la complejidad y de la integralidad.

Como señala M. Teresa Gijón, si hoy tuviéramos la oportunidad de preguntarle a Jane Addams cómo se «autoidentifica disciplinar y profesionalmente» seguramente se situaría en:

una posición transdisciplinar en el contexto del Trabajo Social (...) en un epistemología científica de producción del conocimiento circular, inductiva y subjetiva que, paradójicamente no rechazaría implícitamente el planteamiento lineal, deductivo objetivo cuando el problema social a abordar así lo requiriese. (209–210)

Retomando palabras de Samuel Jones (2012) en ocasión del centenario del fallecimiento de Octavia Hill, podemos decir que el legado de estas pioneras está aún presente, de manera que celebramos la iniciativa de esta publicación para «pensar de nuevo: para ver los vínculos que existen, pero están enterrados y las conexiones que nunca se han hecho con nuestra realidad actual».

BIBIANA TRAVI ¹

1 Licenciada en Trabajo Social (UBA). Posgrado en Planificación y Gestión de Recursos Humanos y Políticas Sociales (Université de Paris I, Panthéon–Sorbonne y UBA). Magíster en Políticas Sociales (UBA). Posgrado en Psicología Social (CCES).
Docente e investigadora en universidades nacionales y extranjeras. Autora de libros y publicaciones sobre la especialidad. Experiencia profesional en el abordaje de la violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico. Supervisora de equipos profesionales. Miembro activa en cuerpos colegiados profesionales y académicos. Militante social, feminista y activista.

Referencias bibliográficas

- Barnett, Samuel (1888).** *Practicable Socialism. Essay on Social Reform.* Longmans, Green and Co.
- Binetti, María J. (2014).** Acción materna y acción social: el caso estadounidense. *Rev. Trabajo Social*, (86). Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- García Dauder, Silvia (2005).** *Psicología y Feminismo: Una aproximación desde la psicología social de la ciencia y las epistemologías feministas.* Dpto. Psicología Social, Facultad de Psicología. Universidad Complutense de Madrid.
- Gijón Sánchez, María Teresa (2017).** Jane Addams y su posición trasdisciplinar en el contexto del trabajo social. En Raya Díez, E.; Caparrós, N.; Lorente, B.; Anaut, S. (Coords.). *Ciencia y Esencia de la práctica del Trabajo Social.* Tirant lo Blanch. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=708283>
- González, Horacio (2000).** *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes.* Colihue.
- Hill, Octavia (1866).** Hogares de los pobres de Londres. *Quincenal Review*, noviembre de 1866.
- Jonnes, Samuel (Ed.) (2012).** *The enduring relevance of Octavia Hill.* Demos.
- Miranda Aranda, Miguel (2010).** *De la caridad a la Ciencia. Pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social.* Vol. I. Espacio Editorial.
- Travi, Bibiana (2015).** Jane Addams, pionera de la sociología y del Trabajo Social: la memoria y la visibilización de la violencia contra las mujeres. *Debate Público. Reflexión del Trabajo Social*, 5. Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. http://trabajosocial.sociales.uba.ar/web_revista_9/PDF/15_Travi_9.pdf

Presentación

Estas obras son parte de una serie de traducciones de textos inéditos en español escritos por algunas de las mujeres pioneras del Trabajo Social y por autores que escriben sobre ellas. Revisitar la obra de las pioneras permite la interacción directa con sus escritos, evita miradas retrospectivas que hacen una tergiversación histórica del contexto de producción, y puede aportar a la reconstrucción de los complejos itinerarios del devenir de una ocupación en profesión.

En este sentido, esta publicación asume una función actualizadora y divulgadora que posibilita hacer pública una parte del acervo profesional. Un acervo que, hasta el momento, nos estuvo vedado por la frontera de las lenguas. Asimismo, aporta a recuperarlo y resignificarlo con relación a la construcción identitaria del Trabajo Social.

En los inicios del siglo XXI, podemos aseverar que si la aparición del libro —como artefacto de circulación del saber— contribuyó a la divulgación del conocimiento socialmente acumulado más allá de los límites temporales y espaciales, las políticas editoriales influyeron —en una medida similar— a su visibilidad o su ocultamiento al definir qué es lo que circulaba y para qué público era accesible. Estas políticas condicionaron la casi nula circulación masiva, en Iberoamérica, de los escritos y la obra de las pioneras de Trabajo Social, que no fueron traducidas o lo fueron parcial y/o tardíamente.

Sin pretensiones de modificar de modo radical esta limitación, la presente publicación es el resultado de un trabajo mancomunado entre estudiantes, traductoras e intérpretes de inglés del Instituto Superior de Profesorado N° 8 Almirante Guillermo Brown (ISP) y docentes e investigadoras de la Licenciatura en Trabajo Social, en el marco del CAI+D¹ «La profesionalización de la Asistencia Social, Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX» de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral.

Este trabajo es, entonces, producto de la educación pública argentina, de la posibilidad de integrar, sumar, aunar esfuerzos y compromisos de equipos que forman parte del sistema educativo provincial y del sistema universitario nacional, en los que cotidianamente y desde distintos puntos de vista se trabaja a diario y con compromiso por producir conocimiento de calidad.

Las estudiantes de Traductorado realizaron esta tarea en el encuadre de la asignatura Práctica de la Traducción Especializada, con supervisión y corrección de las docentes Perla Hassan y Patricia Pradolín. El equipo de docentes e investigadoras, que coordinó y sostuvo el acompañamiento disciplinar a las traducciones, estuvo integrado por Viviana Bolcatto, María Celia Mainero, Marianela Moretti, Cecilia Rambaudo, María Soledad Schmuck e Indiana Vallejos. Durante todo el proceso de escritura del Tomo I contamos con la valiosa colaboración de la traductora Celeste Flores.

Agradecemos al ISP, especialmente a las profesoras Hassan y Pradolín, y a las entonces estudiantes por haberse embarcado en esta tarea que superó las exigencias académicas y que asumieron con generosidad y responsabilidad. También agradecemos a las autoridades institucionales, en particular a Paola D'Angelo, que autorizaron y flexibilizaron las pautas de acreditación institucional de la asignatura para poder concretar este proyecto.

Asimismo, agradecemos la generosidad de la Mg. Bibiana Travi, quien aceptó prologar este trabajo. No solo dedicó su tiempo y esfuerzo para esta tarea puntual, sino que nos acompañó en el trayecto inicial de la investigación y nos motivó al primer acercamiento con estos textos. Bibiana y los equipos que lidera han contribuido a la divulgación de la figura de las pioneras del Trabajo Social, posibilitando un reencuentro con su obra.

Como equipo de investigación nos dedicamos a indagar acerca de los orígenes de la profesión de Trabajo Social en la ciudad de Santa Fe, Argentina. Hay indicios de que las primeras estudiantes en la Escuela de Servicio Social santafesina se formaron con textos de estas y otras pioneras. Algunos que leyeron en su lengua original, otros que fueron traducidos por Jacqueline Dachary (quien trabajaba como personal estable en la biblioteca de esa institución realizando

1 Curso de Acción de Investigación y Desarrollo.

tareas de traducción).² Sin embargo, esos textos no fueron publicados en español y se perdieron. Nuestro interés por historizar los orígenes profesionales nos motivó a impulsar estas traducciones. Pero el sentido de la investigación no es producir conocimiento que se archive en bibliotecas cerradas o se limite al informe institucional, sino que —por el contrario— es que se divulgue y circule, tanto en el mundo académico como para el público en general.

Esta serie, entonces, es una invitación destinada a quienes están transitando procesos de formación en Trabajo Social, a quienes enseñamos y hacemos investigación en esa disciplina, pero también a quienes hacen y estudian historia de las mujeres, de la intervención social y de la política social, y a todos quienes estén interesados, a que revisitemos la obra de algunas de las reformadoras sociales inglesas y estadounidenses de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, quienes también fueron pioneras del Trabajo Social profesional.

VIVIANA BOLCATTO E INDIANA VALLEJOS

2 *Revista de la Escuela de Servicio Social*, N° 3, 4 y 5.

Introducción

He aquí la traducción de una de las pioneras británicas más importantes del siglo XIX. Octavia Hill fue una reformista social cuyo empeño se vio trasladado en múltiples sociedades occidentales e imitado al otro lado del Atlántico. El trabajo social surge en parte debido a la labor y al gran cometido de Hill, acompañada por un grupo de ayudantes, sus visitadoras. Gracias a la asistencia individual y grupal de varias organizaciones caritativas, con persistencia y audacia, Hill logró un cambio social primordial. Este fue tan solo el comienzo de una larga lucha contra el pauperismo y la mendicidad.

Como traductoras de esta gran precursora, tenemos el orgullo de dar a conocer uno de sus trabajos más importantes. Cerca de dos siglos luego de su escritura, en el año 2016 nos convocaron desde CAI+D 2016 «La profesionalización de la Asistencia Social. Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX», en convenio con el Instituto de Profesorado N° 8 Almirante Guillermo Brown, para realizar lo que sería la primera traducción del texto: *Vivienda de los pobres en Londres*, y en 2018 surge la posibilidad de presentarla en una convocatoria de Ediciones UNL.

Nuestra investigación se basó en una mirada de textos sobre el trabajo social, su historia y contexto en la sociedad londinense victoriana. Nos apoyamos en la tesis de doctorado *Pragmatismo, Interaccionismo simbólico y Trabajo Social. De cómo la caridad y la filantropía se hicieron científicas* (Miranda Aranda, M. 2003); *Diccionario del trabajo social* (Ander-Egg, 2011); *Pioneros del trabajo social: una apuesta por descubrirlos* (Exposición Bibliográfica, Universidad de

Huelva, 2004); *Pobreza: un glosario internacional* (Spicker, Alvarez Leguizamón y David, 2009); *La legitimación social de la pobreza* (Morell, 2002); y *Pobreza, teoría e historia* (Villarespe Reyes, 2002), entre otros. En este proceso descubrimos un mundo que va más allá de la historia. Es un mundo de colaboración mutua, emprendimiento, valentía y solidaridad. Descubrimos la riqueza del lenguaje, el manejo de vocabulario antiguo y lo relacionamos con nuestros conocimientos sobre el contexto social y la lengua de Charles Dickens, que tanto tuvo que decir sobre la situación de calle en Londres del siglo XIX. Gracias a los escritos de Hill, conocimos a fondo la situación paupérrima en la que la sociedad vivía.

Es importante para nosotras resaltar que al ser un texto tan antiguo se presentaron instancias en donde la investigación se extendió más allá de búsquedas puramente históricas. Por lo que también tuvimos que embarcarnos en la tarea de atar cabos, reunir información acerca de leyes inexistentes en nuestro país y cultura, tratar de dar luz y explicar hechos históricos que no se asemejan a los nuestros, traducir vocabulario de economía, arquitectura y construcción, administración, costumbres y derechos de antaño. En nuestra búsqueda exhaustiva se verán notas al pie para explicar ciertas decisiones que debimos tomar por no encontrar equivalentes en nuestra lengua o, por ejemplo, lemas en latín desconocidos.

A continuación, se verá en detalle la descripción de un trabajo en conjunto, de la búsqueda de cierta equidad social entre los más pobres y la organización de todas las clases sociales para un consenso y una reestructuración del orden. Octavia Hill dio el primer paso para que otros la siguieran años después. La pobreza es un problema actual que sigue en búsqueda de una solución equitativa, reformulación y mejoras. Lo que Hill expresa a través de su trabajo es su interés por que todos, desde nuestra humilde postura, brindemos nuestra ayuda y aportemos nuestro «granito de arena». Por ello, como traductoras, consideramos este nuestro aporte al conocimiento de la historia del trabajo social, al igual que nuestra contribución a los alumnos, profesores y próximos investigadores de una eminencia en este campo. Nuestra labor se puede equiparar a la de un intermediario, ya que somos mediadoras de la lengua y además brindamos nuestro conocimiento a través de la comunicación, profunda investigación y estudio sobre esta materia. Esperamos así poder haber hecho nuestro aporte social, cultural y educativo.

Agradecemos la colaboración de nuestras tutoras, profesoras y asistentes sociales: María Celia Mainero, Marianela Moretti, Indiana Vallejos y María Soledad Schmuck, que nos guiaron durante nuestro proceso y nos aconsejaron desde sus áreas de experiencia, así como también a las coordinadoras del proyecto, la profesora Viviana Bolcatto y la profesora y traductora Perla Hassan.

Traductoras

Melisa Dall'Agnola

Paula Franco

Yanina Leiva

Vanesa Marinaro

Paula Mascheroni

Aldana Quaino

Natalia Ramos

Editora y compiladora

Paula Mascheroni

Viviendas de los pobres en Londres, de Octavia Hill (1883)

Nueva edición. Londres: Macmillan y Co.
Publicado por primera vez en 1875

Prefacio de la primera edición

Al reimprimir en este momento artículos que describen estrategias para mejorar las viviendas de los pobres, la primera pregunta que surge es cómo este tema se verá afectado por la ley de Viviendas para la Clase Obrera presentada ante el Parlamento. En especial, ya que uno de los artículos de este libro se escribió con la esperanza y expectativa de que a corto plazo se presente alguna medida similar ante la Legislatura.

Se han realizado dos objeciones principales a esta ley. La primera, el alto costo de su implementación. Todos desean verlo reducido al mínimo, pero en el caso de que los poderes coactivos tengan la potestad dada por cualquier ley, se requieren garantías y estas, en mi opinión, suponen un alto precio. A una solo le queda esperar que en este caso se reduzca tanto como sea posible. Se ha hablado mucho acerca de las irregularidades que surgen al proveer las necesidades básicas, como el alojamiento, a una gran parte del pueblo, a un costo excesivo.

Me involucro más, tal vez, de lo que lo hace la mayoría de los opositores y aplico a esta objeción todo el peso de la ley con la enérgica esperanza de

que todo lo que se haga en construcción para las personas, se haga siguiendo prácticas comerciales leales. No creo que los ayude en nada, a largo plazo, adoptar cualquier otro tipo de práctica. De hecho, creo que podría ser extremadamente perjudicial para ellos.

No obstante, que quede perfectamente claro que se contemplan bajo esta ley dos procesos separados. Si bien se encuentran dentro de una misma estrategia y están encargados a los mismos agentes, son claramente dos. Se eliminaron los viejos obstáculos acumulados, obstáculos que nunca deberían haber existido; construcciones más angostas de lo que las leyes de Construcción de Viviendas permitirían ahora, viviendas sin ventilación o construidas sobre tierra húmeda o sin buenos cimientos. La eliminación de los viejos abusos no compensa, pero sí lo hace la reforma. La abolición de la esclavitud no lo pagó, sino que lo hizo la nación. Felices si el solo pago en dinero pudiera borrar el gran mal que se hizo con estos terrenos y calles. No es rentable, en libras, chelines y peniques, removerlas; tampoco se puede arrojar el costo, aunque fuera lo justo, al dueño; la comunidad, con su falta de conciencia y su ignorancia, les permitió expandirse y debe asumir tal costo. Una vez construidos, los edificios deben ser rentables y, espero profundamente, que nuestros legisladores tengan siempre presente esto y que ningún tipo de generosidades, a corto plazo, los engañe.

La segunda objeción que se plantea es que no es lo suficientemente obligatoria. Me parece una queja un tanto extraña considerando que esa parte del país se autoproclama liberal. Siempre pensé que los conservadores y liberales merecedores de esos nombres son, de igual manera, propensos a hacer el bien; y una vez que se deshicieron de los deseos de mantener lo malo y de la libertad para hacer el mal, se separaron uno del otro en cuanto a los modos. Uno, creyendo que el gobierno está por encima, organizó a las personas de modos que consideraban correctos, modos que les encanta seguir. El otro, con más paciencia y cuidado, esperó que las personas optasen, a través de la educación gradual, por el camino apropiado, considerando que los avances que se logran con voluntad e inteligencia no son en vano y son, además, un mejor ejercicio.

De todos modos, tenemos una ley «habilitante», como alguien bien la llamó. Pondría a nuestro alcance concesiones para organizar esos lugares fétidos, si así lo quisiéramos. Dejemos algo bien en claro, este poder no lo teníamos antes de la ley de Cross. Hay terrenos de muy mala calidad más allá de los distritos, en *East End* en particular, donde no se encuentra rastro alguno de títulos que garanticen, a la sociedad o a cualquier individuo, la construcción de edificios importantes. Esta ley logrará que esos lugares estén disponibles, asegurando a los compradores un título reconocido. Existen terrenos en todas partes de Londres, terrenos de los cuales los dueños están recogiendo grandes ganancias y que simplemente no quieren vender; hay parcelas enteras que

podrían disponerse para los pobres si solo el dueño no se negara a vender. La ley permite, de manera colectiva, obtenerlos.

Entonces, ¿cuál es nuestro deber considerando que este poder no está investido en un único individuo inteligente? Seguramente que nosotros, una vez que tengamos la ley, deberemos poner nuestro mayor esfuerzo en cumplirla con entusiasmo; no pensar en lo que costará elegir las Juntas Parroquiales y a través de ellas a los miembros de la Junta Metropolitana de Obras Públicas o de los municipios de varios de nuestros barrios, ya que, en mi opinión, se cuadruplicará el valor inicial y hará que el dinero de la renta se invierta mejor. Estos miembros intentarán, enérgicamente, lograr que la ley funcione y se asegurarán de que se elijan como médicos representantes a aquellos hombres que se preocupan por las reformas sanitarias, en especial a los de la Junta Metropolitana de Obras Públicas; intentarán también, controlar las disposiciones de la ley y hacerlas cumplir, conocer los lugares donde se la debería aplicar, que se escuche la opinión pública y diseñar programas de reformas para los barrios pobres, teniendo en cuenta sus necesidades especiales. Asimismo, procurarán dejar de lado cada ambición egoísta y obrarán con lealtad y con voluntad conjunta para resolver cualquier situación y para que la ley mejore los desagradables edificios que no vale la pena alquilar.

Después de una larga meditación sobre todo este asunto, no puedo, por supuesto, evitar preguntarme: si mis mejores deseos se cumplen con la ley, ¿cuáles serán mis contribuciones de aquí en más? ¿Podría entonces retirarme y supervisar a un pequeño grupo de inquilinos como hice en 1866 y dejar que el trabajo pesado lo hagan los estadistas, los concejales y los representantes electos? ¿Por qué reimprimir, justo ahora, los bosquejos de esfuerzos personales y programas? La respuesta es bastante simple: «No habrá retiro para ti aún, incluso si se reparasen todas las viviendas mañana. Solo hará tu trabajo más fácil, no eliminará su necesidad».

Las viviendas de las personas son de mala calidad y esto se debe, en parte, a que están mal construidas y distribuidas; son diez veces peor a causa de los hábitos y estilos de vida de los arrendatarios. Incluso si mañana mismo se los traslada a casas amplias y limpias, ellos las contaminarán y destruirán. Se necesita, y se necesitará por un tiempo, un trabajo de reformas, el cual demandará el fervor candente de cada uno de los ciudadanos, fervor que no se puede pagar ni legislar por el Parlamento. El corazón de la nación inglesa lo brindará, de manera individual, reverente, firme y sabio. Se puede y se debe organizar, pero no se puede crear.

Los siguientes artículos muestran lo que es necesario hacer en estos terrenos para ayudar a los habitantes que se consideren aptos para obtener mejores viviendas y, sean nuevas o viejas, de todas maneras, aprenderán algo, en especial los de las clases más bajas, hasta que logren cambiar sus hábitos. En uno de

los siguientes artículos se trata la necesidad absoluta del trabajo voluntario y su organización. El modo en el cual los organismos oficiales, tales como la Junta de Tutores, lo utilicen, una vez que se organice, se encuentra descrito en el Reporte a la Junta Local de Gobierno de 1874.

Se asigna una visitadora al manejo de las viviendas y a los distritos que se describen en los siguientes artículos y se le pide que haga algún trabajo allí, ya sea recaudando el alquiler o los ahorros, reportando a los tutores, visitando la Junta Escolar o cualquier otra tarea que se requiera. A pesar de esto, su influencia no se muestra de manera ostentosa y descarada delante de los pobres. Por lo tanto, me parece que si en cualquier distrito este tipo de trabajo específico, por ejemplo, la ayuda que los tutores deberían brindar, gradualmente se vuelve innecesario, se reduciría la supervisión y daría lugar al mero trato social que parece natural en los vecinos. No obstante, esto es solo una mirada al futuro.

Si miro al pasado, siento que lo he logrado. Las labores de este trabajo y sus alcances han estado en mis manos y en las de nuevos amigos por algunos años. Ni por un minuto pensaría en subestimar su ayuda; poco le importa a la gente quiénes son los que ayudan y eso es lo correcto, pero sí es importante tener, al menos, algo de reconocimiento por el éxito del trabajo, que comenzó siendo tan pequeño y ha superado con creces los sueños más débiles; y así recordarle al público a quién debe su concreción. Se puede valorar esta iniciativa de diferentes maneras, pero cualquiera que piense que es digna de mención, debe recordar que esta podría haber quedado como una mera visión de lo que desearía haber hecho, impotente definitivamente, de no haber sido por la percepción del Sr. Ruskin, quien creyó que el sistema podía funcionar y que gracias a su generosidad para donar libremente todo el dinero se pudieron comprar los dos primeros terrenos. Es cierto que le ha redituado desde entonces, bastante cierto, pero él arriesgó £ 3000 en el experimento cuando no muchos hombres habrían confiado en que tendría éxito. Y más aún, él me aseguró que el dinero que dio fue pensando solamente para el bien de la causa y que si no resultaba nunca se arrepentiría, pero pronosticó que el trabajo se propagaría si yo exigía el pago y me instó a probar; una sabiduría y previsión más allá de la mía en ese momento.

«¿Quién se enterará?», recuerdo sonreír y decir. «Lo importante es hacer algo bueno, intentar unir, en la medida de lo posible, tus ideales con los míos».

Por suerte para el plan, tuve el reconocimiento y la obediencia suficientes como para intentar con todas mis fuerzas cumplir con su ideal en este punto; tener éxito y mientras lo hacía, aprender qué tan bueno era el nivel de autosuficiencia para los inquilinos, así como cuánta razón tenía en relación con el trabajo en sí.

Mayo de 1875.

Prefacio de la segunda edición

En este momento, todo lo que se dice acerca de las viviendas de los pobres en Londres parece no tener valor, excepto que tengan una realización práctica. Toda la nación se pregunta qué se puede hacer para mejorarlas. Parece que es de público conocimiento que la ley de Viviendas para la Clase Obrera ha sido costosa y ahora no hace la diferencia si se podría o no haber ahorrado gran parte de ese gasto. Los gastos hubieran sido menores si se les hubiera provisto a los pobres. Es cierto que una gran cantidad de viviendas insalubres se han eliminado. También es cierto que se han construido cientos de viviendas saludables para los trabajadores. Pero es de amplio conocimiento que pocas familias de clase más baja que la clase trabajadora han sido ubicadas en los sitios que quedaron vacíos. La pregunta inmediata (y que necesita con urgencia ser respondida antes que el último de estos lugares se venda) es: ¿cómo se llega a las clases más bajas?

La dificultad de lidiar con ellas es doble. Primero, en la administración y segundo, en las finanzas.

Digo, con toda intención, que la administración es la parte más difícil. Las siguientes páginas muestran cómo se puede lograr gracias a la atenta y sabia predisposición de los voluntarios.

Desde que se escribieron estos artículos, el trabajo ha avanzado bastante. Se han comprado muchos terrenos que fueron puestos bajo la supervisión de los voluntarios. Ahora hay un gran grupo de estos trabajadores y vienen cada vez a entrenarse; no puedo evitar esperar que llegue el día en que aquellos que deseen tener sus viviendas gestionadas de este modo acudan a nuestra ayuda; y que seamos capaces de acceder a sus pedidos en mayor grado de lo que hasta ahora venimos haciendo.

Sin embargo, la dificultad financiera es la más importante ante la opinión pública. Supongo que el cuidado y la economía son mejor administrados por los individuos que por los organismos públicos. Mis balances generales muestran los resultados, los cuales difieren de manera considerable con respecto a los normalmente citados. Guardan relación con casas nuevas y viejas, casas que han estado bajo mi cuidado por muchos años y también con construcciones nuevas. Por lo tanto, no considero que el problema financiero sea tan desalentador como se lo considera. Si se está dispuesto a compensar a los pobres, se requiere de la más estricta economía en la construcción y administración de sus viviendas.

No obstante, incluso si aceptamos las altas cifras que comúnmente se dan, nos muestran que hay dos tipos de familias de la clase más pobre, las cuales pueden ser ubicadas en viviendas con alquileres que rinden beneficios a un porcentaje justo si los planes para la cuadra son modificados de manera tal

que encajen con sus requerimientos. De hecho, estas familias *sí que forman un gran número* y representan a aquellos cuya insatisfacción con respecto a las viviendas actuales va en aumento.

Ellas son:

Primero, se encuentran las pequeñas familias de los trabajadores no cualificados, quienes necesitan habitaciones individuales de buen tamaño.

Segundo, están las familias más grandes de los trabajadores no cualificados, quienes tienen uno o dos hijos con la edad suficiente para trabajar y poder pagar una segunda o incluso una tercera habitación, pero cuyos salarios no alcanzan para pagar por un equipamiento mejor, como los provistos en las viviendas destinada a los artesanos.

Para satisfacer las necesidades de estos dos tipos de familias, se deben construir habitaciones individuales de buen tamaño. Hasta donde sé, las habitaciones individuales en las viviendas ideales generalmente se construyen para una persona y son bastante inapropiadas para miles de las pequeñas familias pobres que quieren una habitación grande y que incluso la prefieren antes que tener dos habitaciones pequeñas. No solo es más barato, sino que también pueden recibir a sus amigos de manera más cómoda y sentirse menos apretados. Hablo desde la experiencia cuando digo que conozco algunas de las casas más pequeñas y hermosas que consisten en una sola habitación. Cuando los salarios o el confort aumenten, se deberían construir, cerca de esta habitación, pero separadas de ella, cuartos más pequeños que puedan ser anexados. Hay muchos inquilinos que pueden ser inducidos, con un poco de aliento y un suave empuje, a gastar más de lo que hacen ahora en alquileres, pero que aún necesitan del más simple equipamiento y las habitaciones más baratas. Sin embargo, ambos deben ser compatibles con la salud.

Si se acomodan estos dos tipos de familia, disminuiría la sobrepoblación en las viviendas ya existentes.

Es imposible explicar aquí los detalles del plan o su precio, pero existen construcciones que ejemplifican las ideas que propongo para edificar y puedo mostrárselas a cualquiera que se encuentre interesado en el tema. Son de construcción simple y de bajo costo, más que aquellas que comúnmente se construyen y aun así brindan todo lo esencial para la salud e incluso para la comodidad.

Mi experiencia en construcción y administración es ahora considerable y no dudo en decir que si me entregan un lugar a un precio que hasta ese momento se pagaba a la Junta Metropolitana para aquellos que fueron despejados siguiendo la ley de Viviendas para la Clase Obrera, me comprometo a albergar a una gran parte de los más pobres bajo condiciones saludables, con alquileres que puedan pagar y que tengan un interés justo sobre el capital. Debo agregar que, aunque las casas que están bajo mi cuidado, son manejadas por

voluntarios, el porcentaje normal por la cobranza del alquiler recae siempre sobre los dueños, así se mantiene el compromiso sobre una base meramente financiera, un acuerdo que siento se debe a la independencia digna que espero que todos mis inquilinos sientan en el sentido de que realmente están pagando por sus casas. Este arreglo me da la certeza, también, de que el plan tiene la fuerza para seguir creciendo.

Noviembre de 1883.

1.

Propiedades rurales en Londres

Publicado por primera vez en *Fortnightly Review*, noviembre, 1886

El tema de las viviendas para los pobres atrae mucha atención, tanto así que un pequeño intento de mejorarlas podría ser interesante para muchos lectores, especialmente porque el plan adoptado ha respondido económicamente. De la misma manera, podría ser llevado a cabo, sin correr muchos riesgos, por personas particulares, lo que los acercará a mantener una conversación amena con sus vecinos de clase trabajadora.

Hace dos años tuve por primera vez la oportunidad de llevar a cabo el plan que tanto había contemplado, el de obtener la posesión de las viviendas y que los pobres las alquilen semanalmente. Creo que se demostró que la elevación espiritual de una gran clase depende, en gran medida, de la reforma sanitaria y, del mismo modo, es cierto que las mejoras sanitarias por sí mismas dependen del trabajo educativo entre los adultos, ellos deben ser animados a despertar del letargo y de los hábitos indolentes en los cuales han caído, también deben liberarse de todo aquello que les impida ese despertar. Creía profundamente que cualquier dama que los ayudase a obtener cosas y que simpatizara con los pobres en su deseo y necesidad de sentirse ellos mismos, los descubriría ansiosos por conocer su perspectiva sobre lo que es mejor para ellos. Ya sea que así ocurriese o no, su deber era mantener latentes sus mejores esperanzas

e intenciones, las cuales ocurren en pocas ocasiones, pero se desvanecen, a menudo, por falta de incentivos. Deseo tener las condiciones para poder liberar a un par de personas pobres de la tiranía y la influencia de una baja clase de caseros y caseras, del efecto corrupto de la continua comunicación forzada con los subinquilinos, del íncubo¹ de tierra acumulada, para que la eterna esperanza que encuentro tan típica de los pobres pueda dar lugar a la primavera y que con ella florezcan energías tales que los ayuden a ayudarse. No tuve grandes ideas de lo que debía hacerse por ellos, mis mejores intentos estuvieron enfocados en despertar los hábitos de trabajo y esfuerzo, sin los cuales finalmente se hundirían. A través de estos hábitos finalmente podrían independizarse de mí, salvo en carácter de su amiga y líder. El plan depende más del gobierno que de la ayuda. El primer punto fue asegurar el poder que me permitiría insistir en algunos arreglos sanitarios esenciales.

Le presenté el plan al Sr. Ruskin, que firmó el acuerdo sin ningún inconveniente. De inmediato ofreció todo el dinero necesario y asumió el riesgo del compromiso. Me demostró, sin embargo, que sería mucho más útil si se pudiera pagar, que un obrero debería ser capaz de pagar por su propia casa y que la inversión sobre la misma debería, por lo tanto, rendir un porcentaje justo en relación al capital invertido. Fue así que, habilitada y orientada, compré tres casas en los alrededores de mi vecindario. Eran alquileres sujetos a una pequeña renta. El período restante del alquiler era por cincuenta y seis años. A este lo compramos por £ 750. Gastamos £ 78 extra para construir un gran cuarto en la parte trasera de mi propia casa donde podría encontrarme, de tanto en tanto, con los inquilinos. El plan ha funcionado durante un año y medio. El resultado financiero es el siguiente: el sistema ha pagado cinco por ciento de interés sobre el total del capital, ha amortizado £ 48 del capital, se han dejado los lotes de dos cuartos a un poco más que el alquiler de uno, se han reparado las viviendas y todas las expensas han pagado los impuestos, el arrendamiento y el seguro. En este caso no hay gastos para recoger los alquileres ya que lo hago yo misma, pero en todos los presupuestos ahorro un porcentaje habitual en caso de necesitar ayuda en el futuro y también para probar que pueden permitirse los costos que sean necesarios. Debería notarse que las viviendas elegidas estaban bien construidas, pero se encontraban en un estado deplorable de mugre y negligencia. Fue necesario realizar reparaciones superficiales y de carácter leve con respecto a los costos, pero esenciales para la salud y el confort. El lugar estaba infestado de parásitos, el empapelado que cubría las paredes ahora caía en lonjas llenas de tierra, las alcantarillas

1. Íncubo: ser mitológico que tiene sexo con mujeres dormidas. Utilizado en sentido metafórico en este caso, de noche los atacará el polvo (N. de la T.).

rebosadas, el suministro de agua cortado. Se arreglaron todos estos problemas, pero no se agregó ningún tipo de equipamiento ya que habíamos determinado que los inquilinos debían esperar hasta que se comprobara que eran capaces de cuidarlos. Se separa una suma para reparaciones y se divide en tres partes iguales para cada una de las casas. Si sobra algo luego de reparar los daños, cada inquilino decide, al final del trimestre, en qué gastarlo y así agregar más confort a la vivienda. Este plan ha funcionado de manera admirable. El descuido y la negligencia han disminuido considerablemente y los inquilinos aprecian las pequeñas comodidades que han estado esperando y parecen beneficiarse mucho más de cuidarlas, a diferencia de aquellas comodidades obtenidas a través de gastos ostentosos. Las deudas incobrables durante todo el tiempo en que el plan ha estado en funcionamiento ascienden a £ 2, 11 chelines, 3 peniques. Esto se ha logrado gracias a la extrema puntualidad y diligencia a la hora de recaudar la renta y a la fuerte determinación que deben pagarse regularmente. Es curioso observar que £ 1, 3 chelines, 3 peniques de estas deudas se dieron durante los dos meses en que estuve fuera de la ciudad. He intentado recordar, cuando todo parecía más difícil, que el cumplimiento de sus tareas era la mejor educación para los inquilinos en todo sentido. Les había brindado la dignidad y un sentimiento grato que conllevaba un comportamiento honorable que, a su vez, compensaba la aparente crudeza de la regla impuesta.

Nada me ha impresionado más que la percepción de las personas de una corriente de solidaridad subyacente a lo largo de todas las gestiones que han parecido difíciles. De alguna manera, el amor y el cuidado se han hecho sentir. Es maravillosa la importancia que le dan a la ley que está sobre ellos y el hecho de que la acepten con ecuanimidad. Están acostumbrados a alternar la violencia de la pasión y la tolerancia al vicio. Esperan mayor flexibilidad, una indulgencia ignorante y frecuente caridad, pero a pesar de esto, han admitido que tanto la regla, muy estricta, por cierto, y de la cual conocen las demandas, como el gobierno que cumple con obra y palabra, son una bendición. El plan de reemplazar a una dama por una casera residente de la misma clase social que sus inquilinos no se logró totalmente. La dama muestra, probablemente, una compasión más sutil y una mayor comprensión de sus necesidades, pero no puede brindar la misma supervisión minuciosa que la casera residente. Por desgracia, la ventaja de tal cambio es, en este momento, indudable. La influencia de la mayoría de la clase social más baja que subalquila a los pobres es totalmente perjudicial. Es muy triste que los alquileres deban estar bajo el dominio de aquellos cuya palabra no vale nada, cuyos hábitos y estándares son muy bajos, cuyas pasiones son muy violentas y que no tienen ni grandes esperanzas ni perspectivas claras, ni siquiera compasión. Me parece que un poder mayor se encuentra en las manos de los caseros y caseras y no en los

maestros de escuela; un poder que es de vida o muerte, físico y espiritual. No es una pregunta importante quién ejerce el poder. Existen casos terribles en los cuales se tolera y comparte el pecado, donde se ve más favorecido el inquilino que más bebe con su casero, sus deudas son omitidas y para compensarlas se aumenta el precio de las viviendas y de esta manera el inquilino sobrio y estable paga más para reponer las deudas causadas por aquellos sin principios. Sin embargo, tomemos esto como ejemplo de una regla negligente. El dueño de una propiedad rural en Londres, sepulturero de oficio, quien vive a poca distancia de la propiedad y que mayormente limita sus negociaciones a un esfuerzo infructuoso para cobrar los alquileres, dijo de manera directa, un domingo a la mañana mientras discutía conmigo el valor de la propiedad:

—Sí, señorita, por supuesto que hay muchísimas deudas. No son los alquileres lo que miro, sino los muertos que saco de las casas. —El hombre no pretendió, siquiera por un momento, dar a entender que él sabía que las condiciones en las que se encontraban las casas era lo que ocasionaba las muertes, aunque yo sí lo sabía mientras escuchaba la verdad con terrible ironía a través de sus palabras. Sin embargo, sí admitió que solo le importaban sus ganancias, que esos cuerpos y almas eran, para él, lo mismo que la nada. Conforme a esa regla, las peleas mortales surgen, se profundizan y agrandan entre las familias obligadas a vivir muy cerca unas de las otras, a utilizar cosas en común. Sus mentes no educadas dan vueltas una y otra vez sobre las mismas ofensas, cuando no hay nadie que los obligue a separarse ni que diga alguna palabra de reconciliación antes de que la pelea se torne más seria. He recibido una carta de un inquilino irlandés jactándose sobre cómo él habría optado por una manera más viril de resolver una disputa, pero que su vecina le mostró la pluma blanca y se retiró. Vi la cara de este hombre iluminarse y sonreír cuando le sugerí que un poco de amabilidad sería una manera más viril. Me he enterado de que él y su tía, aunque furiosos, se controlaron y no pelearon en todo un mes, ¡ya que sabían que iban a arruinar mis vacaciones! Al final, se dieron la mano e hicieron las paces y vivieron tranquilos por muchos meses y de hecho lo siguen haciendo hasta ahora.

No tenía idea de la docilidad de las personas ni de su gratitud por las pequeñas cosas. Son fácilmente regidos por la firmeza, a la cual respetan mucho. Siempre he subrayado el reconocimiento de sus derechos, pero, si una fuerte convicción se expresa con claridad, ellos la adoptan de buena gana y a menudo, si se presenta la ocasión, aceptan consejos diferentes a lo que originalmente deseaban. Una inquilina —callada, fuerte, robusta, que vivía con sus siete hijos y su esposo en un cuarto— tenía razón, «había muchas cosas que ella podía buscar para que los niños comieran bien, que les harían mejor que conseguir otra habitación». Me quedé en silencio.

—¿No ve que tengo razón, señorita? —dijo, mitad suplicando, mitad afirmando.

—No —dije—, de hecho no. Me han criado para apreciar el valor del aire puro y abundante, pero por supuesto debe hacer lo que crea mejor. Solamente lo lamento.

No hubo más palabras, pero en unas semanas hubo una segunda habitación para alquilar y la mujer se ofreció. «Ella pensó que era mejor si se esforzaba en obtener ese alquiler. La calidad del aire era muy importante, ¿no es cierto?». De nuevo, un hombre no enviaría a sus hijos a la escuela. Sucios, descuidados e infelices, destruían muchas cosas dentro de la casa. Lo exhorté a que los enviara a la escuela. Al final, le notifiqué que se tenía que ir, ya que se negó a enviarlos, y porque además se llevó a los tres niños a dormir al cuarto que yo le había dejado exclusivamente a su familia. El hombre era obstinado y se enojó. Con tranquilidad, continué con los procedimientos para desalojarlo. Él se dio cuenta de que hablaba en serio y pidió una entrevista.

—No debía ningún alquiler —dijo.

—No. Sabe que hago hincapié en eso, pero no es el único punto en el que insisto. No puedo permitir este descuido por parte de los niños ni dejar que siga el hacinamiento cuando tengo el poder para evitarlo.

Él sabía lo que era, justo en este año, el escándalo sobre el cólera y que a nadie le importaría cuántos dormían en una habitación, pero que él no era ningún cobarde y no le tenía miedo al cólera, ¡él no! Y en cuanto a estar atado, él no estaría atado, no. No a su propio patrón que le pagaba el salario y tampoco era probable que lo estuviera conmigo cuando él pagaba el alquiler de manera regular. El cuarto era suyo, él lo tomó y si él pagaba el alquiler, podía hacer lo que él quisiera.

—Muy bien —dije—. Y la casa es mía, la tomo y debo hacer lo que considero que es apropiado y digo que la mayoría de las caseras no deberían traer ningún niño. Todos sabemos que es un gran problema y una gran pérdida; pero me arriesgaré si puedes enseñarles a tus niños a ser buenos, cuidadosos y laboriosos, y si no, ya sabes la regla y debes irte. Si prefieres la libertad, la mugre y el desorden, llévatelos, pero si eliges vivir bajo esta regla, te puedes quedar. Tienes tus opciones. —Con esto en cuenta, el hombre se prestó de buena voluntad. Bueno, él no haría nada con respecto a los cuartos sin decírmelo y, en cuanto a los niños, él pensó que los podía mandar de a poco, ahora que su trabajo era mejor.

Por la gran escasez de cuartos en el barrio no parecía justo echar a familias que, pese a ser numerosas, cabían en uno solo. Cuando, por alguna razón, alguna habitación estaba vacía y una familia numerosa ocupaba la habitación contigua a esa, yo hacía lo posible para que alquilaran las dos. No dejo que

los inquilinos nuevos sufran por un alojamiento deficiente. Pudimos dejar dos habitaciones por el precio de cuatro chelines y seis peniques, cuando los inquilinos estaban pagando cuatro chelines por una sola habitación. Al principio, consideraron innecesario el gasto de pagar por un cuarto extra, por más pequeña que esa cifra fuese, aunque luego y gradualmente, aprendieron a apreciar la comodidad de tener dos habitaciones y pagar por ellas de buena gana.

El éxito económico del plan se debe a dos causas: la primera, por la ausencia de intermediarios y, la segunda, por la gran rigurosidad con la que se cobraron los alquileres. Al momento, ninguno de los inquilinos debe el alquiler de ninguna de las casas y durante todo ese tiempo, como dije antes, el retraso en el pago fue mínimo. La ley que trata con contratos de inquilinato de ese tipo parece sencilla y cuando se entiende el método de proceder, todo el negocio es fácil de llevar adelante. Tengo la convicción de que es mejor pagar los gastos legales para deshacerse de los inquilinos antes que perder dinero por los atrasos en el pago. Algo conveniente para ellos y sus familias. Si esta disposición logra entenderse, la gente se respetará más a sí misma por haberla obedecido. La apertura de los procedimientos, que son conocidos por ser genuinos y no solamente por ser negociados, es suficiente para completar el pago atrasado. Se conoce solamente un caso de desalojo por falta de pago. La gran necesidad de habitaciones le da poder a los dueños por sobre los inquilinos. Es necesario demostrar que no se abusa de tal poder. A los inquilinos a veces se les dificulta concretar el pago del alquiler por causa de las fluctuaciones laborales. He tratado de ayudarlos de dos maneras. La primera, induciéndolos a ahorrar, algo que hicieron de forma regular y que los encuentra cada otoño con un poco de dinero acumulado y que, a la vez, les permite enfrentar cualquier contratiempo cuando tienen a sus familias fuera de la ciudad. La segunda, he hecho todo lo posible para conseguirles trabajo en temporada baja.

Me ocupo muchísimo de elegir cuidadosamente los trabajos que puedan hacer cuando se encuentren en períodos de escasez y trato de regularlos, por las posibles irregularidades laborales. Sumar eso a la inmadurez de los trabajadores en ciertos casos podría ser perjudicial. Ellos, desafortunadamente, tienen poca visión de futuro. ¡El resultado final es lo mismo que nada si no lo perciben inmediatamente al siguiente trimestre! Esto me llama mucho la atención, especialmente al verse en conexión con la gran esperanza a la que ya he hecho referencia y que muy a menudo me hace pensar que, si pudiera, tallaría este lema sobre sus casas: *Spem, etiam illi habent, quibus nihil aliud restat.*²

2 Esta frase fue consultada con la licenciada Viviana Hack. Ella manifestó que no conoce al autor de la frase y que supone es de la autoría de Octavia Hill. Por lo que, una aproximación al sentido equivalente al español, puede ser: «Queda la esperanza, aun para aquellos que no tienen ninguna otra cosa» (N. de la T.).

La confianza es otro rasgo hermoso en su carácter. Ha sido absolutamente maravilloso encontrar y poder admirar cuán grande y dispuesta es su confianza. En ningún caso he desconfiado o me he encontrado con otra cosa que no sea absoluta confianza.

Demás está decir que ha habido dificultades y decepciones, pero han sido de poca importancia. Cada persona en particular que no ha estado a la altura de la situación y no se dejó ayudar representó una pérdida para mí, ya que, de alguna manera, esa relación interpersonal conllevaba interés y responsabilidad, incluso cuando no hubiese nada amable o agradable en esa persona. Cuando ellos no tenían la suficiente energía o el autocontrol para elegir el camino más duro, era difícil alejarse de ellos, excepto cuando estaba en mí la esperanza de que otros pudieran acompañarlos en donde yo fallé.

Si son capaces de soportar la presión, hay dos clases de trabajo que dependen enteramente uno del otro. Como primera medida, está la simple realización de los deberes relativos a la casera y la uniformidad de las demandas de los inquilinos. Nos hemos sentido restringidos por las leyes que debemos obedecer, no importa cuán difícil sea hacerlo. Después, en segundo lugar, hay una amistad individual que ha crecido en un conocimiento íntimo junto con un sentimiento de dependencia y protección. Este conocimiento promete el poder suficiente para ver la situación real de las familias, para sugerir a tiempo el resultado inevitable de ciertas costumbres; instar esas medidas para asegurar la educación de los niños y su establecimiento en la vida; mantener viva la semilla de la energía; despertar el pensamiento amable; generar el despertar de la autoayuda; apreciar el más pequeño y persistente brillo por el respeto propio y, finalmente, estar cerca y dispuesta a ayudar realmente cuando la hora de la verdad venga con peso y rapidez para brindar esa ayuda con la mano y el corazón como si fuésemos viejos amigos, que han cumplido con su rol en diferentes situaciones más allá de dar limosna, han dado más que lo material y, por lo tanto, se han ganado el derecho de brindar hasta la mínima ayuda aún al espíritu más independiente.

Finalmente, la relación dependerá de los espíritus humanos que quieran ser parte de ella, como todo lo demás, ya que puede ser beneficiosa o perjudicial. Es simplemente un gran campo de trabajo en donde los obreros son pocos. Tiene una ventaja por sobre los demás trabajos de beneficencia, ya que despierta el sentido del deber, demanda con energía obrar bien para estimular y expiar a los pobres.

Si alguno de mis amigos más pobres tiene la oportunidad de ver esto, espero que no piensen que he hablado exclusivamente de lo que podemos hacer por ellos. Me he fijado en este lado del problema porque consideramos principalmente que debemos ayudar más que en lo que ellos pueden ayudarnos a

nosotros. Pero debo añadir que he de agradecerles mucho por ello. Su ayuda y energía a pesar de las sobrecogedoras dificultades, han hecho que me avergüence de mi propio pesimismo y pereza. He podido ver los resultados inevitables de mis faltas y olvidos, ya que no las había considerado lo suficiente. Su paciencia y agradecimiento son causa continua de admiración. Confío en que nuestra relación crezca y se vuelva más cercana, aún con el pasar de los años.

1 de noviembre de 1866.

2.

Sugerencias encontradas en cuatro años de gestión de un distrito inglés

Publicado por primera vez en la revista *Macmillan*, julio, 1869

Por lo general, se admite la necesidad de una mayor organización en nuestra forma de lidiar con los pobres, pero aún hay otra razón de la cual poco se sabe. Sin embargo, el éxito depende del debido reconocimiento de este factor.

Siento en mi fuero más interno que el disciplinamiento de nuestra inmensa cantidad de pobres debe realizarse a través de la influencia personal y que este poder puede cambiarlos de ser una multitud de pobres y casi pobres a un cuerpo de trabajadores autosuficientes. Es mi opinión, además, que aunque esa influencia pueda surtir efecto sobre ellos de distintas formas, puede ser llevada a cabo de manera notable por las personas que lleven adelante la supervisión y gestión de las casas en las que los pobres suelen vivir.

A favor de este pensamiento, adjunto un informe de lo que realmente se ha alcanzado en dos distritos pobres de Londres.

Hace aproximadamente cuatro años, estuve a cargo de tres casas en uno de los peores distritos de Marylebone. Posteriormente, se compraron otras seis casas más. Todas ellas llenas de inquilinos, por lo que lo primero que debía hacerse era ponerlos en orden. El último conjunto adquirido fue una hilera de

cabañas frente a un suelo desierto, ocupadas por míseros y derruidos establos, montículos de estiércol, viejas maderas y deshechos de todo tipo.

Las casas estaban en una condición extremadamente deplorable: el yeso estaba cayéndose de las paredes, en una de las escaleras había un balde con el fin de juntar la lluvia que caía a través del techo. Todas las escaleras estaban totalmente ennegrecidas y no contaban con barandas debido a que habían sido utilizadas por los inquilinos como madera para el fuego. Las parrillas, con grandes agujeros, fueron cayendo dentro de las habitaciones. La lavandería, llena de madera perteneciente al propietario, estaba cerrada, de modo que los inquilinos tenían que lavar la ropa, cocinar, comer y dormir dentro de las pequeñas habitaciones.

Los basureros ubicados frente a las casas eran accesibles a los habitantes de todo el barrio y los muchachos solían sacar de ellos numerosos objetos y dejarlos tirados por todos lados. El estado del drenaje estaba a tono con todo lo demás. El asfalto del patio trasero estaba roto, por lo que grandes charcos de agua hicieron que el agua se filtrara desde ahí hasta las paredes exteriores. Un barril de lluvia, grande, aunque sucio, recibía el agua que pasaría a las casas, pero tenía filtraciones, por lo que no había agua tanto si ellos llevaran cántaros para su uso personal como si no lo hicieran. Un inquilino le preguntó al antiguo propietario si podía poner un aro de hierro alrededor del barril para evitar pérdidas, a lo que el propietario le contestó que «si no le gustaba» —es decir, cómo estaban las cosas— «podía irse». El inquilino al que hago referencia —por lejos el mejor inquilino del lugar— está hoy con nosotros y a menudo cede su tiempo libre para hacer su habitación más cómoda, a sabiendas de que se le permitirá quedarse si se porta bien.

Este propietario del que hablamos era un comerciante de un pequeño negocio, no era cruel, tal vez si se considera el hecho de la inestabilidad como crueldad, pero era un hombre sin capital para gastar en mejoras y había perdido una gran cantidad de su porcentaje en rentas debido a las deudas incobrables o morosas. Fui con él a las casas el último día que debía cobrar el alquiler para así poder tener la oportunidad de que él me presentara como la dueña de la propiedad. Junto con nosotros vino un hombre que él me confió que se hacía pasar por un intermediario.¹ Era evidente que, independientemente de que ellos cayeran o no en el engaño, no contaban con la experiencia para discernir si cumpliría con tales amenazas. Los atrasos en el alquiler eran enormes. Me habían informado que los honestos habitualmente pagan por los deshonestos. Es decir, que el dueño confiaba en esos pagos para compensar la pérdida de ganancia. Sin embargo, me asombraba hasta qué punto era este caso. Seis, siete

1 El último paso que se daba para reforzar el pago era enviar un intermediario para proceder al embargo (N. de la T.).

u ocho semanas de atraso en el pago y en otros casos muchos más, mientras que desde que yo tomé posesión de las casas (de las cuales cobro yo misma el alquiler todas las semanas) *nunca* permití que se debieran dos semanas de alquiler.

Creo que nadie puede entender completamente el sentimiento de maravilla y asombro que a uno lo embarga cuando se entra a una casa como la mencionada y se la ve, aunque parcialmente, en orden. Con respecto a la esperanza, si bien haya poco en lo cual esperanzarse; por lo menos una tiene el poder de decir: «Pon una ventana en esa esquina oscura, deja que entre la luz de Dios y el aire». O tal vez: «Pongan un colector de agua en el drenaje y saquen el virus de miasma». Una tiene la autoridad moral para decirlo, por aquellas obras que hablan más que las palabras: «Aquí, donde Dios me da autoridad, si sus corazones son conscientes de estar obrando mal, deténganse. No condenaré, por más fuertes que sean, sus juicios de valores, pero cuando hagan lo que sus propias conciencias condenan, Yo, que hoy tengo el poder, ejecutaré el bien. Sin embargo, primero, si no puedo guiarlos, intentaré elevarme y expulsar el pecado, socorrer vuestra voluntad vacilante y extremadamente juzgada sin temple».

Tan pronto como tomé posesión de las propiedades, cada familia tuvo la oportunidad de mejorar: fueron desalojados aquellos que no pagaban o que tenían vidas inmORALES. Se limpiaron las habitaciones vacías y los inquilinos que mostraban signos de mejorar se mudaron a ellas. Por eso y a su vez, tuvimos la oportunidad de blanquear y pintar cada habitación. Se arreglaron los drenajes y las cisternas. Limpiamos los lavaderos y los abrimos para que los inquilinos los puedan utilizar siguiendo una grilla de días. El techo, el yeso y las maderas se repararon. Se blanquearon las paredes de las escaleras y se le colocaron escalones nuevos. Se quitaron también los papeles que cubrían las ventanas (que estaban negros por el paso del tiempo) y en su lugar, se colocó vidrio. De 192 cristales, 8 estaban sanos. Se pavimentó tanto el patio como la vereda.

Las habitaciones, por regla, se dejaron al mismo precio que estaban antes, aunque se les aconsejó a aquellos inquilinos de familias numerosas que tomaran dos habitaciones, ya que mi plan era que el precio no subiera demasiado. A los nuevos inquilinos no se les permitía tomar menos que una habitación y tampoco subarrendar la propiedad. Las niñas más grandes trabajan tres veces a la semana limpiando las casas y la casera es la encargada de la limpieza. Se les paga por este trabajo y así aprenden también hábitos de limpieza. Por supuesto, está dentro de la autoridad que tiene la casera, el hecho de insistir con la limpieza de los lavaderos, patios, escaleras, ventanas de las escaleras y hasta protestar si las habitaciones no se limpian con frecuencia.

El resultado en materia económica ha sido satisfactorio. Solo hemos pagado un cinco por ciento de interés por todo el capital invertido. Se está acumulando un fondo para amortizar el capital. Se creó un fondo para reparaciones y aquí hablo

de los métodos adoptados para hacer conscientes a los inquilinos de las roturas y la basura. Hay una suma anual aprobada de reparaciones que está convenida para cada casa. Si no se gasta todo en restauraciones y arreglos, lo que sobra se usa para gastos adicionales que los inquilinos gusten hacer en las habitaciones.

Por lo que depende de su interés mantener el gasto en arreglos lo más bajo posible y en vez de cometer daños sin sentido, como es común en la gente de su clase, ellos tienen cuidado de no estropear algo y también son buenos para encontrar métodos económicos para restaurar, a menudo ellos mismos, lo que se rompió.

De las ganancias del alquiler, el interés del capital se utilizó para construir una habitación grande para que los inquilinos puedan reunirse. Se usa para dar clases: dos veces a la semana para los niños, una para las niñas y también clases de canto. Para mujeres casadas y niñas mayores, se ofrece una clase laboral, bastante concurrida, que se realiza una vez a la semana. Es un lindo espectáculo ver la habitación llena de caras ansiosas y contentas de muchachas jóvenes que contagian ese ánimo a las más grandes, ya agobiadas. Es un buen momento para la charla tranquila que se da mientras trabajan, donde se percibe la sensación de camaradería entre las mujeres. Sentadas una al lado de la otra en los bancos, se prestan algodón o agujas, mirando todas a la misma persona que las direcciona. Los bebés son un gran vínculo de unión: he conocido a mujeres que hasta no hace mucho estaban discutiendo y ahora están sentadas codo a codo en el mismo banco compartiendo las historias de sus bebés. Esa consciencia de vida corporativa se desarrolla en ellas y se denota con el uso frecuente de «una de nosotras».

Entre los arreglos hechos para mejorar el confort y la salud, puedo mencionar que en lugar de colgar la ropa como antes, contra la pared, donde no se limpiaban o secaban correctamente, ahora usamos el lugar que está en frente de las casas para secar la ropa durante las horas escolares. El mismo lugar es utilizado como patio de juegos, no solo por mis inquilinos más jóvenes sino también por los niños de los otros distritos. Es un lugar rodeado de paredes por lo que pueden jugar tranquilos.

Hasta el momento, el bate y la pelota o los juegos de atrapar, balancearse, saltar y cantar canciones de la guardería al unísono, han sido las principales distracciones. Aunque he establecido ejercicios para los niños y también una banda de tambores y pífanos. Desgraciadamente, el negocio de la administración de las casas ha ocupado tanto tiempo que el patio estuvo un poco descuidado. Aun así, entiendo que es una de las cosas más importantes para trabajar. Los males de las calles y los distritos son demasiado explícitos como para explicarlos. En el patio los niños que se juntan están sucios, son peleadores y violentos, no conocen los juegos y no tienen el control suficiente

como para portarse bien durante la explicación o el juego en sí mismo. La simple e infinita repetición es la mejor diversión. Muy a menudo los juegos son repeticiones de canciones con oraciones cuestionables. Por ejemplo, lo que se puede decir de un juego es que lo único que se hace es cantar: «Aquí viene mi padre caminando por aquí, caminando por aquí» (una y otra vez) y repitiendo: «No nos pararemos porque tiene una cara fea, muy fea» (repetición a gusto). Después viene la madre, la hermana, el hermano, para quienes las mismas palabras son entonadas. Hasta que llega el amante, para quien las palabras rezan: «Nos detendremos por su hermosa cara». Este era, tal vez, el mejor juego que los niños conocían, sin embargo, en la medida que tuviera un doble sentido o produjera alguna influencia, ahí es donde se volvía peligroso. Hay que compararlo con lo salvaje de las luchas sin reglas o las apuestas, con un juego de trampas con compañeros designados, objetos definidos y una habilidad progresiva. La influencia moral depende, sin embargo, de si hay niñas que llegan al patio con la intención de enseñar juegos, actuar de árbitros, además de conocer y cuidar de los niños.

De esto espero conocer más y más. Hasta ahora, exceptuando casos raros, el patio ha sido usado para tomar aire por aquellos niños que están apiñados por las noches en cuartos pequeños en los distritos. Los padres más respetuosos los mantienen adentro, aun siendo de día, después de las horas de escuela para evitar la mala junta.

El señor Ruskin, a quien todo el asunto le debe su existencia, hizo plantar tres árboles en el patio y enredaderas en las paredes. En mayo, tenemos la Festividad de los Mayos, o *Maypole*, donde ponemos un poste lleno de flores y cintas, como también una corona con flores para la reina de la primavera y sus invitados. La exuberancia de las flores de primavera se puede disfrutar en ese patio más de lo que se puede creer. Unos meses después del primer festival se vio a los niños poniendo flores marchitas en las grietas de las paredes, diciendo que querían hacer «como si fuera el día del festival de mayo».

Siempre y cuando las oportunidades se hayan presentado, he tratado de fomentar el amor por la belleza entre mis inquilinos. Los pobres de Londres necesitan de la alegría y la belleza en sus vidas. No hay verdad ni ley más reconocida sobre ellos que lo que Dickens exhibe en *Tiempos difíciles*: el hecho de que cada hombre posee imaginación y que esta necesita de desarrollo y satisfacción. El discurso del señor Slearey: «La gente necesita ser entretenida, terrateniente», casi siempre viene a mi mente cuando trato con los pobres. Ellos trabajan mucho, su vida es monótona, buscan entretenimiento en lugares de baja moral, van a lugares ilegales de parranda. Casi todas las formas de entretenimiento: cantar, bailar, actuar, paseos por el campo, comer y beber, los expone al abuso ya que no hay suficientes reglas que los prevengan de

hacerse daño. Pero si una casera conoce a sus inquilinos y los invita a un tipo de entretenimiento como los recién nombrados, una sensación de honor y respeto acompañará toda la velada.

En sí, no hay más lindo momento que ese, lleno de orgullo y agradecimiento, cuando vemos a toda esta gente que tiene una vida aburrida y llena de ansiedad, reunidos alrededor nuestro para las festividades alegres y sagradas de Navidad o salir a alguna feria tranquila en el tiempo de verano, unidos unos a otros por el sentimiento de tener una relación en común, que los preserva inconscientemente del mal por la presencia de aquellos que aman y que los aman. Esos momentos de suprema alegría son fácilmente organizados por amigos y para amigos, pero si hay muchos invitados desconocidos, se vuelve difícil mantener inocentes estos esparcimientos. Todas estas formas de encuentro son inestimables al mantenernos unidos, aunque no se aprovecharían lo suficiente de no ser por lo que nos une, el cariño que recibe cada individuo del círculo íntimo. Semana tras semana, cuando juntamos los alquileres se presenta la oportunidad de ver a cada familia por separado. Hay muchos asuntos que atender: primero, el negocio en sí, el alquiler por pagar, pedidos de parte del inquilino con respecto a reparaciones a considerar, algunas veces decisiones a tomar por el comportamiento de otro inquilino, otras veces reprensiones por el desorden que puede haber. Después vienen los comentarios tristes o alegres sobre la salud o el trabajo, las pequeñas historias de la semana. Algunas veces surgen preguntas sobre cambios importantes en la vida de la familia: ¿debe la hija trabajar tiempo completo? ¿Debemos llevar al niño enfermo al hospital?, etc. Algunas veces hay peleas violentas que se deben aquietar. Mucho puede hacerse en este aspecto, como así también está la respuesta rápida en estos seres afectivos para aquellos en los que confían o aman. Por ejemplo, dos de mis inquilinas se pelearon, una recibió una patada terrible y la otra quedó con un mechón de pelo menos. Las separó un muchacho que vivía en la casa. Las mujeres ocupaban cuartos conjuntos, se conocieron en los pasillos, usaron el mismo patio y lavadero, fueron un sinnúmero de oportunidades las que se presentaron para que se produzca la colisión. Las vi por diez días y en repetidas ocasiones sin poder reconciliarlas, todo lo que dijeron estaba lleno de odio y recriminación. El pelo que había sido arrancado estaba guardado cuidadosamente y la víctima me lo mostraba como justificación de su prolongado enojo.

Una era una mujer pudiente, un poco fría, severa y autosuficiente, y la otra era una irlandesa muy pobre, bastante nerviosa, aunque tierna. Pero sucedió que una tarde hablando con la última, le mencioné mi pena por la pelea y ella me miró con extrema tristeza, al darse cuenta de que a mí me importaba lo que le ocurría. Ese gesto, sumado a no ceder a las malas pasiones, la alcanzó. Esta criatura de corazón tierno prometió en el momento darse la mano con su

adversaria, aunque ella ya había citado en la corte por agresión y no consideraba que pudiera conciliar la pelea porque implicaba perder los dos chelines que la citación le había costado. Le dije que la pérdida era mínima si ponía en la balanza la paz, pero que yo le pagaría de buena voluntad. Solo se necesitó que una de las combatientes diera el primer paso hacia la reconciliación para que la otra (quien le temía a la citación) cediera. Han sido buenas vecinas ya por unos largos meses. Es bueno recordar un pequeño discurso que muestra el carácter de la irlandesa al reconocerme que ella era muy vehemente: «Mi esposo nunca me apoya cuando tengo estas rabieta y soy muy loca con él, pero bendita seas, lo amo más después de cada enojo. Él sabe bien que me haría peor que me siga la corriente en esos momentos». Quiero aclarar aquí que los dos chelines recién mencionados fueron el único dinero que le tuve que dar a una u otra mujer. Son esas pequeñas acciones que hacen que todo el resto realmente funcione.

Mis inquilinos pertenecen a la clase que está por debajo aún de la de los mecánicos. Son, en sí, los más pobres. Aun así, aunque los donativos que han recibido son casi inexistentes, ninguna de las familias que ha estado a mi cargo durante estos cuatro años ha permanecido en esa condición de «angustia», exceptuando a aquellos que no han estado dispuestos a esforzarse. Aquellos que no ejercitaran el dominio propio no pueden hacer uso de los medios que se les ha dado a su disposición.

Sin embargo, para aquellos que están dispuestos, algún tipo de asistencia en forma de trabajo ha sido provista de vez en cuando. No fue mucha, pero suficiente para mantenerlos alejados de la desesperación. Lo siguiente va a servir como un ejemplo de la ayuda dada y los resultados obtenidos:

Alicia, una mujer soltera, de tal vez cincuenta y cinco años se alojaba con un hombre y su esposa —los tres en una sola habitación— justo antes de que yo tomara posesión de las casas. Alicia, que no podía pagar su alquiler, estaba en condición de calle cuando el señor S (el conserje del patio) la encontró llorando desesperadamente.

Era sábado y yo me había ido de la ciudad hasta el lunes. Alicia no tenía muebles que empeñar ni tampoco amigos que la socorrieran, solo le quedaba el asilo para pobres. La señora S sabía que yo la estimaba por ser una mujer cabal, respetada y de trabajo y por eso se aventuró a expresarle al dueño de la propiedad donde Alicia vivía que no le faltaría el pago si le permitía volver al lugar hasta el lunes, cuando yo volvería a casa, con la posibilidad de perder cuatro peniques, aunque no era ni tan importante para mí esa cifra ni tan difícil de pagar para Alicia en el futuro.

Le di trabajo a Alicia por dos días como costurera hasta que le encontré trabajo en una casa de campo donde había un hombre postrado y su hija (que trabajaba tiempo completo) pagaba por el cuidado. Estuvo ahí por cinco se-

manas, trabajando y ahorrando dinero. A su regreso, le presté lo que le faltaba para comprar los muebles y después me alquiló un cuarto directamente a mí. No era muy hábil con el trabajo doméstico, pero podía coser casi de forma mecánica. ¡Así que se gana su pan diario haciendo ropa para marineros! Aunque es pequeña, su casa es propia y la adora. Después de haber soportado la tempestad de la experiencia, Alicia puede vivir bien, ha pagado sus deudas y es más feliz con eso que habiendo recibido cualquier regalo.

En una oportunidad tuve un cuarto que salía nueve peniques más barato que el que ella ocupaba. Le propuse ocuparlo, aunque tenía un aspecto diferente al suyo, le daba menos luz por el este y oeste. Alicia se tomó tiempo para pensarlo y me pidió que decidiera por ella, oferta que rechacé porque como le dije, su mudanza a este lugar me haría un favor. Al oír esto, no dudó en hacerlo, pero le rogué también que tomara la decisión independientemente de lo que a mí me favoreciera. Al final, dijo muy sabiamente: «Está entre los nueve peniques y el sol». Tristemente ganó el sol.

Mis inquilinos son, por supuesto, animados a ahorrar su dinero. Aunque se debe observar que nunca los pude hacer ahorrar para la vejez. Lo máximo que he logrado es que tuvieran suficiente para tiempos de escasez, tanto para pagar como para la ropa del trabajo de las chicas o botas, muebles o hasta para darse la oportunidad de avanzar, oportunidad que se ve truncada al no cambiar ellos.

Una gran ventaja que surgió de la administración de las casas es que ellos conforman un lugar de ensayo, en el que aquella gente que demuestra ser merecedora de algo mejor, lo obtiene. No son pocos los inquilinos que han descendido del estrato social en el que estaban y algunos de ellos simplemente por probar su carácter han sido capaces de recuperar sus lugares anteriores. Un hombre, hace veinte años, había sido el sirviente de un caballero, había podido ahorrar, entrar en los negocios, se había casado, fracasado y después se le había hecho difícil volver al ruedo del mundo laboral. Cuando lo conocí, él estaba ganando una miseria para mantener a su mujer y a siete hijos enfermos. Esas nueve almas estaban sufriendo y hundiéndose en lo desconocido. Después de cuidar y seguirle los pasos por tres años, fui capaz de recomendarlo a un caballero del campo para trabajar. Ahora la familia entera es beneficiada por seis cuartos en vez de uno, aire fresco y además un salario regular.

Sin embargo, es mucho más fácil ser servicial a tener la paciencia y el dominio propio suficiente cuando llegan los tiempos difíciles y se los ve sufrir sin poder aliviar su pena, aun cuando el curso de acción debe ser fuerte. Se necesita de mucha reprensión y control, aunque también siempre tener presente la simpatía y la compasión. Si falta el pago del alquiler, la nota de desalojo debe estar a mano. El dinero casi siempre aparece luego, al retirarse la notificación, claro está. Más allá de este pedido inexorable de pago del alquiler (con el cual

nunca debemos relajarnos por la parte morosa del asunto y que además fija un mal ejemplo en los otros) tiene que haber siempre una cruzada en contra de los males menores, algunos muy preocupantes. Es necesario creer que hay que poner en orden ciertos lugares de esta tierra de Dios, aún más en presentarle a alguno de sus hijos una mejor calidad de vida, estamos haciendo Su trabajo. Él no nos permitirá desviarnos de sus grandes reglas, sino que nos las enseñará aún a través de los más mínimos detalles.

El propósito de ver el dolor y no poder ayudar de forma radical si no lo hace aquel que está pasando por esa situación es difícil de sobrellevar. Aunque es ciertamente necesario, en algunos casos, no ayudar. Cuando un hombre, de forma continua, se niega a mejorar, la ayuda externa es mucho peor. Al rehusarnos a proveer ayuda, le estamos diciendo más con nuestras apenadas acciones que con palabras: «No mejorarás. Yo estaba lista y lo estaré cuando te encuentres a ti mismo, hasta entonces estás solo». Esta actitud ha sido puesta en práctica, pero por lo general demanda de un espíritu activo que produce mejores esfuerzos en gran medida al igual que la notificación de desalojo despierta resolución y sacrificio respecto al asunto económico.

Luego de reunirnos en tantas ocasiones por asuntos relacionados con nuestras tareas comunes, así como una forma de esparcimiento al compartir nuestra dicha y, luego de haber lidiado con cada necesidad y cada error a medida que fue surgiendo, se entenderá fácilmente que en crisis tales como las que ocurren periódicamente en el este de Londres, ya no me siento incapaz de afrontarlas, sino que me siento, en cierto modo, como una oficial a la cabeza de un pequeño regimiento bien controlado, o dicho con más precisión, como la propietaria de un terreno con una cantidad moderada de inquilinos ordenados.

En primer lugar, mi gente está enumerada. No se trata solamente de contarlos, sino de conocer a cada hombre, mujer y niño. He sido testigo tanto de sus esfuerzos abnegados para pagar el alquiler en tiempos difíciles como de sus derroches imprudentes en tiempos de abundancia, de su trabajo paciente como de su fracaso al no ejercer el autocontrol necesario para realizar los tipos de trabajos más remunerativos, de sus esfuerzos para que sus hijos continúen en la escuela como de su forma egoísta y haragana de vivir de los ingresos de sus hijos. ¿Acaso alguien podría (sin tener en cuenta su perspicacia y fervor), al encontrarse de repente entre un número pequeño de familias como lo son estas treinta y cuatro, saber con tal precisión como la mía qué tipo de ayuda sería verdaderamente útil sin ser esta corruptora? Y si se tiene que recurrir a los donativos, ¿quién podría brindarlos sin provocar dolor al espíritu orgulloso o a riesgo de quebrantar al débil, como la amiga de hace tanto tiempo? La amiga que, además, ha exigido con rigurosidad el cumplimiento puntual de su deber de pagar el alquiler. Una amiga con la cual, de este modo, puedan sentir que

han hecho lo que podían mientras se lo permitiera la fuerza y de quien no se avergonzarían de recibir un poco de pan en tiempos de terrible necesidad.

Sin embargo, no se trata de llegar a repartir pan o limosnas de ningún tipo. Durante el invierno de 1867 a 1868, mientras que en los diarios resonaban las campañas de recaudación de fondos para los más necesitados como consecuencia de las dificultades prevalentes en la metrópolis, al estar fuera del país y al no poder organizar planes de asistencia más satisfactorios, les escribí a las señoras que se encargaban de la superintendencia de los hogares con el fin de sugerirles que una pequeña suma de dinero (que se había acumulado de las rentas, luego de la deducción de los costos y del pago de los intereses) debería ser distribuida como donativo a las familias que sufrieran una gran necesidad. La respuesta fue que no se precisaba de ayuda alguna. Ahora bien, ¿cómo fue que sucedió esto?

Simplemente a través de las varias influencias descritas anteriormente. Al no permitirles a los inquilinos involucrarse en deudas por alquileres (de vez en cuando se les dio algún trabajo para realizar como forma de pago), se los liberó de una de las cargas más pesadas que puede sufrir una familia pobre y eso incluso les permitió ahorrar en tiempos de prosperidad. Sin embargo, también sucede bastante seguido que, aún en tiempos de prosperidad, la gente trabajadora no puede dejarse estar, porque entonces tienen que pagar el retraso del alquiler. Las chicas más grandes también ya eran sirvientes o estaban en proceso de serlo y eran estables, ordenadas y respetables como para conseguir buenos trabajos. Esto se debía, en muchos casos, a que yo les había hablado tiempo atrás sobre la importancia de que fueran a la escuela. También se debía a que yo les había brindado pasatiempos inocentes y felices, que pudieron satisfacer su deseo natural de divertirse y previnieron que se escaparan para conseguirlo por su cuenta. Se aseguró la salud a través de abundante aire, luz y agua. Incluso entre las personas de clase social más baja encontré individuos que pude mover de residencias temporales a lugares más permanentes (trasplantándolos de una sola vez a un rango más alto), simplemente porque fui capaz de decir: «Sé que son honestos, sé que son limpios». ¡Imagine lo que significa para los pobres el simple hecho de que alguien los conozca!

Usted me podría decir, tal vez: «Todo esto está muy bien en lo que respecta a usted y a su pequeño círculo de inquilinos, pero ¿cómo nos ayuda esto a lidiar con las grandes masas de pobres que hay en nuestras grandes ciudades?». A lo que yo contesto: «¿Acaso las grandes masas no están hechas de unos cuantos pequeños círculos? ¿No se puede dividir acaso a las grandes ciudades en distritos más pequeños? ¿Acaso no hay gente que gustosamente se ofrecería para llevar a cabo la supervisión sistemática de alguna casa o casas si tuvieran el consentimiento del dueño? ¿Y por qué no debería de haber alguna manera de registrar dicha supervisión para que, poco a poco, al tiempo que se ofrezcan

más voluntarios, se pueda cubrir la metrópolis, con todos los barrios encajados como pequeños mosaicos que forman un todo interconectado?».

El éxito del plan no depende totalmente de que las casas sean propiedad de la persona que se encarga de la superintendencia. Insto a la gente, dentro de lo posible, a comprar las casas que toma a su cargo, pero, en caso de no poder, que el trabajo sea meritorio al registrar una declaración distintiva donde indique que supervisará tal y tal casa, camino o calle; en caso de tener que renunciar al trabajo, avisen; si todo se vuelve demasiado pesado para ellos, pidan ayuda; y, finalmente, aquel que desee puede consultar información acerca de las familias que viven en las casas que administran.

Se sabe que las personas que trabajan entre los pobres son tan numerosas y el trabajo es tan independiente de cada uno que, en un momento, muchos grupos de personas pueden brindar socorro a una familia en particular un día y, tal vez, nadie se les vuelva a acercar en mucho tiempo. Aun así, cada grupo de personas puede operar de forma bastante sistemática. Me parece a mí que, aunque cada grupo pueda querer hacer las cosas a su manera (y, tal vez, satisfacer necesidades que quizás el encargado no crea necesario satisfacer), pueden al menos sentir que tienen la ventaja de conocer a una autoridad reconocida, de la cual pueden aprender acerca de alguna ayuda ya brindada y de la historia de las familias en cuestión.

Cualquier persona acostumbrada a visitar a los pobres en un distrito grande, cuando se ve limitada a uno mucho más pequeño, creo yo, podría llegar a precipitarse a conclusiones inesperadas o al menos podría encontrarse con varios problemas extraños. Al tratar con una cantidad tan grande de casos, la urgencia es tal que una pasa por alto las cuestiones más difíciles para concentrarse en aquellas donde el trabajo es sencillo. Además, una tiende a olvidar la percepción integral de Sissy Jupe, de que los porcentajes no significan literalmente nada para los amigos de la persona que sufre y que, seguramente, vale menos que un gorrión. El caso individual, si nos importara lo suficiente, nos podría dar la solución a muchos otros casos.

Limitarse a mirar a unas pocas personas y tratar de resolver sus problemas (al planificar de manera definitiva, por ejemplo, cómo podría alguien que tuvo todas las ventajas brindadas por la educación, el autocontrol y el conocimiento, educar a una familia con un salario dado, con el menor monto posible destinado a la comida, el alquiler, la ropa, el combustible y el descanso) puede llegar a resultar, en la mayoría de los casos, más difícil de lo esperado y, a veces, tal vez, imposible. Incluso puede llevar a un extraño auto cuestionamiento acerca de los salarios. Nuevamente, si la gente observara con detenimiento lo diferente que es el efecto de la autoayuda al de la limosna, cómo esta última, tal como el sistema de socorro con la ley de Pobres, tiende a bajar los salarios y a socavar

la previsión monetaria de los pobres, los obligaría a cuestionarse si es acertada o no la decisión de respaldar a los salarios con donativos. Entonces quizá empiecen a considerar de manera práctica si pueden en sus pequeños círculos diseñar planes de ayuda que sean beneficiosos, que fomenten la esperanza, la energía, la previsión y la abnegación, así como la elección de gastos acertados.

Puede que verdaderamente se esfuercen en descubrir planes de ayuda que los libere de la responsabilidad opresora que implica tener que decidir si merecen o no dicha ayuda. Se trata de una cuestión muchas veces estrechamente relacionada con otra: si en algún momento existe o no la posibilidad de reforma. Todos nosotros nos hemos enfrentado a la dificultad que implica decidir acerca de esta cuestión de manera justa, aun así, estamos convencidos de que los donativos que llegan en momentos inoportunos son muchas veces muy perjudiciales. Los trabajadores honestos sienten un peso muy grande en sus corazones y conciencias porque tienen la convicción de que el antiguo mandamiento «No juzgarás» es sagrado y que la distribución de limosnas es fatal si se hace independientemente de la reputación de quien la recibe. Estas dificultades conducen a acciones variables, lo que resulta particularmente catastrófico cuando se trata de los pobres. Aun así, existen planes que cultivan las cualidades que más se necesitan, a saber: el auto control, la energía, la prudencia y el trabajo duro. Dichos planes, si hacemos lo que nos corresponde, pueden estar listos en cualquier momento, incluso para aquellos que menos lo merezcan y para quienes más bajo han caído.

Otros detalles sobre los modelos de ayuda tienen que variar enormemente según las circunstancias y las personalidades, pero voy a mencionar algunas leyes que me resultan cada vez más claras a medida que realizo mi trabajo:

Es mejor cuando se hacen cumplir de manera estricta todos los deberes de pago del alquiler, etc.

Es mucho mejor brindar trabajo que dinero o bienes.

Es mucho más útil fortalecer el esfuerzo arduo a través de la comprensión y el consejo, lo que dará frutos en el futuro.

Es fundamental recordar que cada persona tiene su punto de vista acerca de su propia vida y debe tener la libertad de vivirla como le parezca y que, en muchos casos, esa persona es mejor juez que nosotros, ya que ha vivido y sentido lo que nosotros solamente hemos visto. Nuestro trabajo se trata, más bien, de hacerlos llegar a un punto donde reflexionen y juzguen correctamente, antes de reflexionar y juzgar por ellos.

Los pobres de Londres (así como aquellos de todas las grandes ciudades) necesitan desarrollar toda facultad que pueda abrirles el camino hacia fuentes nobles de felicidad.

3.

Caseros e inquilinos de Londres

Publicado por primera vez en la revista *Macmillan*, octubre, 1871

Tres señoras se encontraban, no hace mucho tiempo, en un distrito sucio y pobre de Londres, cuando un grupo de pícaros niños con la cara sucia exclamaron, en un tono imprudente y bromista:

—¡Cuántas caseras que hay esta mañana!

Las palabras me hicieron pensar, ya que sentí que el regocijo de los niños era propio del entusiasmo, no solamente por la cantidad de caseras (o de señoras que actuaban como tal), sino también, probablemente, por el contraste entre estas señoras y las caseras que estaban acostumbrados a ver. Esto se debe a que la casera, para los pobres de Londres, muchas veces es una mujer sin recursos, engañada, con muchas preocupaciones y sufrida. Una mujer amargada por tener que lidiar constantemente con gente que no es de fiar, por la pérdida y, a su vez, por ser presa de los peores inquilinos, a quienes permite endeudarse y a quienes teme echar a razón de perder el monto que le deben. Una mujer sin el espíritu o la educación que le permitan idear mejoras o sin el capital para llevarlas a cabo. En definitiva, se trata de una mujer que nunca fue capaz de utilizar el poder que le brindó su posición para poner orden en la vida de sus inquilinos, al estar con frecuencia, de hecho, bajo su dominio. Existe una clase numerosa de caseras incluso peor que las que acabo de describir, son intimidan-

tes y violentas, apasionadas, vengativas y cobardes. Alternan el engaño con la amenaza, pero muy rara vez tienen la intención de llevar a cabo estas promesas y amenazas. Son de carácter severo, pero sin principios, levemente indulgentes a lo perjudicial, se les da por la mentira y por decir malas palabras. También son muy codiciosas para ser borrachas y, aun así, son indulgentes con cualquier inquilino que les dé un «regalo», su influencia es un daño incalculable.

¿Acaso la palabra «casera» tiene que sugerir esta idea a los pobres de nuestras ciudades? El viejo término «casero» representa un orgullo para muchos caballeros ingleses, quienes ejercen el dominio de la cabaña ordenada, con su jardín bien surtido, en la cómoda casa de campo, sobre los amplios parques inclinados y los ricos terrenos campestres. Para él es un gusto mantener así de linda esta porción de tierra que le han dado para gestionar. Y, con respecto a su gente, consideraría vergonzoso recibir los alquileres de sus bien administradas fincas de campo, año tras año, sin recibir algún pequeño reconocimiento de su posición, al menos en ocasiones tales como cumpleaños o Navidades.

Sin embargo, ¿dónde están los dueños, señores o señoras de la mayoría de los distritos como en los que estuve con mis compañeros trabajadores? ¿Quién ejerce el dominio allí? ¿Quién conduce a los inquilinos allí? Si los dueños se encuentran entre estos nobles de cuna o de mejor educación, ¿acaso llevan ellos las marcas del trabajo en sus manos? Y si no son los dueños, ¿no podrían serlo? Hay en esos distritos corazones ingleses tan nobles como aquellos que quiso o reverenció el terrateniente en el pueblo, solo que han sido olvidados. En la oscuridad al ras del suelo, en las cocinas con la más asquerosa humedad, se amontonan y nadie los ama o los cría. No se debe pensar que los clérigos y misioneros sobrecargados de trabajo, heroicos como a menudo son, puedan encargarse de todo lo posible por ellos. Se trata de muchísima gente y precisan que se los vigile uno por uno. El clero no tiene el control de estos lugares como tampoco tiene ni la mitad del poder necesario para lograr que el trabajo llegue a buenos términos.

Estoy a punto de describir cómo se puede establecer esta relación entre casero e inquilino y con qué resultados en algunos de los distritos más bajos de Londres, todo esto relacionado a lo que se ha hecho en los últimos dos años en el distrito de Marylebone. Ya he dado cuenta (revista *Macmillan*, julio, 1869) tanto de mis esfuerzos previos para establecer esta relación sobre una base saludable en otro distrito de Londres, como de los detalles de mi plan de acción, así como de su éxito. Por lo tanto, en lo que sigue a continuación, no voy a presentar nada esencialmente nuevo, sino que simplemente voy a insistir en los principios que la experiencia diaria me ha asegurado. También voy a volver a contar la historia en un intento de extender estos principios a esa clase incluso más baja que la aludida en mi trabajo anterior.

Fue casi a fines de 1869 cuando oí por primera vez que se iba a vender una buena cantidad de casas en un distrito cerca de donde yo vivo. Finalmente, en el transcurso de ese año, a seis casas de diez habitaciones las compró la condesa de Ducia y otras cinco más otra señora. Estas casas fueron puestas bajo mi cargo. Me alegré de conseguir cierta influencia aquí, ya que sabía que este lugar era uno de los peores de Marylebone, sus habitantes eran mayoritariamente vendedores ambulantes. Se trata de la clase más pobre de nuestra población que cuenta con un lugar donde vivir. El que le sigue en la escala es el vagabundo que duerme en pensiones comunes y sé con precisión que su integridad moral es igual de baja. La reputación del lugar ya me era familiar desde hace tiempo, dado que cuando se echaba a los inquilinos rebeldes y sin remedio de otros distritos, me enteré de que iban a parar a este. El tono con el que se lo decía insinuaba que ahora ya habían caído en lo más profundo de la degradación. Un abogado amigo, al enterarse de que pensaba comprar casas allí, también me dijo:

—¡Ese distrito! ¿Acaso no es el lugar que siempre aparece en los informes policiales por los disturbios?

Aun así, esa apariencia externa no haría imaginar al observador despreocupado su verdadero carácter. No se encuentra lejos de Cavendish Square y a diario, en temporada alta, montones de carruajes con sus ocupantes majestuosamente vestidos lo atraviesan por completo. Si fueran estos a bajar la mirada no adivinarían su vida interior. Visto desde afuera y durante el día, se trata de un lugar de apariencia tranquila, con casas medianas y con un espacio aceptable entre ellas. No tiene calle, pero está bastante bien pavimentado. Sobre el pavimento hay viejos muebles a la venta al frente de unos pocos negocios.

No obstante, si alguien hubiese entrado a esas casas conmigo hace dos años habría visto lo suficiente como para sorprenderse y horrorizarse. En muchas de las casas los cestos de basura estaban completamente inaccesibles y había hojas de repollo, pescado podrido y todo tipo de suciedad tirados en los pasillos y escaleras. En algunas la cocina trasera se había utilizado como cesto de basura y no se había vaciado en años. El polvo se filtraba en las cocinas delanteras, que eran las únicas habitaciones donde podían vivir y dormir algunas familias. Algunas de las escaleras de la cocina tenían varias capas de suciedad tan endurecida que se tenía que utilizar una pala para sacarla. En algunas casas casi ni había agua, la madera estaba carcomida y rota, las ventanas estaban destrozadas y la lluvia caía por los techos.

Por las noches era todavía peor y durante el primer invierno, sobre todo, tenía que cobrar los alquileres ya que, como los habitantes eran principalmente vendedores ambulantes, estaban casi todo el día fuera y tenían miedo de confiarles el alquiler a sus vecinos. Fue en ese entonces cuando presencié el aspecto

más espantoso de las casas. Recuerdo muy bien esas noches de lunes, húmedas y con niebla; cuando yo doblaba por el sucio distrito, pasaba por la taberna brillantemente iluminada de la esquina y por los viejos muebles de los negocios y, finalmente, me metía rápidamente en los oscuros y enormes callejones. Las puertas principales estaban abiertas día y noche y, mientras avanzaba a tientas por las escaleras de la cocina, redondeadas por el barro que tenían encima, al bajarme encontré con los olores fétidos que el aire de la pesada niebla no permitía disipar. También, el revoque producía un traqueteo con un sonido hueco mientras caminaba. Era espantoso pensar que allí había seres humanos que vivían habitualmente, en semejante atmósfera y alrededores. En ocasiones tenía que abrir yo misma la puerta de la cocina, luego de golpear en vano muchas veces. Dentro encontraba a una mujer bastante borracha, tirada en el piso sobre una masa negra que le servía de cama y, a veces, como respuesta a mis llamados, un hombre medio borracho decía malas palabras y me tiraba el dinero del alquiler con brusquedad a través del resquicio de la puerta, con su pie apoyado contra ella para evitar que se abriera, pero dejando un espacio suficiente para dejarme entrar. Siempre cerraban la puerta sin ofrecerme una luz que me guiara por las escaleras, oscuras como boca de lobo. Así se encontraba el distrito en el invierno de 1869. Realmente era un pequeño reino salvaje, anárquico y desolado para gobernar.

¿Bajo qué principios debía yo de gobernar a esta gente? Aquellos que ya he puesto a prueba y con los que he tenido éxito en otros lugares y pasaré a resumir a continuación: en primer lugar, exigir de manera estricta el cumplimiento de sus deberes para conmigo, uno de los principales es ser puntual con el pago de la renta y; en segundo lugar, esforzarse por ser indefectiblemente justos y pacientes, de manera que aprendan a confiar en las normas que se les presenta.

Con respecto a los detalles, me gustaría llevar a cabo unas mejoras de forma inmediata, tales como la colocación de tuberías de agua y la reparación de los cestos de basura. No obstante, en su mayor parte, las mejoras se deberían hacer gradualmente, en tanto las personas sean más capaces de valorarlas y de no dañarlas. Haría que pinten y limpien las habitaciones a fondo a medida que queden vacantes y se las ofrecería a los inquilinos más limpios. También, me encargaría de que las reparaciones que no sean necesarias en lo inmediato sirvan para darles trabajo a los hombres que más lo precisen en tiempos difíciles. Trasladaría a los ocupantes de las cocinas subterráneas a las habitaciones de arriba y, en última instancia, convertiría las cocinas en baños y lavaderos. También indicaría que reparen y pinten el sector de la casera, por ejemplo, las escaleras y pasillos. A su vez, solicitaría que frieguen de forma regular y, mientras sea posible, que se haga de ello un modelo de pulcritud, ya que sé por experiencia propia que este ejemplo, con el tiempo, se extenderá silenciosamente a las ha-

bitaciones mismas y que el pago por este trabajo me permitirá obtener cierto control sobre las chicas más grandes. Recolectaría los ahorros personalmente; no confiaría en que los lleven a bancos lejanos o clubes de ahorro.

Finalmente, supe que debería aprender a considerar a estas personas como mis amigos y, de manera instintiva, me sentiría igual con respecto a su privacidad e independencia y que además los trataría con la misma cortesía con la que trato a cualquiera de mis amigos íntimos. No habría interferencia alguna, como tampoco se entraría a sus habitaciones sin ser invitado, ni se ofrecería dinero o lo necesario para sus vidas. Aun así, cuando la ocasión se presente, les brindaría la ayuda que pueda, como le ofrecería a un amigo que no pretendo ofender (simpatía en momentos de dificultad, ayuda, consejos en tiempos difíciles, contactos que pueden serles útiles, medios de educación, visitas al campo, un préstamo de libros, un puñado de flores traídas intencionalmente, una invitación a algún entretenimiento, en alguna habitación al fondo de mi casa, que probablemente los alegrará). Estoy convencida de que muchos de los males que se les hace a los pobres proviene de una falta de delicadeza y cortesía hacia ellos y de que no se los puede ayudar de una manera distinta de cómo se los ayuda a quienes están en una mejor posición. La ayuda puede variar en cantidad, porque las necesidades son mayores. Aun así, no debería variar en su tipo.

Para resumir: mis esfuerzos en gobernar a esta gente deberían ser mantener el perfecto rigor con respecto a nuestras relaciones de negocios, así como el perfecto respeto en lo que refiere a nuestras relaciones personales. Estos principios de gobierno y planes de acción no eran teorías, eran meditaciones en estudio, pero fueron resueltos conforme iba tratando de manera individual. Y, aunque soy capaz de formularlos, quiero destacar que tienen vida propia, que no son normas obsoletas, más bien se trata de principios cuya implementación varía día a día. Puedo decir, por ejemplo: «Forma parte de nuestro plan mantener algunos arreglos como medios de trabajo para los hombres desempleados», pero se precisa de un verdadero instinto para poner en marcha este plan de manera beneficiosa. El momento para brindar el trabajo, así como su tipo y frecuencia y, por sobre todo, la manera en que se lo ofrece, debe ser novedosa en cada situación. A su vez, las circunstancias y caracteres varían, por lo tanto, cada caso es diferente.

Llevar a cabo de manera práctica, en cualquier distrito, cualquiera de estos planes de acción implica, como se puede imaginar, una gran cantidad de supervisión personal. De ahí la frase «cuántas caseras», que suscitó el interés de los niños de la calle. Varias caseras, dueñas de las casas o no, han trabajado enérgicamente conmigo desde que se compró la propiedad y, cuando utilizo la palabra «nosotras» quisiera que se entienda que se aplica tanto a estas señoras como a mí misma. Muchas veces es sobre ellas donde recae la mayoría de los detalles del trabajo.

Sin embargo, ahora continuaré con la historia de este distrito. Nuestro primer paso al ganar posesión fue llamar a los habitantes para establecer nuestro derecho de cobrar alquileres. Aceptamos o rechazamos como inquilinos a algunas personas, las conocimos y nos enteramos de todo lo que estuvieron dispuestas a contarnos acerca de sí mismos y de sus familias. A veces nos encontramos con escenas extrañas. En una habitación, solíamos encontrar a un niño y una niña, de unos diez años, bonitos, andrajosos, con ojos oscuros y pelo enmarañado. A veces estaban agachados cerca de una fogata, mirando una cacerola negra, otras se entretenían cortando papeles con una tijera. Era difícil que lográramos sacarle alguna palabra, generalmente nos entregaban el alquiler y el libro de cuentas en silencio. No había ningún adulto a la vista. Durante meses, no he visto que estos niños salgan al aire libre. Con frecuencia permanecían echados en la cama todo el día y creo que eran muy ignorantes y perezosos como para que les importara dejar la casa más que de noche, cuando el niño, como luego nos enteramos, se arrastraba como un gato por los techos de las dependencias para robar trozos de carbón de un galpón cercano.

En una habitación tuvimos que llamar una y otra vez, ya que siempre encontrábamos la puerta cerrada. Finalmente, después de semanas de esfuerzos inútiles, encontré en casa a la dueña de la habitación. Estaba sentada en el suelo tomando el té con otra mujer, el té estaba servido en una cesta invertida. Me senté en una cesta opuesta que era el único otro mueble en la habitación y le dije que lamentaba no haberla podido conocer antes. A lo cual ella respondió, con un aire un tanto ostentoso y un brillo alegre en sus ojos, que había estado inevitablemente ausente; en otras palabras, había estado algunas semanas en prisión, algo usual para ella.

Cuando empezamos con nuestras reparaciones y alteraciones hubo muchas cuestiones desalentadoras. La mejor clase de gente en el distrito no tenía prospecto de mejora permanente. Cuando uno de los inquilinos de los negocios vio que enviábamos trabajadores a las habitaciones vacías, dijo de forma considerada:

—Le digo cómo es, señora. Le va a costar mucho dinero arreglar esos lugares y no vale la pena. No pasará mucho tiempo sin que las mujeres asomen la cabeza por los paneles de las puertas y el lugar es demasiado bueno para semejante ganado como son ellas.

Sin embargo, no nos disuadieron. Por otro lado, no nos apuramos en nuestras acciones debido a amenazas. No eran requeridas, ya que apenas los inquilinos vieron a los trabajadores parece que creyeron que, si protestaban lo suficiente, obtendrían mejoras en sus propias habitaciones. No se había hecho nada durante años. Ahora, pensaron, era su oportunidad. Más de una mujer se encerró conmigo en la habitación para despotricar y vociferar. Sacudía el

dinero del alquiler en su bolsillo para tentarme con el sonido del dinero y rugía que no pensaba pagar ni un céntimo hasta que arreglen su reja o su piso, o lo que sea. El silencio absoluto hacía que su voz bajara cada vez más, hasta que callaba por completo, sorprendiéndose de que no le había respondido con insultos. Luego, le seguía una pausa. Supe que las promesas iban a ser poco creíbles y, además, deseaba sentirme libre de hacer solo cuanto creía mejor. Por lo tanto, mi plan era confiar en que mis acciones hablaran por sí solas e inspirar confianza a medida que pasara el tiempo. En tal pausa, una vez le dije a una bonita gitana irlandesa:

—¿Hace cuánto vive aquí?

—Hace más de cuatro años —respondió, subiendo la voz al recordar sus males—. ¡Y siempre fui una buena inquilina, pagaba el alquiler y nunca se hizo nada!

—¿Y por cuánto tiempo he tenido yo estas casas?

—Bueno, supongo que desde el lunes —dijo con un tono hosco, pero conciliador.

—Muy bien, Sra. L, solamente piense en lo que se ha hecho en las casas desde entonces y, si desea irse y piensa que puede acomodarse en un lugar mejor, me alegro en que pueda sentirse cómoda. Mientras tanto, por supuesto, mientras permanezca aquí, pague la renta. La buscaré esta tarde si no puede pagarla ahora. Buen día.

Casi inmediatamente después de comprar las casas, tuvimos que lidiar con la basura acumulada durante años. Se arregló el pavimento de los patios y de los sectores del frente, se vaciaron los basureros y se pusieron los desagües en orden, así como el suministro del agua. A tales mejoras no se las puede arruinar terriblemente, pero para cualquier otra reparación de naturaleza más destructible era mejor esperar. Resultaba evidente la importancia de avanzar lentamente y de lograr algún control sobre la gente, lo que era necesario como acompañamiento de cualquier mejora real en las viviendas. Sus hábitos estaban tan degradados que tuvimos que trabajar para cambiarlos antes de que pudieran hacer un uso debido de los mejorados alrededores que estábamos listos para brindarles. Teníamos cerraduras y ventanas rotas, desagües tapados, basureros mal utilizados en todo sentido, hasta cañerías destrozadas y grifos arrancados. Esto muchas veces era el resultado del descuido y del hábito muy arraigado a la suciedad y el desorden, a veces el daño era deliberado. Nuestro remedio era ver el momento apropiado para suministrar estos artefactos y lograr que la gente, poco a poco, trabajara con nosotros para su conservación. Me he dado cuenta con el tiempo que la gente se avergüenza de dañar un lugar que saben que está cuidado. Acumularán basura hasta que el lugar apeste, pero mientras más se den cuenta que está cuidado, más lo respetarán, hasta que triunfe el

orden y la limpieza. Por este sentimiento, junto con el hecho de que no les gusta que aquellos a quienes aprendieron a amar, cuya situación es mejor que la de ellos, vean cosas que los aflijan, hemos podido llevar a cabo casi todas las reformas externas, de modo que la manera más segura de mantener estos lugares limpios es encargarse una misma. Comienzo por ir en horarios regulares, por lo que limpian para poder recibirme y tienen el gusto de preparar todo para mí y de ver mi satisfacción. Luego, voy en horarios inesperados, para lograr que siempre tengan todo limpio.

Por extraño que parezca, nuestro plan de mover a los residentes de las miserables cocinas subterráneas a las habitaciones superiores no recibió ninguna aprobación al principio. Habían permanecido tanto tiempo en la semioscuridad que cualquier movimiento lo sentían como un gran esfuerzo. Recuerdo que una mujer en particular me suplicó que la dejara quedarse, diciendo:

—Mis pocas pertenencias no parecerán nada si las lleva a la luz.

Progresivamente, sin embargo, fuimos llevando a cabo los cambios.

Ya he mencionado en mi resumen nuestro plan de operaciones, nuestra costumbre de usar algunos, no todos, los arreglos que no eran inmediatamente necesarios como un medio para brindar trabajo a los inquilinos en tiempos de poca actividad. Coloco un gran énfasis en este punto. Aunque los hombres no son albañiles, hay muchos trabajos pesados que pueden realizar, como el de enyesar, pintar, vidriar, barrer y remover la basura. Cuando los inquilinos no tienen trabajo, en vez de reducir sus energías entregándoles regalos o dinero, siempre que nuestros fondos lo permitan, simplemente los empleamos para reparar y purificar las casas. Y cuánta diferencia hace un trabajo de cinco chelines para una familia en una mala semana. El padre, en vez de quedarse holgazaneando en la esquina de la calle, se prepara para trabajar felizmente, para cubrir, arreglar el yeso y pintar las paredes. La esposa piensa en limpiar las esquinas y cajones mohosos, los cuales quizá no fueron tocados durante meses, en limpiar también las ventanas e incluso en colocar una persiana limpia y, de este modo, le da vida a la casa proveyendo un sentido de decencia y de esperanza para comenzar de nuevo y hacerlo mejor.

Una suerte de influencia alentadora proviene también, aunque en menor medida, de nuestro plan de tener un pequeño grupo de fregadoras. Hacemos que dos veces por semana las muchachas mayores frieguen todos los pasillos. Los seis peniques que ganan de este modo son un estímulo y, muchas veces, se interesan bastante en el trabajo. Una niña pequeña estaba tan orgullosa de su primera limpieza que se paró dos horas a controlar su corredor para que los niños, a quienes considera los enemigos naturales del orden y la limpieza, no lo arruinaran antes que yo llegara para mirarlo. Una mujer también comentó a su vecina lo bien que lucían las escaleras:

—No se han limpiado nunca desde que yo llegué a esta casa —agregó.

¡Había vivido en esa casa por seis años! El efecto de estos pasillos limpios con frecuencia se extiende a las habitaciones, a medida que llama la atención la oscura línea que delimita el pasillo limpio y las habitaciones todavía sucias, y comienza a molestar la mente de los inquilinos.

Luego, paulatinamente, se empiezan a contar estos diversos modos de tratar con nuestro pequeño distrito. Poco a poco, la gente comenzó a confiar en nosotros; y poco a poco las viviendas fueron mejorando. La sensación interna de poder y simpatía pronto se hizo sentir y cada vez hubo menos señales de grosería o violencia hacia nosotros. Incluso antes que el primer invierno terminara muchos se apuraban para iluminarnos mientras subíamos las escaleras y, en lugar de ser empujada hacia la puerta semiabierta con el libro de contabilidad y el dinero en mis manos y mantenerme firmemente parada sin ninguna posibilidad de entrar, mi bienvenida era: «Ah, señorita, ¿le gustaría pasar y tomar asiento un momento?». Poco a poco las habitaciones fueron renovadas, los desagües restaurados, se repararon los agujeros en los pisos, el yeso roto y sucio fue reemplazado por una superficie lisa y limpia, se removieron los montones de basura acumulada y avanzamos hacia el orden.

Entre los muchos beneficios que la posesión de las habitaciones nos permite conferir a la gente, quizás una de las más importantes es nuestro poder de salvarlos de vecinos que harían miserables sus vidas. Se trata de algo más que compasión el proteger a los pobres de la desgracia de vivir en un cuarto al lado de gente borracha e indisciplinada.

—Me estoy muriendo —me dijo una mujer mayor el otro día—. Desearía que me llevara a algún lugar donde no tenga que escuchar a S golpeando a su mujer, sus llantos son desesperantes. Y también B siempre llega borracho. Déjeme que vaya al número 30.

Nuestro regocijo depende de la debida organización de los inquilinos: que no haya muchos niños en una sola habitación, a fin de que no esté superpoblada; tampoco que haya pocos para así llenar otra habitación; que no haya mucha gente problemática al lado de la otra, o evitar que beban juntos; que no esté una persona terrible al lado de una respetable.

De vez en cuando nos cruzamos con personas cuyas vidas son muy buenas y sinceras, que solo por esos servicios y por el sentido de nuestra amistad, los podemos ayudar a todos; en todas las cosas importantes no siempre necesitan de nuestra enseñanza, sino que nosotros aprendemos mucho de ellos. En una de las cocinas subterráneas, encontré a una mujer que vivió allí doce años. A pesar de cada obstáculo y en medio de tal entorno que acabo de describir, ella era impecablemente limpia e hizo lo mejor para renovar el horrible lugar: unió los caños rotos del desagüe con pequeños trozos de alambre; los grandes

huecos en la pared, uno de los cuales daba al aire libre, los rellenó con trapos y se tomó el trabajo de recortar perfectamente los extremos con tijeras; empapeló las paredes y con paciencia fijaba las largas tiras de papel nuevo cada semana, ya que al estar tan húmedo la pasta constantemente perdía soporte. Naturalmente y con todo este arduo trabajo, le tomó mucho cariño a su pequeño hogar que casi le rompió el corazón el solo pensar en abandonarlo. Entonces decidimos no sacarla de allí. Sin embargo, luego de un tiempo, la fuerza de nuestros previos argumentos surtió efecto y un día, de repente, ella estuvo dispuesta a mudarse. Como esperábamos, mantuvo su nuevo hogar en un perfecto estado de limpieza y orden. Desde entonces, no ha crecido en el ámbito laboral, pero siempre pagó su alquiler, nunca pidió asistencia, ni siquiera aceptó mi pequeña ayuda de prestarle algo de dinero hasta que pudiera dar la debida notificación que le permitiría extraer sus propios ahorros del banco donde los había guardado. Vivió treinta y cinco años en Londres, una mujer soltera que dependía enteramente de sí misma, sin subsidios del gobierno ni ninguna otra ayuda, y se mantuvo siempre fuerte para mantener en alto su estándar de limpieza e independencia y un espíritu de veracidad paciente que es infalible. Su vida está por terminarse. Ahora está limitada a su cama, la mayor parte del tiempo sola, sin una campana para pedir ayuda. Aún sigue reposando en su cama blanca como la nieve, tan silenciosa como un niño que se está yendo a dormir, mientras habla con un poco de orgullo de su larga vida como trabajadora, a veces habla con ternura de sus viejos días viviendo en Irlanda, mientras dice suavemente que no desea estar mejor; quiere irse a «casa». Incluso en lo más extremo de su soledad solo una mente pequeña sentiría lástima por ella. Es una vida que merece reverencia y admiración.

Rara vez podemos hablar de lo más profundo de los corazones que llegamos a conocer o de las vidas que vemos a lo largo de nuestro trabajo. Estas personas son nuestras amigas, pero, a veces, deberíamos simplemente echar un vistazo a una vida que, en su sencillez y fidelidad, podría avergonzar lo mejor de nosotros, como en el caso de esta mujer que parece que ha ido más allá de todos nosotros y que ha entrado a una tranquilidad que no podemos romper.

Desde que empezamos a trabajar en el distrito, hubo grandes mejoras por parte de las personas. Simplemente debo decir, a modo de ejemplo, que la apasionada encargada irlandesa, quien me encerró dentro de su habitación, no nos abandonó, sino que felizmente se estableció y me ha mostrado más de un acto de confianza y de amabilidad. La anciana, cuyas «pequeñas cosillas» no se verían al subir las escaleras, luego de haber vivido en una pequeña habitación iluminada, esta vez pedía una más grande, después de librarse de una deuda que había reducido sus recursos, ahora había comenzado a ahorrar. Últimamente hemos convencido a dos niños de ojos oscuros a confiar en nosotros. Su madre,

una mujer deteriorada, cuando al fin apareció, demostró que estaba viviendo una vida vergonzosa, la única esperanza era alejar a los niños de su influencia. Mi primer regocijo fue hacer que la muchacha se esforzara lo suficiente para convertirse en una de nuestras limpiadoras; y al final, un año después, fuimos capaces de persuadirla para ir a una pequeña escuela industrial en el campo, donde se unió con su hermana, quien posteriormente estaba presente en mis primeras visitas. Por desgracia, la madre huyó con su hijo, en tanto nosotros teníamos la esperanza de mandarlo a una escuela de formación, pero incluso en el poco tiempo que permaneció con nosotros, había conseguido cierta influencia sobre él. Logré que el niño comenzara a aprender cosas nuevas, a fuerza de llegar a un acuerdo con él de que yo misma lo pasaría a buscar un día a las ocho de la mañana y lo ayudaría a preparar su aseo personal para que pueda establecerse en la escuela humilde más cercana.

La oportunidad de ayudar a las personas en un momento crítico de sus vidas no es muy frecuente. Por ejemplo, poco después de tomar posesión del distrito, una o dos veces recibí el pago del alquiler de una joven muchacha, a quien generalmente encontraba sentada con tristeza en una habitación vacía, sosteniendo a una bebé entre sus brazos. Se la veía tan joven que al principio pensé que la bebé era su hermana, pero resultó ser su propia hija. Su esposo parecía ser un simple muchacho y, de hecho, solo tenía diecinueve años. Un día, cuando todavía faltaba para pagar el alquiler, escuché su historia. Parece ser que una tía del muchacho le había prometido una suma de dinero para enviarlo como vendedor ambulante si se casaba con una chica, pero no hubo trato alguno por un pago por adelantado y la promesa no se cumplió. Este matrimonio en proceso, el cual les proporcionaría una vida llena de bienestar, nunca se llevó a cabo. Esta parecía ser la ocasión donde un pequeño préstamo podría ser de gran ayuda. Por lo tanto, les presté la cantidad necesaria de dinero (que pagaron con mucha puntualidad), y eso fue lo que salvó a la joven pareja de ser llevados al asilo de pobres, de esta manera les dimos un pequeño comienzo en la vida.

Para demostrar más aún las diversas oportunidades que nos brinda nuestro apoyo con las personas, describiré una de nuestras recaudaciones semanales de ahorros.

Los sábados a la mañana, a las ocho, los encargados sabían que nos encontraríamos en el club de reuniones (una de las antiguas tiendas del distrito que ahora usábamos como club de caballeros y para las clases nocturnas de jóvenes, como también para este propósito de recaudación de ahorros) y que podían venir a vernos si querían, tanto para negociar como para tener una simpática charla.

Imagínese una habitación baja y larga, sentada junto a una de mis asistentes, con pluma, tinta y bolsas de dinero, en una mesa de pino, bajo el resplandor de un mechero de gas. La puerta, que conduce directamente al distrito,

estaba abierta de par en par. Una persiana de color rojo brillante, que cubre una amplia ventana, impide que los transeúntes miren hacia adentro, pero en la puerta se reúne un grupo de rostros sucios y salvajes, que nos miran fijamente. ¡Qué grupo formaban, mientras el fuerte resplandor de la luz a gas caía sobre ellos! La mayoría son niños con el pelo despeinado, con ropa rota y poco cuidada; pero por encima de ellos, ahora y después, uno ve el rostro demacrado de una mujer apurada por hacer las compras del sábado a la tarde o la mirada perdida de algún borracho. Normalmente, la gente adulta que se para a observar es extraña y, aquellos que nos conocen, generalmente se acercan a nosotros. «¡Bueno! De todos modos, ellos se han tomado su tiempo en el asunto», una mujer exclamaba, sentándose en un banco cerca nuestro, tan absorta en la cuestión de si obtendría una asignación parroquial, ya que piensa que *ellos* no pueden significar otra cosa que la Junta de Tutores, y *el asunto* nada más que la tan deseada asignación. «Sí, pensaba venir y decírselo», continuaría diciendo: «Fui el martes...», y luego seguiría toda la historia.

—Bueno, ¿y cómo está hoy, señorita? —dijo, una trabajadora irlandesa de contextura grande que ingresaba, vestida con una chaqueta de franela—, solo venía para decirles que terminaré el trabajo el lunes. Debo terminar un trabajo cruzando el parque. Si todavía queda algo más por hacer que pueda cubrir, estaré encantada en hacerlo.

—En un momento —le contestamos, asintiéndole a una mujer delgada parada en la puerta. No había hablado, pero sabíamos el significado de esa mirada suplicante. Quería que le cobráramos el alquiler de su marido antes que este saliera y se gastara todo el dinero en alcohol.

La mirada ansiosa y vigilante de una de nuestras pequeñas limpiadoras llamó nuestra atención. Ahí estaba ella, con su ficha de ahorros en su mano, esperando que le diéramos los seis peniques que había ganado durante la semana.

—¿Cuánto tengo? —dijo observando el escrito de los seis peniques con placer—. Porque mi mamá dijo: «Por favor, voy a continuar el sábado». Me comprará un par de botas.

—Tome dos chelines por la ficha y cuatro chelines por el alquiler —dijo una mujer orgullosa y feliz, mientras mostraba una pieza brillante de oro, algo raro de ver en el distrito, pero su marido había estado trabajando regularmente por un corto plazo.

—Por favor, señorita —dijo otra mujer—, ¿podría ver y hacer algo por Jane? Es la que maneja todo desde que murió su padre. No puedo hacer nada con ella y no le hará ningún bien a este distrito. Vaya y búsquele otro lugar lejos de aquí.

Más tarde, entró un hombre.

—Le dejaré mi pago del alquiler esta noche en vez del lunes, señorita, por favor. Estará más seguro con usted que conmigo.

Luego vino una mujer pálida, muy afligida. Nos contó que su marido había sido arrestado sin causa alguna. Creímos que eso sería verdad; él siempre había pagado todo con honestidad, trabajado con mucho esfuerzo y vivido decentemente. Entonces mi asistente fue a la estación de policía para pagar la fianza, mientras yo me dedicaba a recolectar el dinero de los ahorros.

—¿Estaba agradecido? —le pregunté cuando regresó.

—Se lo tomó con mucha calma —respondió—. Parecía que él ya sabía que iríamos en su ayuda.

Tales son algunas de las escenas que pasamos en las tardes de recaudación de ahorros y tales son algunos de los servicios a los que estamos llamados a hacer y semejante es el apoyo que tenemos con los encargados. Con toda seguridad, una tarde como esta demuestra que nuestro apoyo ha cambiado de alguna manera desde los tiempos que hemos pasado en el distrito durante el primer invierno.

Mis lectores no se imaginan que lo que trato de decir es que ya no hay males que prevalezcan en este distrito. Sería imposible levantar en dos años en condiciones satisfactorias un lugar como el que describí al principio. Pero lo que sí sostengo es que hemos trabajado con una gran variedad de reformas y visto resultados muy favorables. Siento que se trata de una cuestión de tiempo en un mayor grado y por eso, ahora que nos hemos ganado el corazón de la gente, el distrito está dispuesto a mejorar sin parar. Les pagará un buen porcentaje a sus dueños y beneficiará a sus encargados tanto como lo ha hecho cualquier otra propiedad bajo mi gestión. Este distrito contiene dos de cada ocho propiedades en las cuales se trataron los mismos planos y todos ellos son cada vez más prósperos. Ruskin fue quien compró las dos primeras propiedades.

Entonces creo que, comprobado por experiencia propia, cuando logramos que la gente adinerada se comprometa a hacer sus deberes como propietarios en vecindades pobres y asegurar una cantidad suficiente de supervisión sabia y personal de personas educadas y simpáticas que actúan como sus representantes, logramos resultados que no pueden ser alcanzados de ninguna otra manera. Es verdad que existen las Sociedades de Mejoras de Viviendas y que el buen hacer de estas sociedades es incalculable; yo debería ser la última en subestimarlos. Sin embargo, es casi imposible que cualquier sociedad logre hacer tanto en lugares como el distrito del que hemos estado hablando, porque allí no se trata de una cuestión de trabajar con las casas únicamente, sino de trabajar con las casas en relación con la influencia del carácter y las costumbres de las personas que habitan en ellas. Si a la vez, una Sociedad hubiese ido a esos lugares y hubiese puesto a esas casas en perfecto estado de conservación, esto habría sido de poca

utilidad, ya que su trabajo hubiese quedado incompleto nuevamente debido a los malos hábitos y la falta de cuidado de las personas. Si se hubiesen realizado mejoras a mayor escala y el pueblo permaneciera intacto, todo volvería a estar en su estado anterior. No se puede tratar por separado con el pueblo y sus casas. El principio donde todo trabajo se apoya es que los habitantes y su entorno deben mejorarse juntos. Y esto aún no ha dejado de tener éxito.

Por último, recurriría a aquellos que poseen una propiedad rural en grandes ciudades, para que consideren el inmenso poder que tienen en sus manos y la gran influencia que pueden ejercer para bien con el uso sabio de ese poder. Cuando se lo tengan que entregar a otras personas, sean cuidadosos a quien lo hacen, y tengan cuidado en caso de que, a través del extenso sistema predominante del subalquiler, en última instancia este poder permanezca con aquellos que no tienen ni la voluntad ni el conocimiento que les permitan usarlo beneficiosamente, como ya lo han descrito las caseras al principio de este artículo. El manejo de los detalles rara vez permanece en manos de los grandes propietarios, pero deberán escoger por lo menos a representantes dignos de confianza y al menos retener todo el control que puedan sobre sus encargados y todo el interés en ellos, como lo hacen los buenos propietarios en la región.

Y me gustaría preguntarles a aquellos que no poseen esos bienes, ¿considerarían si no podrían, en caso de poseer algo para ellos, otorgar un último beneficio a sus vecinos más pobres?

En estas páginas me he enfocado principalmente en la manera en que nuestra gestión afecta a las personas, como lo he hecho en cualquier otro lado con mi experiencia en cuanto a cuestiones financieras y detalles de un manejo práctico. Pero debo rogarles algo a aquellos que llevarán a cabo un emprendimiento con dichos bienes: la extrema importancia de imponer el pago puntual de las rentas. Este principio es vital. En primer lugar, porque derriba de un golpe el sistema de créditos, una maldición para el pobre; en segundo lugar, porque impide grandes pérdidas de malas deudas y que el encargado sufra si permanece en la creencia de que, sea cual sea su conducta, perderá todo el dinero de la suma y lo echarán del edificio; y, en tercer lugar, porque el simple hecho de que el hombre pueda seguirle el ritmo a su trabajo es una ayuda para él y aumenta el respeto por sí mismo y la esperanza de hacerlo mejor día a día.

También les diría a aquellos que, en la realización de tal proyecto se ponen de inmediato en contacto con los inquilinos, su éxito dependerá más que nada en cuán simpáticos sean con ellos y así despertar su confianza, pero también dependerá en gran medida de su poder de otorgar una atención más centrada en los pequeños detalles.

Este trabajo es uno de esos detalles. Al mirar atrás en los últimos años, a medida que van pasando, uno ve el progreso que no es poco, pero día tras

día el trabajo es una de esas pequeñas cosas que, si uno no mirara más allá y a través de ellos, serían complicados. Cuando hablo de complicaciones me refiero a: reparar cerraduras; dar noticias; los chelines faltantes del pago del alquiler semanal, luego de que esos inquilinos fueran advertidos tres o cuatro veces; resolver pequeñas disputas; hablar sobre pequeñas reprimendas y las mismas protestas que se repiten una y otra vez.

No obstante, la vida de todo este asunto depende de estas cosas y de su fiel desempeño y esto es lo que garantiza un progreso constante. Son las pequeñas cosas en el mundo lo que le ponen color a la vida de aquellos alrededor nuestro y el progreso depende de los esfuerzos constantes para reformar todo ello. Y podemos estar seguros de que aquellos que miran con ojos más grandes que los nuestros tienen una estimación adecuada para el trabajo y, si en vez de hacer, percibimos los poderosos principios que subyacen a estas pequeñas cosas, debemos estar sorprendidos de habernos encargado de todo ello en absoluto, en vez de ser despreciativos e impacientes de que ya no se vuelvan más grandes. ¿Quiénes somos para poder pedirle más trabajo a Dios del que Él ya nos da entre las cosas reales que Él creó para ser justo con nosotros y los espíritus de los hombres que ha redimido para ser purificados? De vez en cuando ha levantado un velo y nos ha mostrado cómo, incluso mientras aquí abajo estamos luchando contras las imperfecciones, al controlar y ordenar una por una las cosas tangibles, haremos de esta tierra un lugar digno para vivir. Y mucho mejor aún, cómo, al amar a los seres humanos, Él nos dejará que lo ayudemos en su trabajo de levantar templos para encontrarnos y vivir con Él. Imágenes apenas visibles del mejor templo de todos, el cual Él prometió que levantaría al tercer día, aunque los hombres lo destruyeran.

4.

El trabajo de los voluntarios en la organización de caridad

Publicado por primera vez en la revista *Macmillan*, octubre, 1872

Está claro para aquellos que siguen de cerca este trabajo, e incluso debe ser evidente para los que están menos familiarizados con el tema, que existe una gran convicción en crecimiento acerca de que nuestros esfuerzos caritativos necesitan más concentración, sistematización y unión. Hay muchos indicios de que esta convicción está dando sus propios frutos. Los treinta distritos en los cuales se divide Londres por la ley de Pobres ahora están siendo provistos con comités para organizar una asistencia de caridad. La formación de estos comités ha enviado a señores especialmente interesados en el tema a presentarse en varias partes de Londres como candidatos para los cargos de tutores; varios de estos candidatos fueron electos en St. George's, Kensington y Marylebone, entre otros distritos. Este movimiento tampoco está limitado a Londres. Las Organizaciones Sociales de la Caridad, u otras con una naturaleza parecida, fueron establecidas en muchas de las grandes ciudades en Inglaterra y Escocia. Conversaciones, diarios y conferencias son testigos de que, en general, ahora se reconoce que se debe hacer algo para mejorar nuestro sistema de asistencia de caridad, que debe haber alguna cooperación asegurada entre la ley de Pobres

y la caridad, y adoptar algunos medios eficaces para dar limosnas en vez de incrementar la pobreza en la que están sometidos hasta ahora. Para el público cada vez está más claro que existe una caridad correcta y una incorrecta, una prudente y otra imprudente. Aquellos que tienen en su corazón algún interés por el pobre aprenden, cada vez más, que deben consultar a personas con experiencia antes de dar un paso hacia adelante tratando de ayudar a las personas que lo necesitan; aquellos que desean aportar dinero se lo encargan a los comités especializados en vez de hacer un esfuerzo y distribuirlo ellos mismos.

Ahora se vuelve casi innecesario ahondar en detalles sobre los males de la «superposición» (es decir, de varias agencias de caridad que cubren el mismo terreno mientras ignoran los procedimientos de cada uno; o detenerse en la crueldad de la absoluta pérdida de sistema, el cual ha prevalecido hasta ahora) para señalar a las familias pobres que fueron asistidas por tres o cuatro agencias en momentos cuando necesitaban una mínima ayuda, y otras que fueron abandonadas por todos en momentos en los que más los necesitaban. No sería complicado dar ejemplos de estos males y demostrar que son inseparables de las condiciones de las grandes ciudades, donde nada se hace para asegurar la unidad de acción entre aquellos que intentan asistir al pobre.

Se ha hecho mucho. Los males de la superposición, por un lado, y los del abandono, por el otro, están siendo borrados del mapa donde existen los comités de organización, con su disposición para la realización de una investigación rigurosa, y las sociedades asistenciales con su poder para ayudar. Por medio de este sistema de investigación en los méritos de estos casos, está asegurado un alto grado de uniformidad cuando se trata con ellos; no se otorga asistencia alguna sin una debida consideración, no se le puede negar una audiencia para su caso a ningún pobre que decida solicitar esa asistencia, y necesidades parecidas encontrarán una respuesta similar. Todo esto no es poco, pero ahora parece que un nuevo peligro está surgiendo. Un peligro que, corriendo de un extremo a otro, debemos dejárselo a los comités, con sus sistemas de leyes, con todo el trabajo de caridad, y derivar este gran movimiento organizador de toda ayuda a lo que yo llamaría el elemento personal. Me parece que el valor de este elemento es inestimable. La caridad le debe toda su gentileza al hecho de que viene de parte de un verdadero amigo. Queremos traerles tanto al rico como al pobre, al culto como al inculto, cada vez más comunicación directa. Queremos conseguir el pensamiento, conocimiento, simpatía, previsión y consideración de los cultos en el servicio de los pobres y debemos tener cuidado de levantar muros de comités entre aquellos que deberían conocerse cara a cara. Sin lugar a dudas, en casi todas las ciudades hay que realizar una gran cantidad de trabajo voluntario, el que, mientras esté organizado y centrado, podría lograr mucho más de lo que sus mejores esfuerzos pueden llegar a lograr

ahora. Sin embargo, siempre es difícil evaluar el trabajo voluntario, ya que se espera que este sea distante, casual y no requiera capacitación.

Es cierto que donde se junta una organización activa de visitadoras bajo una dirección atenta y capaz (donde sus distritos son pequeños, sus visitas son frecuentes, sus registros escritos son simples y completos y los espacios vacíos en sus puestos se llenan rápidamente, para que así su trabajo no sea intermitente) forman una poderosa agencia para bien. Tales sociedades suelen ser las primeras en ver la importancia de ponerse en contacto con otras organizaciones de caridad; y cuando lo hacen, son pocas las mejoras que deben hacerse en las organizaciones. Pero también es triste saber que el trabajo de un número de voluntarios serios y fieles se tira por la borda porque sus distritos son muy grandes, sus deberes son indefinidos y sus trabajos no están en relación con los de aquellos que trabajan de acuerdo a un plan definido.

Luego, varias cosas me parecen obvias: (1) que, si los pobres han de ascender a una mejor condición de forma permanente, deben ser atendidos individualmente; (2) que para eso es necesario cientos de trabajadores; y (3) que se puede encontrar a esta multitud de asistentes entre los voluntarios, cuya ayuda, mientras organizamos estos asuntos en la actualidad, se ha perdido en gran medida. Por lo tanto, el problema que se debe resolver es cómo reunir a nuestros voluntarios en un mundo armónico: que la acción de cada uno sea libre, pero sistematizada; y, de este modo, cómo administrar la asistencia a través de una agencia unificada de entidades corporativas y particulares. De hecho, cómo asegurar todo el debate y la amabilidad personal, la verdadera simpatía, la gentileza del esfuerzo individual, sin perder la ventaja de tener una asistencia votada por un comité principal y de acuerdo a principios definitivos. La manera en que nos ocupamos de este problema en un distrito pequeño de Londres se hablará en las siguientes páginas. Sin dudas, cada distrito tiene que encargarse de esta cuestión de una manera diferente, debe decidirse por sus circunstancias especiales, pero el anexo del boceto de un plan se da porque, ahora que está en funcionamiento, siempre es más fácil ver cómo funcionará un esquema cuando se presenta ante nosotros como un hecho real, con un lugar y una historia definida, que cuando sus principios básicos solo se establecen.

Sin embargo, el funcionamiento del proyecto no es de ninguna manera perfecto. Todavía hay que reparar muchas imperfecciones, hay que llenar muchos vacíos. Quizás hubiese sido mejor retrasar este escrito hasta que el trabajo estuviese más completo, ya que este proyecto no ha tenido tanto éxito como ahora y promete avanzar cada vez más. Además, este parece ser el momento en el que sería de mucho valor realizar un informe sobre la practicidad de los planes sobre el trabajo individual en relación con el del comité. La necesidad de tal sistema se experimenta con respecto a la ley de

Pobres. Últimamente, las autoridades de esta ley han llamado la atención de la Junta de Tutores para formar parte del éxito del sistema *Elberfeld*, el cual depende de una investigación cuidadosa y sistemática por parte de un gran número de visitadoras. La Junta de Tutores de Macclesfield ya ha invitado a voluntarios para asistir bajo el nombre de asistentes o tutores. La misma falta se siente con respecto a la caridad. En todos lados escuchamos a personas dispuestas a ocupar su tiempo si solo están seguros de que harán un bien. Dicen que no están satisfechos con las visitas a los distritos porque crean mucho descontento y pobreza y lo bueno dura muy poco. Buscan alguna manera de que sus esfuerzos puedan encajar en un trabajo más organizado. En el distrito en el que se ha trabajado el siguiente proyecto, los residentes más pobres se han acostumbrado durante años a enviar solicitudes para la asistencia todos los días, entre las nueve y las diez, en una casa ubicada en el centro del distrito. Ha cambiado el modo en el que se administraba la asistencia, pero la casa aún se utiliza para la recepción de solicitudes. Se anotan los nombres y uno de los formularios en blanco utilizados por la Organización Social de la Caridad (COS, por sus siglas en inglés) (*N.B. Para no confundir, el Comité Distrital de la Organización Social de Caridad se menciona a lo largo de este artículo como la Organización Social de Caridad. Esta parece ser la forma más sencilla de diferenciarlo del Comité Asistencial) se llena con el informe y las circunstancias dadas por el solicitante. Luego, el formulario tendrá una declaración de los nombres y las edades, ocupación y los ahorros de cada miembro de la familia solicitante, su dirección antigua y actual, la asistencia distrital que recibe (si es que la hay), el nombre del club o la mutualidad a la que pertenece (si es que las hay), la asistencia en particular que solicita y el fundamento de tal solicitud. Inmediatamente, el formulario se envía a la COS, donde se investiga a fondo la información que contiene por medio de un directivo pago. Se lo devuelve con sus declaraciones, ya sea aprobada o desaprobada, y ahora muestra, además de lo que ya contenía, el informe del encargado de la parroquia, la del ministro de sea cual sea su conexión con el solicitante, y una descripción de su personalidad provista por el propietario anterior y otras referencias. En el día en que la solicitud es formulada por primera vez, y cuando la notifica la COS, se manda una carta por correo u otro mensaje a la visitante de la calle o del distrito donde reside el solicitante. Esta le informa acerca de la solicitud, y además se espera que ella envíe el viernes subsiguiente cualquier información relacionada al asunto que ya debería tener o que debería aprender de una visita paga que se realice durante la semana. Al mismo tiempo, otorga sus consejos sobre la mejor manera de tratar con la solicitud. El Comité Asistencial (de cuya constitución se hablará ahora) se reúne todos los viernes por la noche. Tienen ante sí no solo la información

valiosa de la COS, apilada, separada y revisada por sus directivos pagos y el comité representativo, sino también el informe detallado de un voluntario, quien pone en riesgo una simpatía fresca y más personal en el asunto que la que posee generalmente un directivo pago, quien tiene mucha más paciencia para escuchar y probablemente más paciencia para obtener la escasa información en la que tanto puede depender. Cualquiera apreciaría el valor de quien ya ha tenido experiencia en la dificultad de obtener evidencia de personas incultas, en especial mujeres. Están nerviosas y confusas, no pueden entender cuáles son los puntos importantes del asunto, ni enunciarlos claramente. A menudo, el hecho más importante de todo esto llega, al parecer, por accidente por medio de una larga condena, luego de que el terror de ser interrogado haya desaparecido. Así, los informes que se enviaron, incluso por visitadoras jóvenes o inexpertas, traen hechos que jamás podrían haber llegado al conocimiento del comité, mientras que los informes de visitadoras con más experiencia son aún de mayor valor, y muchas veces sugieren maneras mucho más eficientes de asistir a las familias pobres que podrían haberse ideado de otra forma.

El solicitante se presenta ante el comité. Así, puede explicar sus expectativas, aclarar cualquier discrepancia aparente en la declaración, hablar sobre algún nuevo plan propuesto por las visitadoras o el comité y recibir, sin retraso alguno, la respuesta a su solicitud.

Sin embargo, sea cual sea la subvención que se apruebe o sea cual sea el plan de acción sugerido, a la visitadora se le encarga el manejo del mismo. De este modo, el dinero llegará a aquellos que más lo necesitan de parte de una amiga amable y, cuando se recomiende algún plan, este será tratado bajo los ojos amables y atentos de alguien que, debido a las ventajas de la educación, debería ser más prudente que el solicitante en muchos aspectos. De todos modos, su poder es diferente y puede compensar sus deficiencias.

El rol de la COS es solo de investigación, mientras que el del Comité Asistencial, ante el cual se presenta toda la información obtenida y ante el que el indigente comparece, es el de tomar la decisión final o el de brindar asistencia. Administra los fondos del distrito, recibe el dinero de personas de diferentes denominaciones y ofrece ayuda para todas las unidades sin distinción. Se compone de dos clérigos, un doctor, un maestro de escuela y tres comerciantes. De modo de asegurar la asistencia de estos hombres que se encuentran ocupados durante el día, este comité se reúne por las tardes. Una dama, la mediadora de la Organización de Caridad, siempre concurre como un medio de comunicación entre las visitadoras, el comité y la COS. Cualquiera visitadora puede asistir a gusto, pero en general se considera conveniente que se informe por carta. A menos que la mediadora tenga mucho tiempo, se necesita solo un trabajador pago para realizar la labor correctamente. En el distrito recién

descrito se emplea a la voluntaria mencionada, que tiene vasto conocimiento de la gente. Asiste al comité y su información se considera de lo más valiosa. Es muy bueno tener siempre a alguien in situ. Recibe las solicitudes e inmediatamente envía los avisos a las visitadoras de la COS. Les comunica a las visitadoras la decisión del comité, les hace entrega del dinero consensuado para los pobres que viven en sus distritos y lleva la contabilidad. En casos de emergencia ella realiza las visitas, pero su tarea principal siempre debería ser la de informar a las visitadoras cuál es su trabajo.

Lo dicho es el resumen del plan adoptado en lo que refiere a sus características principales. Simple y sencillo como pudiera parecer, creo que cualquiera que reflexione notará cómo la forma más íntima, afectuosa y amable de llegar a los pobres a través de los esfuerzos de las gentiles visitadoras (cada una de las cuales visita principalmente a aquellos a quienes conoce mejor) ha sido garantizada, mientras que cualquier riesgo de confusión se ha evitado y la posibilidad de superposición entre voluntarias se redujo al mínimo. Algunos ejemplos de este tipo de casos que pueden suceder ante el Comité Parroquial y cómo se deberían resolver se mencionan aquí:

Una mujer mayor ingresa a la habitación. Les echa un vistazo ansioso y nervioso a los miembros del comité que se encuentran sentados en una mesa redonda. Se le pide lo más gentilmente posible que tome asiento y responda las preguntas que le hacen. Sin embargo, en breve, la mujer se encuentra irremediabilmente confundida y en su prolongado e inconexo relato se contradice a sí misma una y otra vez. Parece imposible encontrar razón alguna en sus acciones: por qué vive en semejante habitación, por qué persiste en ocultar algunos hechos. No obstante, se hace referencia a una nota que una visitadora envió al comité. Ella, en una conversación tranquila y amable, indaga sobre toda la historia de la anciana. El comité logra, por consiguiente, comprender por qué se aferra a la habitación en la que ha vivido durante tanto tiempo, a pesar de que el alquiler es elevado; por qué trabaja para mantener a un huésped, cuando podría vivir sola por un precio menor; por qué se rehúsa a decir los nombres de aquellos que le brindan ayuda. Todo se aclara y, dado a que la narración de los hechos comienza a cobrar sentido y a que la parroquia realiza los mayores aportes de acuerdo con lo que los tutores creen correcto fuera del hogar para pobres, se le concede una pensión de dos chelines por semana durante el periodo de tres meses. La visitadora subvencionará esta pensión y en su visita semanal la amistad crecerá. Ella, inconscientemente tal vez, supervisará la casa y al final de los tres meses, cuando la anciana aparezca de nuevo para la renovación de su pensión, será capaz de hablar sobre una vida que se tornó más tranquila y feliz.

En otra oportunidad, una mujer más joven solicita asistencia. Hará mención de cómo la enfermedad y la desgracia los redujeron a ella y a su marido a la pobreza. Él se encuentra por un tiempo en un hospital, donde probablemente permanezca por meses o años, y la mujer se acerca a pedir ayuda individual. El comité noto que el único resultado de esta compensación destruiría su poder de autoayuda y la tentaría a fiarse de la asistencia incierta de otros. Aunque ellos la ayudasen adecuadamente, el impuesto de los fondos les resultaría muy alto y la joven se vería reducida a la inactividad y no serviría para algún trabajo a futuro. Ella suplica por un pequeño trabajo temporal, pero ellos le dicen que, al no tener hijos que precisen de su cuidado, sería mejor que consiguiera un trabajo como doméstica lo más pronto posible. Ella expresa no ser lo suficientemente fuerte para una labor tan ardua. Ellos averiguan, no obstante, que es una buena costurera y, por lo tanto, le aconsejan que busque un puesto como dama de compañía o como portera en una escuela. Su respuesta es: «Gracias, pero prefiero continuar en este embrollo». El comité sin duda está en lo cierto, la decisión la ayudaría a afrontar el futuro y a ver lo que es mejor ahora, mientras aún es joven, encontrar una ocupación con la cual pueda mantenerse sola de forma permanente. Sin embargo, no puede verlo en este momento y en esta circunstancia, que es muy repentina. A pesar de la gentil consideración por parte de los miembros del comité, debe ser duro para esta mujer tener que enfrentar su destino, recibir, como si fuera, el veredicto: «Ya no tienes hogar», de un grupo de personas que nunca antes había visto. La decisión debe parecer severa. Con todo, esa noche se despachará una carta para la voluntaria a cargo del distrito donde reside para revelar la resolución del comité. La visitadora le hablará amablemente, la aconsejará, tal vez le encontrará un puesto en algún lugar. Una vez que se haya decidido por una de las opciones, la visitadora le escribirá al comité para pedirles una subvención para publicar un aviso o para comprarle prendas de vestir.

Otros consideran a quien el comité recomiende, lo que parece una opción difícil. Se tiene que enviar a un pequeño niño enfermo hacia el campo. El padre de una familia tiene que ir a un hospital de convalecencia. Un matrimonio mayor tiene que renunciar a una gran y costosa habitación debido a que sus salarios han sido reducidos más y más. Deben abandonar la cocina, en donde la humedad debilita la fortaleza de los niños. El hijo desempleado tiene que salir a trabajar. Generalmente rechazan el consejo del comité, pero no deben perder las esperanzas. Ellos saben que en un día o dos una visitadora vendrá: le dirá a la madre cuán amables son las personas que cuidan de los niños enfermos y, paulatinamente, la convencerá para enviar a su pequeño lejos del cálido y sofocante aire que está matándolo. Le señalará al hombre que sería mejor que recobre sus fuerzas completamente, en lugar de continuar trabajando en

el estado tan débil que se encuentra; lo incentivaré con descripciones de los luminosos terrenos que rodean el hospital de convalecencia y pronto vendrá al comité en busca de la carta prometida. Con el pasar de los días, la visitadora eliminará la apatía y la despreocupación que permitieron que un costoso alquiler o una situación insalubre paralizaran la fortaleza de la familia durante tanto tiempo. Les sugeriré habitaciones mejores y más económicas, recurriré tanto al amor como a la prudencia y, a través de afectuosas palabras del hoy y severas negativas del mañana, les brindaré asistencia hasta el punto en que ellos puedan ayudarse a sí mismos y seguir adelante. Ella visitará a aquellos que con amargura resienten la decisión del comité por denegarles el socorro mientras el hijo más fuerte continúe desempleado o se prive a los niños de asistir a la escuela. Hablaré simple y cuidadosamente sobre la bendición que son las responsabilidades; les referiré sobre la amabilidad que hasta el momento crea al desempleado, laborioso; al despreocupado, ocupado; al ignorante, sabio. Tal vez, la visitadora encontrará y conversará con los holgazanes o con el desocupado y los inducirá a ir con algunos de sus compañeros a la escuela. Al desempleado lo incentivaré a postularse al trabajo que el comité le recomendó. Así, en sus visitas convencerá y estimulará a la gente a accionar como el comité consideró adecuado, pero fue incapaz de imponer.

Luego están aquellos que sufren la pobreza silenciosamente y no se atreven a pedir ayuda. La visitadora nota esto y escribe al comité para pedir su consejo y colaboración: mujeres enérgicas e industriosas, hombres de clase alta trabajadora cuyas enfermedades han sido tan largas que los fondos de los clubes sociales¹ se agotaron. De este modo, se le informará al comité, que analizará pacientemente cada caso. Probablemente, a la mujer se le ofrecerá algún trabajo y, aunque lleve una vida dura en su hogar con hijos que cuidar y ropa ocasional que lavar, hará el esfuerzo de aceptar la oferta. Al hombre enfermo se le sugerirá algún tratamiento de curación o algún trabajo tranquilo, o también se podría considerar concederle una suma semanal por un tiempo. En todos los casos, el conocimiento del comité intervendrá en la pobreza de la perseverante familia que la visitadora descubrió.

Sin embargo, la visitadora no siempre podrá intervenir para prestar asistencia, a veces se presenta para suspenderla. La gente recurrirá a la historia que mejor corresponda. Un hombre quiere trabajar, una muchacha quiere ropa para ir a un lugar. En un principio, parece como si le fueran a dar un buen uso a la asistencia. El informe de la visitadora pronto le consagrará otro aspecto al

1 El club social era una de las tantas sociedades comunitarias en Londres del siglo XIX que aportaba cuantiosos beneficios a sus miembros; uno de ellos era la asistencia médica (N. de la T.).

caso. Dirá cómo en determinada fecha el hombre perdió su trabajo debido a la bebida o cómo la ayuda que recibe frecuentemente fue malversada. Ahora es claro para el comité que un hombre así solamente puede aprender si se lo deja librado a su suerte y, a pesar de que ruegue con desesperación por un trabajo, sea rechazado. La visitadora también expresará cómo la muchacha a menudo ha recibido vestimenta a la que no le ha brindado un buen uso; cómo una y otra vez la perdió con descuido; cómo sus débiles padres y compañeros desempleados siempre respaldaron su mal comportamiento. Por consiguiente, el comité consigue ver que ahora se le debe enseñar a la joven a adquirir su vestimenta de forma gradual. Entonces, solo así aprenderá cuáles son sus responsabilidades y cosechará la recompensa natural del trabajo.

Ante los ejemplos mencionados, se observará que el esfuerzo del comité y el de aquellos que trabajan allí es brindar una ayuda que será adecuada y, en la medida de lo posible, permanentemente beneficiosa. Ellos sienten la obligación, a pesar de que el peticionario la mereciera, de rehusarse a proporcionar una asistencia que sea un mero recurso temporal y no confiera ningún beneficio perdurable. Su objetivo es, en todo caso, estimular el espíritu de la independencia y el desarrollo personal.

También se habrá observado cuán valiosa es la visitadora como unidad en el funcionamiento del programa, que ella no solo es un canal a través del cual se da a conocer información útil, sino que es, en casi todos los casos, la verdadera representante para llevar a cabo los planes de asistencia adoptados. No obstante, debo decir algo más con respecto a la importancia del nombramiento de una dama o caballero como mediador, es decir, como eje de todos los voluntarios que trabajan como visitadores. Debido a que, si el trabajo voluntario significa ser una parte útil en nuestro programa para ocuparnos de las personas, debemos aceptarlo como trabajadores cuya labor es necesariamente discontinua. Esto se debe hacer de modo que podamos asegurar una cantidad suficiente de personal y no desperdiciar, sino reunir y utilizar toda la rebosante solidaridad que es una bendición tanto para el emisor como para el receptor. Para nuestros voluntarios, los reclamos del hogar tienen y deberían ser los más importantes. Y son precisamente aquellos, cuyos reclamos son los más urgentes y cuya vida familiar es la más noble, quienes tienen la influencia más preciada en los hogares de los pobres. No obstante, si el trabajo ha de ser valioso, debemos encontrar un modo de reunir el resto del tiempo y así continuar a pesar de los cambios e interrupciones. Una forma de lograr esto es con la apertura de un centro comunitario, que la mediadora debería garantizar.

La mediadora en el distrito aquí descrito fue designada en primera instancia por el Comité Distrital de la cos. Posteriormente se la invitó a concurrir al Comité Asistencial y, desde ese momento, los tutores y el subcomité de la Junta Escolar

la identifican como la representante de todas las visitadoras a lo largo del distrito. Los tutores amablemente le envían, luego de su reunión semanal, informes de todas las decisiones que tomaron, así como las peticiones de socorro; ella inmediatamente se los entrega a la visitadora del distrito específico en donde reside el indigente. La Junta Escolar relevó a su representante pago y le encomendó a la mediadora y al personal de visitadoras que actúen en conjunto con el trabajo de las cláusulas vinculantes a la ley de Educación. De este modo, la mediadora actúa como un nexo entre todos los diversos entes que trabajan en la parroquia.

Es evidente que ocurriría una catástrofe si los organismos públicos, tales como los tutores o la Junta Escolar, intentaran relacionarse de forma directa con semejante entidad ordinaria, voluble e inexperta que nuestras voluntarias necesariamente forman. Sin embargo, al comunicarse con ellas a través de la mediadora, pueden utilizar su asistencia y descubrir que es valiosa.

La existencia de una mediadora es beneficiosa para las visitadoras de diversas maneras. Ella recibe las solicitudes de todas las voluntarias, las presenta al clero y a otros que necesitan trabajadores, o las inscribe como visitadoras bajo la COS en distritos infrecuentes, si los hubiere. La mediadora no tiene ninguna relación con la labor de las visitadoras en lo que respecta a su denominación, pero tiene en cuenta lo que atañe a la ayuda visible. Presenta sustitutas temporarias o permanentes cuando las visitadoras se ausentan de la ciudad, están enfermas o se encuentran imposibilitadas de continuar con sus tareas, de manera que los lazos nunca se corten. Ella es capaz de aportar, de forma mucho más detallada e individual que cualquier otro órgano corporativo, información con respecto a las fuentes de las sociedades de socorro disponibles para casos especiales, hasta lo que los visitantes de otras instituciones están haciendo, y qué ayuda proporcionará la ley de Pobres. Por ejemplo:

—¿Se puede hacer algo con la señora H? —una nueva visitadora preguntará—. Su habitación está terriblemente sucia y ella ahora está tan débil que no la puede mantener limpia. Se encontraría mejor en el hogar.

—Me comunicaré con los tutores y, sin lugar a dudas, el encargado de la parroquia hará una visita y lo informará —la mediadora responderá.

—¿Puede decirme exactamente qué dice ahora la ley sobre la asistencia obligatoria a las escuelas? Hubo varios casos de negligencia en mi distrito. ¿Qué debería hacer al respecto? —otra voluntaria consultará.

—El nº 7 de tal calle se encuentra en un estado de absoluta insalubridad. ¿No se puede hacer algo? —otra preguntará.

—Sí, por supuesto —responderá la mediadora—. Si los desagües no están realmente tapados, como usted cree, se le puede exigir al propietario su reparación. Escríbale al inspector sanitario y pídale que lo verifique. Él siempre es muy atento con solicitudes de este tipo —indicará.

A veces, la sugerencia vendrá de parte de la mediadora, que les dirá a algunas de las señoritas:

—¿Podrían hacer una lista de los niños que no están vacunados en sus calles y decirles a las madres cómo y cuándo es más fácil remediar esta negligencia? Ellas solo necesitan que las incentiven un poco. —Tal es la labor que las mujeres realizan y la clase de asistencia que la mediadora puede brindar.

El registro escrito que el comité requiere que las visitadoras lleven al día (de acuerdo a un plan definido e inamovible) proporciona otro medio fundamental para asegurar la unidad de acción. Cada jurisdicción tiene su propio libro separado por distrito. Cada peticionario que solicita ayuda tiene su página por separado, donde se puede encontrar de forma inmediata el detalle sobre él y su familia. Todos los informes del encargado, del clérigo y de cualquier referencia que el peticionario pueda haber brindado se encuentran condensados en esa misma página. Se hace un registro de cada tipo de ayuda material que se preste, sumado a una columna con el dinero de cada mes y también se espera que la visitadora registre los principales acontecimientos acaecidos en la familia. Para esto solo se permite una línea. Esta regla se debe a que los registros de los manuscritos se vuelven endebletes si son voluminosos. Solo se precisan los hechos más importantes y deben ser seleccionados cuidadosamente. El libro se envía a la mediadora una vez al mes.

La privacidad de los pobres no se infringe con la utilización de estos registros, ya que los libros permanecen exclusivamente en manos de la visitadora y la mediadora, y le corresponde a la visitadora informarle al comité solo lo que ella considere fundamental para tomar la decisión correcta en cada caso. Además, absolutamente ningún tema de naturaleza privada (nada que implique un abuso de confianza) deberá ser ingresado en los libros.

Así, las ventajas de conservar los libros de los distritos son muy grandes. Por supuesto, no es inusual para aquellos que visitan a los pobres mantener un registro escrito de una clase u otra. No obstante, si se conservan en varias formas y la información no se tabula de manera tal que sea comprendida fácilmente por los compañeros de trabajo, la mitad de su valor se pierde. Para que exista la disponibilidad de uso general, es crucial que los libros de toda la parroquia sean uniformes y que la información que contengan esté completa y condensada. Deberían estar acomodados para concentrar toda la información obtenida a través de la COS. Actualmente, también sucede que a menudo contienen solo notas de ciertos hechos bajo la observación personal de la visitadora y que cada una de las voluntarias mantiene de acuerdo a un programa distinto.

El trabajo en sí se encuentra siempre en crecimiento, ya que el sistema no se detiene con la simple asistencia, sino que utiliza la organización para llevar a

cabo todo plan de beneficio que se pueda trazar. Las visitadoras descubren que el trabajo se abre camino a medida que ellas mismas mejoran su rendimiento. Entonces surge la pregunta: cómo las cosas útiles y apremiantes, que necesitan realizarse con urgencia, pueden eventualmente efectuarse.

—Cuanto más trabajo hay en mi distrito, observo que hay más cosas por hacer —una señora le dijo a la encargada no hace mucho tiempo—. Más aprendo, más crezco laboralmente. Veo que hay incontables cosas útiles que podría hacer si tan solo tuviera el tiempo. ¿Podría dividir mi distrito? No consigo decidir a qué sector renunciar, hay personas a las que lamentaría perderles el rastro en cada parte del distrito. Sin embargo, no puedo administrar todo lo que considero que se debe hacer en este momento.

—No divida el distrito —responde la encargada—. Los comités, los tutores, la Junta Escolar y yo misma no podemos controlar fácilmente divisiones aún más pequeñas que las que ya están separadas en distritos y calles. Déjeme presentarle a una de las voluntarias más jóvenes, con quien podrá asociarse para el trabajo. Ella es muy joven para hacer las visitas sola o para juzgar con sabiduría en casos complejos, pero escribirá sus informes mensuales; será una mensajera amable al pagar las pensiones; se presentará para preguntar si los niños asisten a la escuela y se lo informará a la Junta Escolar; reunirá los ahorros y llevará las cuentas de todo; registrará las admisiones a los hogares de convalecencia o a las escuelas industriales; dará aviso sobre las clases y entretenimientos y registrará las ventanas antes de la exposición de las flores.² En síntesis, ella generará un vínculo ameno entre usted y la gente, ahorrará su tiempo y será entrenada para tomar el control de aquí en adelante. El señor R, también, ofrece su asistencia por las tardes, si se lo necesita para fundar una cooperativa, para mantener el entusiasmo en el Club de Caballeros³ o para reunir los ahorros en el distrito un sábado a la noche. Y la señora S presta ayuda económica para casos especiales de necesidad, que el comité apenas puede costear, o en alguna de nuestras excursiones al campo este verano. De hecho, si desea asociarse con otros trabajadores en lugar de continuar subdividiendo aún más el distrito, será mucho mejor.

Por lo tanto, es así como aumenta el trabajo y la asistencia diversa se entrelaza más y más en su totalidad.

2 Octavia Hill fue la fundadora del gran jardín comunitario Red Cross Garden en 1887 y anfitriona de cuantiosas exposiciones de flores. Consideraba que el contacto con la naturaleza mejoraría la calidad de vida en los hogares para indigentes (N. de la T.).

3 Los clubes de caballeros (*Working Men's Club*) de la clase obrera se fundaron en el siglo XIX con el objetivo de socializar y brindar entretenimiento para los obreros y sus familias, además de generar debates políticos, practicar deportes y realizar apuestas (N. de la T.).

Mucho se ha escrito en el último tiempo sobre el tema de las asociaciones de mujeres y los «hogares», donde aquellos que deseen dedicarse al servicio de los pobres pueden vivir juntos y consagrar sus vidas enteras a esa labor. Aquí debo expresar mi convicción de que queremos mucho más de la influencia que emana, no de «un hogar», sino de los «hogares». Una observa con reverencia la devoción de aquellos que, al abandonar la vida familiar, están dispuestos a sacrificar todo por la causa de los pobres y desistir de tiempo, salud y energía en el esfuerzo por disminuir el gran acopio del pecado y la pena presentes en el mundo. He visto rostros resplandecer como el de San Esteban con la vista al cielo más allá del dolor y el pecado. He visto hombros inclinados como los de San Cristóbal, una mejor perspectiva para los ángeles que si estuvieran erguidos. He visto el cabello encanecer por la desdicha compartida con otros, ante el que uno se inclina con reverencia. Sin embargo, estoy segura de que como trabajadores debemos desear adquirir una naturaleza alegre, firme e intrincada; y los pobres, como pueden aferrarse tiernamente a los que, por así decirlo, se arrojan al montón entre ellos, están mejor debido a las inspiradoras visitas de aquellos que son fuertes, felices y compasivos.

—Envíeme a la muchacha de sonrisa dulce y de radiantes cabellos dorados —dijo un día una pobre mujer que no sabía siquiera el nombre de la visitadora.

El trabajo entre los pobres, en síntesis, es mejor cuando lo realizan los que hacen menos, o más bien, los que obtienen entereza y satisfacción de otras formas. Anhele el retorno del viejo compañerismo entre los ricos y los pobres; una relación de sentimiento solemne; una vida tranquila uno al lado del otro; hombres y mujeres que vienen de hogares simples, buenos y positivos; ver, enseñar y aprender de los más humildes; volver a reunir nuevas energías de la calidez de hogar y del amor, y que vean en sus propias casas un poco del espíritu que debería colmar a todos.

Creo que las personas ilustradas se acercarían si vieran cuán útiles podrían ser sin descuidar otras responsabilidades. Reflexionemos sobre los cientos de obreros que se necesitan, que, si han de conservar su vigor, no se los debe sobre exigir; que cada uno de nosotros que podría ayudar y se contiene, no solo deja un trabajo incompleto, sino que perjudica, hasta cierto punto, el trabajo de otros. No intentemos hacer demasiado, pero escojamos alguna tarea pequeña y al realizarla con simpleza, a conciencia y con cariño, esperemos con paciencia la circulación progresiva de la bondad y dejemos que los profesionales se ocupen de la gran concentración de maldad que nos rodea actualmente.

Para recapitular, entonces, déjeme decirle que creo que los procedimientos de la COS han sido absolutamente beneficiosos hasta el momento, pero que tendrá que asegurar una influencia personal más amplia entre los ricos y los pobres si pretende la permanencia de su éxito. Como asociación, está cumpliendo su

labor: está luchando por la justicia y el orden; nos insta a no corromper a nuestros conciudadanos; inició investigaciones a favor de la verdad; tiene encargados responsables; tiene un defensor de método y nos ayudará a ser rápidos, justos y seguros de nuestras habilidades. No obstante, nunca podrá ser un organismo educativo más activo que la ley. La asociación nunca podrá ser una fuerza vital y querida, nunca generará entusiasmo, ni guiará con gentileza a los vagabundos, ni se conmoverá ante la misericordia inesperada, tampoco se fortalecerá por la repetición de las palabras orientadoras. Una vez despejado el terreno, el trabajo permanece para que las personas lo continúen individualmente.

5.

Cooperación de voluntarios y representantes de la ley de Pobres

Publicado por primera vez en el *Informe para la Junta Local de Gobierno*, enero, 1874

Señor:

De acuerdo con su pedido, permítame proporcionar un informe del sistema en operación actual en un sector de la parroquia de Marylebone, cuyo objetivo es el de instaurar una combinación completa de organismos oficiales y voluntarios que se encarguen de los casos de la ley de Pobres.

En los últimos años, la atención de los reformistas de la ley de Pobres fue especialmente dirigida a la administración de la ayuda externa en Elberfield. Ya no caben dudas del éxito del sistema adoptado. Se encuentra en funcionamiento desde hace años y el informe presentado por su inspector ante la Junta Local de Gobierno, luego de su visita, demostró cuán poderoso es en la reducción del pauperismo. En primer lugar, se observa que el empleo que tiene la gran cantidad de voluntarios visitadores constituyó un control en la impostura, como nuestros encargados de las parroquias que, debido al tamaño de sus distritos, no pueden suplir de ninguna manera. Y, en segundo lugar, se descubrió que existe la posibilidad de adoptar medidas mucho más radicales

que las aquí utilizadas para erradicar la pobreza. Los pobres están divididos en grupos, cada grupo consiste en unas cuantas familias y cada agrupación familiar se encomienda al cuidado especial y a la supervisión de una visitadora competente que se relaciona con ellos, se familiariza con sus cotidianidades, sus historias pasadas, sus recursos y circunstancias actuales.

En este marco, un informe de una organización basada en los mismos principios, y existente en nuestro país, despierta un interés que de otra manera no tendría y llama la atención. Aunque solamente cubra una pequeña área, es solo provisoria y no ha estado en funcionamiento más de un año. Podemos esperar bastante si el plan da resultados y trasciende. Hasta el momento, está en sus comienzos y la Junta de Tutores de Marylebone no ha anunciado una opinión formal sobre su rendimiento, pero algunos miembros de la junta expresaron su cálida aprobación. El clérigo y el encargado de la parroquia parecían estar a gusto con el plan y por el momento no hay indicios de ninguna falla, ni siquiera fue necesario realizar modificación alguna.

Por consiguiente, procedo a dar cuenta del sistema que se encuentra en ejercicio en la actualidad y luego explicaré su semejanza con el plan Elberfield, sus principales diferencias y la razón por la cual tal disparidad es necesaria aquí y ahora.

A finales de 1872 llegó a conocimiento de los tutores de St. Marylebone que existía en un sector de su parroquia —división conocida como St. Mary's, Bryanston Square¹— un conjunto de visitadoras del distrito que difieren en cierta medida de cualquiera que se pudiera encontrar en otras partes de Londres. Su entrenamiento especializado se debía al hecho de que inmediatamente después de que la COS se fundara, el párroco de St. Mary's había resuelto reformar su sistema de distribución de fondos que se le encomendaba para fines benéficos, mientras continuaba utilizando a las visitadoras de los distritos como sus representantes. Para este fin, transfirió todos los fondos a un pequeño comité, el Comité Asistencial St. Mary (St. Mary's Relief Committee), compuesto por hombres de varias clases que brindaron especial atención a la sabia administración de asistencia a los pobres. Cada persona que solicitaba ayuda en St. Mary a partir de ese momento tenía que presentarse ante este comité, que se guiaba para decidir sobre su caso tanto a través de un informe de la delegación de Marylebone de la COS, como de un informe escrito por la visitadora que residiera en su distrito. Así se obtenía un escrutinio exhaustivo y eficaz. También propusieron realizar una asistencia más adecuada que la

1 St Mary's, Bryanston Square es una iglesia inglesa dedicada a la Virgen María que se encuentra en Bryanston Square (plaza) (N. de la T.).

anterior, rehusando pequeñas subvenciones que solo proveerían una ayuda temporaria e ilusoria y emprendiendo, por medio del empleo, la emigración, préstamos para permitir que la gente comenzara su vida de nuevo para brindar una asistencia real y permanente. En este comité al que fui convocada y donde obtuve un asiento en la COS de Marylebone (Marylebone Charity Organisation Society) pude formar un vínculo personal entre los organismos de investigación y asistencia, además del vínculo por escrito que ofrecía el informe en cada caso. También me solicitaron actuar como mediadora, es decir, comunicar las decisiones del comité a la visitadora, a quien se le requería dispensar la asistencia nominada o informarle al pobre que solicitó la ayuda la razón de su denegación. En esta condición de mediadora, formé parte de una especie de centro para las visitadoras del distrito. Aconsejar se volvió mi deber, cuando se me instara, e instruir a las visitadoras nuevas o inexpertas en lo inherente a su labor y a los principios que se esperaba que adoptasen. Cada visitadora debía llevar un libro, en el cual el nombre de toda persona que solicitaba asistencia estaba registrado, junto con la información recabada sobre él o ella a través de la delegación local de la COS. También se registraban un informe de todo el dinero entregado por cualquier organismo de caridad y un anuncio breve de los acontecimientos en su familia mes a mes. Cada libro contenía los hechos relacionados con los residentes de solo un distrito o calle y siempre estaba en manos de la visitadora de ese distrito temporario o permanente. Un índice alfabético le permitía ubicar rápidamente el informe de cualquier familia.

El resultado de este sistema fue entrenar a un grupo de visitadoras de manera juiciosa y organizada. Todos los elementos fundamentales en la educación de estas visitadoras fueron: la luz arrojada sobre los casos de los pobres que solicitan asistencia de la COS, las ventajas que ofrece la labor práctica bajo un comité experimentado y el poder de controlar casos individuales de exigüidad por un largo período de su historia (un poder que los pequeños distritos y los informes escritos aumentan considerablemente).

Cuando pasaron dos o tres años del funcionamiento de este sistema, quedó claro que estas visitadoras voluntarias podrían ser importantes para el encargado si se pudieran comunicar con él y que la información recopilada en los libros de contabilidad podría ser útil para los asistentes si se consiguiera en el momento adecuado. Pero tratar de lograr una comunicación con cualquier encargado hubiese causado muchos inconvenientes. Las confusiones podían surgir cuando las visitadoras no estaban presentes, de vez en cuando se tenía que asignar a nuevas visitadoras y además explicarles su trabajo. Ningún encargado tenía tiempo para hacer este trabajo, ni siquiera para comunicarse con un grupo tan grande y cambiante como el que formaron estas voluntarias. Por lo tanto, los asistentes decidieron admitir a una de estas voluntarias como representante de

todo el grupo. El mediador sería un nexo de conexión entre ellos mismos y las visitadoras y solo a través de ellos sería posible la comunicación. Me pidieron que ocupara este puesto en relación a los asistentes por una razón: porque ya era parte tanto del Comité Asistencial que mencioné antes, como del comité de la COS y un medio de comunicación en común entre estos dos grupos.

Entonces, después de que se organizó la conexión entre las voluntarias y el organismo oficial (lo cual se concretó en el invierno de 1872/3), los asistentes se dirigieron al encargado de la ley de Pobres en el distrito de St. Mary para que me envíe diariamente una lista con los nombres de cada persona de ese distrito que solicita ayuda, con su dirección, las edades de los miembros de la familia y la naturaleza de la solicitud. Envié la información de inmediato a la visitadora en cuyo distrito residen las personas que solicitaron ayuda, con un formulario en blanco en donde puede informar algunos hechos teniendo en cuenta el carácter y las circunstancias de la familia, los casos que le parezca que las autoridades de la ley de Pobres deben conocer. Puede hacer un informe con un resumen de la información que se encuentra en su libro de contabilidad y devolver el formulario de inmediato o puede volver a visitar a la persona que solicita asistencia y entregar la información después, si lo considera necesario. Ella me envía el informe y se lo remite al encargado, que lo utiliza como lo considere más adecuado. En muchos casos, nos informa que el encargado no posee de otra manera como, por ejemplo, que una persona que solicita asistencia tiene un ingreso de dinero que le brinda la visitadora o que sabe que se lo entrega una organización de caridad local. En otros casos, el informe presenta pruebas para una investigación más profunda sobre la persona que solicita asistencia y en donde menciona la existencia de hijos e hijas adultos que podrían ser capaces de brindar ayuda (*Para prevenir graves consecuencias en casos urgentes, el encargado está autorizado a brindar ayuda sin esperar el informe de la visitadora. También tiene que ser insistente y verificar cualquier declaración que lo requiera. De este modo, su responsabilidad con la junta no es menor, mientras que la información sobre la que toma decisiones se completa un poco más. Es importante para su futuro asesoramiento, aunque la información no llegue hasta después de que se gestione la asistencia transitoria). Después de la reunión semanal de la junta, me informan sobre la decisión que se tomó en cada caso, me remiten una lista similar a la que le facilitan a cada asistente, le envío estos datos a las visitadoras de los distritos en donde residen las personas que solicitan ayuda y los registran en varios libros de contabilidad. El promedio de personas que solicitan ayuda a través de la ley de Pobres del distrito de St. Mary es de cuarenta y cinco por semana y el número de visitadoras comprometidas con el trabajo es treinta y cinco. La cantidad de visitadoras se duplicó durante el último año, así pudimos subdividir los distritos más grandes y las

calles. Además, vendrán clérigos a colaborar con nosotros y algunos nobles se ofrecerán para actuar como visitadores. Todo esto debe considerarse como indicios optimistas de que el movimiento está ganando terreno.

En este resumen, se verá que en el distrito de St. Mary hay cuatro organismos utilizados para tratar de administrar asistencia a los necesitados de la manera más sabia y útil posible: los asistentes con sus encargados, la COS, el Comité Asistencial y las visitadoras de los distritos. Estos cuatro organismos están conectados y creados para una colaboración eficiente junto al mediador, quien dirige y supervisa a las visitadoras, asiste a las reuniones de la COS y del Comité Asistencial y es el medio por el cual la junta de asistentes adquiere la información que de otra manera sería inaccesible para ellos.

El efecto inmediato y directo de la implementación de este sistema sobre los casos de la ley de Pobres puede ser leve. Puede ser que la información proporcionada por las visitadoras de los distritos no modifique, en muchos casos, la decisión de la junta. Pero esta es solo una parte del trabajo. Si las visitadoras realmente aprenden sus tareas y comprenden el espíritu del sistema, tienen que comprometerse a llevarlo a cabo. Es imposible medir los efectos que su trabajo puede tener en la disminución del pauperismo y en inculcar hábitos previsores de la vida entre nuestras clases trabajadoras y, por consiguiente, junto con otras ventajas, reducir la intensa carga de los índices de pobreza. Se calcula que la conexión con el sistema de la ley de Pobres es de gran ayuda para las visitadoras. Aprenderán algo de su funcionamiento, tendrán los medios para utilizarlo con mayor resultado y con mayor frecuencia. El rechazo que sentían hacia el «hogar» les daba un motivo por el cual manipularlos y comprender que, mientras los hogares para pobres existen, los desocupados, los que carecen de provisiones y los necesitados no tienen que pasar hambre. Se encargarán de negarles a tales personas la distribución de la asistencia de una organización de caridad simplemente impulsiva, sobre la base de que esta negación beneficiará al individuo de manera probable y, a largo plazo, definitivamente beneficiará a la clase social.

El plan que descrito se parece al que estuvo en funcionamiento en Elberfeld, en la medida en que se basa en el mismo principio: la subdivisión del trabajo entre un gran número de visitadoras voluntarias reunidas a cargo de líderes reconocidos, aunque no remunerados. De la misma manera que en Elberfeld, no hemos pretendido enlistar a las visitadoras que puedan dedicarse al trabajo todo el tiempo. Necesitamos aquellas que viven en sus propios hogares, rodeadas de sus propios intereses y conexiones y que puedan brindar apoyo personal, no obstante lidiar con muy pocas familias. Se necesita un número mayor de visitadoras y no lo podemos conseguir si solo fueran aptas aquellas que pueden dedicarse al trabajo la mayor parte del tiempo.

Un conocimiento aún más personal de las familias se obtiene en particular en Marylebone, en comparación con cualquier prueba que obtuvimos en el caso de Elberfeld porque, aquí en sus propios distritos, las visitadoras realizan tareas de otros organismos, así como también las de los tutores. Nuestras voluntarias están constantemente en los distritos, en actividades relacionadas con las organizaciones de caridad, la COS, y también con el consejo escolar. Aunque aquí no debo extenderme en la forma particular del trabajo en estos diferentes organismos, quiero señalar que la verdad se obtiene mejor por aquellos que establecen una comunicación con los pobres de diversas formas: la información que ellos ocultan por un lado, se revela por otro. Por ejemplo, el deseo por parte de los padres de indicarle a la visitadora de la ley de Pobres que sus hijos tienen la edad para recibir la asistencia parroquial se contrarresta con la indicación ante la visitadora de la Junta Escolar para eximirlos de ir a la escuela por ser mayores de la edad requerida.

La diferencia esencial entre el sistema Elberfeld y el Marylebone es que, mientras que en el Elberfeld los voluntarios mismos deciden sobre la asistencia parroquial, a nuestros voluntarios no les compete esa autoridad. Sería un cambio fundamental y alarmante dejar cualquier parte de semejante responsabilidad en la visitadora y no solo sería desastroso, hasta que las visitadoras adquieran más experiencia, sino que, en mi opinión, no es recomendable a futuro. El gran poder discrecional que ejercen los tutores bajo nuestra ley inglesa de pobres (la cual difiere de la definida escala para asistencia externa utilizada en el sistema Elberfeld) crearía una dificultad adicional para situar las decisiones como las donaciones en manos de las visitadoras. En realidad, cuando el juez o el árbitro no pueden comunicarse directamente con aquellos que están afectados por su decisión, es más fácil para ellos ocuparse de manera uniforme de estos casos. Y así, en cualquier caso, solo la prueba que presenten ante él es la adecuada. De este modo, la división de las tareas en Marylebone, en donde la visitadora lleva la información y los tutores eligen la asistencia, parece ser la forma correcta. Es, además, una verdadera ayuda para la visitadora mantener una posición adecuada entre las personas que tiene a cargo que deberían saber que, a pesar de que ellas escucharán y representarán sus pedidos de ayuda, la decisión final no está en sus manos.

Aquí tal vez deba señalar que hay una pequeña adición a este sistema, la cual sería de gran ayuda para aquellos que administran las organizaciones benéficas locales, aunque no tendría ningún beneficio directo para las autoridades de la ley de Pobres. Ya mencioné que los tutores me envían —como mediadora— un reporte oficial semanal de los casos que ellos eligieron, pero no nos proporcionan la justificación de esa decisión y, a menudo, si nos enteramos, puede que influyen las donaciones desde las organizaciones benéficas. Si los tutores no tienen

objeciones en autorizar la presencia de uno o dos voluntarios representantes en sus reuniones semanales, esta información nos llegaría completa y regularmente. También orientaría mejor a las visitadoras si pudiéramos saber hasta qué punto se recibe y se actúa en consecuencia la información que les facilitan a los encargados.

Se sugirió una incorporación más en este proyecto. Se dijo que estaría bien autorizar a los voluntarios a pagar una asistencia externa habitual a los ancianos en sus propios hogares, en lugar de obligarlos a reunirse en la puerta del hogar para pobres para recibirla, como se hace actualmente. En cuanto a las ventajas de este plan, hasta ahora no he tomado ninguna decisión. Por un lado, es beneficioso que los pobres no sean obligados a reunirse para recibir la asistencia, la cual genera un efecto del pauperismo sobre ellos, y, además, la visita semanal al hogar crearía un método de inspección regular. Por otro lado, como mencioné anteriormente, cuanto menos se considera a la visitadora como una asistente social, su relación con las personas tiende a ser más independiente y razonable. Y me temo que la distinción entre brindar y ofrecer asistencia no sea clara para los que la reciben.

Para concluir, puedo decir que el sistema que describí antes —cuando se lleva a cabo a la perfección— aseguraría que la asistencia externa sea limitada a los que la merecen y que a las personas alcohólicas y desempleadas solo se les ofrezca el hogar para pobres. Hasta ahora nuestros empleados voluntarios tienen completamente en claro los objetivos para los cuales están asignados. No obstante, estoy contenta porque este proyecto es capaz de influenciar la condición de los pobres de una manera mucho más profunda: cuando los voluntarios perciban que al tratar con la pobreza deben tener como objetivo prevenir antes que curar; salvar de hundirse al nivel de la ley de Pobres a aquellos que tienen bajo su influencia, en lugar de simplemente obtener asistencia para ellos cuando hayan alcanzado ese punto tan bajo. Hasta ahora, algunos de mis compañeros de trabajo comprendieron la idea de que el mayor éxito estaría en desarrollar los recursos de los pobres, en vez de dejar que se topen con los índices o que continúen. Creo que pocas veces tuvieron el deseo de encontrar algún trabajo, disponible o lejos, el cual pueda mantener a la joven viuda y a sus hijos antes de haber probado el pan de la parroquia. Pienso que rara vez han delegado la carga sobre la anciana en lugar de primero haber intentado, si el hijo competente no puede mantenerla o que las hijas que están disponibles se unan para hacerlo. Todavía no han mirado a los pobres lo suficientemente de cerca como para ver que esto podría ser en realidad la verdadera bondad. Se olvidaron de la dignidad de su propio mantenimiento, se olvidaron de la bendición de crear los vínculos de una relación más cercana y solo se preocuparon por el hecho de si el solicitante es merecedor. Solo ven la comodidad o la ayuda que el subsidio parroquial les puede asegurar.

Cuán lejos pueden llevar a las personas gradualmente por encima de la humillante necesidad de caridad o de la asistencia de la ley de Pobres, para que sean energéticos, autosuficientes, previsores y trabajadores, dependerá del peso de la esperanza, de la paciencia de su propio trabajo, del coraje moral por el cual les enseñará a elegir entre ser útil y ser popular y, por último, del estado de ánimo y el espíritu de sus hogares y de sus vidas. Por lo tanto, lo que podemos decir es que, si nuestra clase alta se convirtiera en extravagante, imprudente y ostentosa, sería imitada por los que están debajo, aunque también sería, sin duda, despreciada. Y si deseamos ser los líderes de nuestros pobres para guiarlos a la felicidad y prosperidad, debemos ordenar nuestros hogares exactamente con el mismo espíritu que ellos deben ordenar los suyos, con sencillez, esfuerzo y providencia.

6.

¿Por qué se necesitaba la ley de Viviendas para la clase obrera?

Publicado por primera vez en la revista *Macmillan*, junio, 1874

Como sabrán algunos de los lectores de este artículo, ya son muchos años desde la primera vez que empecé a interesarme en la condición de las casas donde se alojan los pobres de Londres, además, por mejores métodos para que sean más limpias y salubres que en el presente.

Por mucho tiempo deseé que este asunto resultara exitoso, sobre todo desde la expansión gradual del interés personal, el esfuerzo laboral y la extensión de calle a calle y de distrito a distrito, en algo como el sistema que mis compañeros y yo habíamos inaugurado en las casas que teníamos a cargo. Pero en el transcurso del año pasado, comencé concienzudamente a notar, por primera vez, la enorme magnitud del problema con el cual se debía tratar y el poco progreso que, hasta ese momento, se había hecho para resolverlo. Además, me había quedado claro que hubo obstáculos en el progreso exitoso del trabajo en algunos terrenos y distritos que, ni las sociedades ni las personas, podían esperar superar, tal como están las cosas en la actualidad. Quizás algunos ejemplos de donde falló el mecanismo actual demostrarán mejor mi intención que declaraciones generales de principios.

Últimamente me pidieron que me hiciera cargo de algunas personas y casas en el barrio de Drury Lane. Durante algunos años, este terreno fue propiedad de una empresa, que hizo todo lo posible en relación a los gastos para que las casas sean saludables y cómodas, pero los directivos pensaban que los inquilinos se beneficiarían si mis compañeros de trabajo y yo nos ocupábamos del cobro de los alquileres; de esta manera les brindábamos consejos y cuidados relevantes. Fui al terreno para ver qué más podíamos hacer por las personas y el lugar. Se ingresa por un arco bajo que se encuentra debajo de la casa en una calle principal y, por supuesto, no tiene una calzada para los coches, ni tampoco hay una salida al final del mismo, una casa cuya fachada se encuentra al ingresar al terreno, obstaculizando el camino. El terreno en sí mide diez pies¹ de ancho. Hay casas de cuatro, seis y ocho habitaciones. Cada una tiene un pequeño patio en el fondo, donde se encuentran los basureros y los retretes y las cisternas que proveen el agua potable. Sin incluir las superficies cubiertas por estas, el patio mide solo tres pies de largo por cuatro de ancho.²

Directamente detrás de estos pequeños patios se levantan las paredes de la parte trasera de las casas que, en algunos casos, son más altas que las casas que están en el terreno y hacen que los patios se asemejen a pozos, en donde la luz del sol pocas veces, o nunca, ingresa. Desde estos pozos de patio, las habitaciones de atrás y las escaleras atraen su única luz, tenue incluso al mediodía, cuando el sol brilla intensamente. Busqué con entusiasmo distintas maneras de aumentar la circulación de aire y luz, al menos en las escaleras, que deben ser entradas de aire puro para refrescar las habitaciones, que con frecuencia se mantienen cerradas, repletas de muebles sucios y mal ventilados, sábanas y ropa, colmadas de gente que obstaculiza la corriente de aire. Sin embargo, se hizo todo lo que era posible: había una ventana en cada rellano y, aunque noté de inmediato que podíamos conseguir que los inquilinos los mantengan limpios en vez de dejar rastros de suciedad negra en cada vidrio y amontonar cantidades de basura en cada albergue, la mayoría de las ventanas estaban bien abiertas, entonces la limpieza no aumentaría el débil resplandor de luz que era todo lo que podía descender entre las altas casas y las paredes de alrededor, ni siquiera una corriente de aire fresco podía encontrar una entrada allí. Por todas partes, las casas pertenecían a dueños que no tenían interés en otorgar una proporción mayor de luz y de aire en los habitantes del terreno. Tampoco había ningún medio para convencerlos de intentarlo, ya que ninguna ley de Viviendas establece la distancia que se debe permitir entre las paredes de las construcciones que se han levantado donde se encuentran actualmente. Todo

1 Diez pies equivalen a 3048 metros (N. de la T.).

2 El patio mide 0,9144 centímetros de largo por 1,2192 metros de ancho (N. de la T.).

ese esfuerzo privado sin ayuda del poder estatutario podría efectuarse para minimizar lo que se había hecho mal o lo que se podría hacer. Los dueños de los terrenos, inteligentes y liberales, hicieron lo que pudieron para mejorarlo. Yo, de mi parte, estaba preparada para conseguir el apoyo y la influencia educativa de las señoras que entrenarían a las personas en el orden y la higiene, pero ¿quién de nosotros podría retirar esa gran pared que ensombrecía las pequeñas casas y hacía que el atardecer sea al mediodía?

¿Quién podría brindar un espacio para arrastrar el agua lejos de los basureros y alejar los desagües de las ventanas de la planta baja? ¿Quién podría quitar la casa de la entrada bajo el arco, o la que se encuentra al final, y permitir que una corriente de aire se propague por el terreno cerrado? Ninguno de nosotros. No me sorprendía escuchar que los casos de fiebre baja eran frecuentes. Le dije a una mujer:

—Tienen muchos casos de fiebre baja aquí.

—Ah, no. Estos no son tan graves, pero dos personas de enfrente murieron el martes pasado y otros dos el sábado. Ahora no son muchos.

«¡Muy poca!», pensé mientras me retiraba, triste.

Otra vez, había un terreno en Marylebone lleno de irlandeses salvajes, beligerantes y sucios, una especie de sumidero donde terminaban las personas de bajos recursos cuando la mala fortuna o el delito eran lo peor y del que casi nunca se recuperaban. Pertenecía a un hombre que no quería venderlo y no se preocupaba por mejorar las condiciones de esas personas. Finalmente, un día fui de casualidad al terreno y vi, para mi indescriptible alegría, un gran cartel en una de las casas: «Se vende en subasta». Fue un día oportuno para conocer el valor, visitar abogados e inspectores, pero estaba todo hecho y al alquiler de la casa lo compró un caballero que lo puso bajo nuestro control.

Una amiga se hizo cargo de la gestión de la casa. Los negocios le demandaban estar allí de manera continua; conocer a las personas; gastar el dinero obtenido de los alquileres en mejoras para la casa, después de que se pagaran todas las expensas y los intereses sobre el capital. Se conectó el agua, se instaló una nueva cisterna en lugar del defectuoso e insalubre barril recolector de agua de lluvia. Aquellos que llevan un estilo de vida inmoral, lo tienen que corregir o se retiran. Las mujeres jóvenes se reúnen con mi amiga y, al empezar a notar su influencia, les lleva flores. Está entrenando a una o dos para trabajar. No obstante, un día me visitó muy seria y me contó sobre una mujer mayor que vive en la sala de atrás. Es muy vieja y tiene reumatismo grave. No hay que sorprenderse de que en la pared sobre la que se apoya su cama (la única pared sobre la que puede apoyarse) hay tanta humedad que el agua supura en grandes gotas, no solo en el fondo, pero a tres o cuatro pies sobre el piso (0,9144 centímetros o 1,2192 metros sobre el piso). Fui de inmediato a investigar y a informar.

—Todas las casas son iguales en el terreno —dijo un hombre mayor—. No hay caso. En mi cuarto levanté los listones de madera;³ está todo el suelo húmedo y no se puede hacer nada. —Era muy cierto. Todas las casas eran iguales y el suelo estaba húmedo. Sin embargo, poco dispuesta a adoptar el plan de los listones de madera, los cuales ocultan, pero no tratan la humedad, le pedí a un arquitecto que fuera y viera si apuntalando⁴ la pared y colocando alguna sustancia impermeable, podría prevenir que la humedad se acreciente. Este, coincidió el arquitecto, era el único tratamiento radical, pero el apuntalamiento costaría casi tanto como el alquiler. Además, lo peor era que la casa era vieja y probablemente no lo soportaría. El único medio para superar la dificultad era reconstruir y, lo que podamos resolver en esta instancia en particular, en la mayoría de estos casos, nada eficaz se llevaría a cabo. El costo de la reconstrucción lo deberían haber asumido los propietarios de alquileres particulares, cuyos términos son muchas veces cortos y son con frecuencia hombres pobres; y los inspectores sanitarios normalmente evitan aplicar la ley excepto en los casos más extremos. Una casa podría ser condenada y derrumbada bajo la ley del señor Torrens,⁵ pero esta ley no le brinda poder de compensación al propietario, ni tampoco le otorga la facultad obligatoria a algún organismo público de adquirir intereses distintos en las casas defectuosas, aunque en la ausencia de alguno de estos poderes, muchas veces es prácticamente imposible satisfacer a todas las personas interesadas para obtener la casa y llevar a cabo la reforma deseada.

Repito, hay muchas casas que las clases que las habitan desearían comprar y renovar, pero que, debido a los defectos en los títulos de propiedad o incluso a la ausencia de estos, ninguna persona o empresa que tenga la intención de proporcionar el dinero para las mejoras se atrevería a comprar. Se encontró a un hombre en posesión que está dispuesto a vender, pero no tiene título de propiedad. Por supuesto, tal persona solo se ocupa de cobrar los alquileres y se abstiene cuidadosamente de gastar cualquier cosa en la propiedad, por temor a perder el valor de sus mejoras, en caso de que aparezca alguien con un título de propiedad mejor. Visité muchas propiedades que me hubiese encantado tener a mi cargo, pero las dificultades de esta naturaleza me impidieron comprarlas.

3 Placas de madera utilizadas en el período victoriano (N. de la T.).

4 Apuntalamiento es un término que por lo general se utiliza en la construcción para describir el proceso de apoyo en una estructura con el fin de evitar un colapso en la construcción (N. de la T.).

5 Sir Robert Torrens (1814–1884) fue el creador del Sistema Torrens. Este es un sistema de Registro de la propiedad propio del derecho anglosajón, cuyo objetivo principal es lograr celeridad en los negocios inmobiliarios, pero no brinda toda la seguridad jurídica que sería de desear (N. de la T.).

Cuando participé como miembro en un comité convocado el año pasado por el consejo de la COS, comencé a pensar especialmente en cómo y otros obstáculos similares podrían superarse y también a darme cuenta de la manera más clara lo poco que habían hecho hasta ahora los organismos actuales, para considerar los mejores medios para renovar las viviendas de los pobres en Londres. Antes de ese comité, surgieron dos hechos en especial que me causaron una buena impresión. Se les solicitó a todas las sociedades y personas privadas, que el comité sabía que habían realizado un trabajo notable en la construcción o en adaptar las casas para los pobres de Londres, que enviaran informes de la cantidad que alojaban en sus propiedades. La información se recibía desde varias fuentes, las cuales incluían a Peabody Trustees,⁶ la empresa del señor Sydney Waterlow⁷ y la baronesa Burdett Coutts.⁸ Era sorprendente descubrir que, desde que la Asociación Metropolitana (que fue la primera en emprender el trabajo) comenzó sus actividades hace unos treinta años, esta y sus sucesores han proporcionado alojamiento para solo 26 000 personas. ¡No mucho más que la mitad del número que se suma anualmente en la población de Londres!

Además, surgió que la dificultad para obtener lugares adecuados fue tal que la empresa del señor Sidney Waterlow tenía una gran cantidad de capital en tierra, el cual no se podía utilizar por falta de suelos adecuados. ¡Y esto mientras los capitalistas, a quienes no les importa y no saben nada de sus propiedades, están haciendo dinero con casas que son una maldición para el barrio!

Sin embargo, aunque sabíamos lo mucho que había por hacer, lo relativamente poco que se había hecho hasta ahora y lo difícil que era encontrar soluciones adecuadas, nos daba ánimo escuchar que una gran ciudad ya había afrontado y superado dificultades como las nuestras. Nos enteramos de una ley aprobada en el año 1866 para mejorar la ciudad de Glasgow y Lord Provost⁹ tuvo la amabilidad de acercarse y brindarnos información sobre la naturaleza y el funcionamiento de esa ley.

6 Peabody Trustees es una de las asociaciones de viviendas y de regeneración de las organizaciones benéficas comunitarias más antiguas y más grandes de Londres. Se fundó en el año 1862 por el banquero estadounidense George Peabody (1795–1869). La organización funciona únicamente en Londres y brinda servicios a más de 55 000 habitantes (N. de la T.).

7 Sir Sydney Hedley Waterlow (1822–1906) fue un filántropo y político inglés. Trabajó en muchas organizaciones benéficas (N. de la T.).

8 Baronesa Angela Georgina Burdett–Coutts (1814–1906) fue una filántropa del siglo XIX. En 1837 se convirtió en la mujer más adinerada de Inglaterra (N. de la T.).

9 Lord Provost era la principal figura cívica apolítica de la ciudad, local y en el exterior. Esta oficina se creó en el año 1453. Los alcaldes que dirigían esta oficina en Glasgow en la época en que se promulgó la ley que se menciona en este artículo fueron: John Blackie (1863–1866) y Sir James Lumsden (1866–1869) (N. de la T.).

Lo que sigue es un resumen del informe del discurso del alcalde Provost, que apareció en el *Corresponsal* de la Organización de Caridad el 14 de mayo de 1873:

Dijo que, en Glasgow, desde hacía mucho tiempo que la población vivía aglomerada, eran 50 000 personas abarrotadas en ochenta acres. Muchas de las casas no tenían suficiente aire o luz y varias fueron meras guaridas de ladrones e indigentes. Los impulsores de la ley llegaron a la conclusión de que era necesario erradicar el mal y le solicitaron al Parlamento la concesión de un préstamo de un millón de libras y un distrito, señalaron los elementos negativos del plan y consiguieron las influencias para destruir, reconstruir o vender, como mejor se pudo; de hecho, para cambiar el lugar por completo. Tuvieron la libertad de imponer una tasa de seis peniques de cada libra, pero lo consideraron necesario solo el primer año. Luego se redujo a cuatro peniques durante dos años, después a tres peniques y ahora están por reducirlo a dos peniques, de acuerdo a lo que el alcalde esperaba. Contrataron a un agrimensor, de manera discreta, para comprar una gran cantidad de propiedades antes de que hicieran algún cambio, ya que los precios podían aumentar si empezaban a mejorar antes de completar su compra. Lograron, casi sin dificultades, comprar propiedades por la suma de un millón y revendieron, con ganancias, terrenos con restricciones de construcción con un valor de más de 300 000 libras. Se destruyeron las casas en las que predominaba la fiebre, se ampliaron las calles y las vías públicas atravesaban el conjunto de edificios. Aquellos a los que se les encomendó el funcionamiento de la ley no utilizaron el principio de construcción propia; fue suficiente con dar a conocer al público que se buscaban casas. Los albañiles se apresuraron y construyeron calles enteras. Bajo sus leyes generales tenían autorización para demoler solo cuando las casas fueran inseguras, no cuando las condiciones sanitarias fueran precarias. Por consiguiente, nada se podría haber llevado a cabo sin las competencias de la compra obligatoria y la indemnización que les otorgaba la ley de 1866. La ley restringía a los administradores de eliminar más de 500 propiedades de la población de una sola vez sin un certificado del comisario que declarara que se podía conseguir el alojamiento. Sin embargo, en realidad, las casas se construyeron para hospedar a casi el doble del número eliminado. La pérdida que se generó antes de comenzar fue de aproximadamente 200 000 libras, pero el alcalde no la estimó a más de 50 000 libras e, incluso, esperaba no tener nada que perder por el trabajo, aunque los gastos fueran grandes. El costo de la ley y de las notificaciones parlamentarias a los ocupantes era de 17 000 libras. En general, el efecto sobre la ciudad era muy favorable. Las casas de mala fama se redujeron a un 15 %, se destruyeron las guaridas de los ladrones y de las enfermedades, se redujo la cantidad de los negocios que vendían whisky y hubo un progreso en la moral al igual que en el estado físico.

La importancia del precedente así proporcionado era evidente e inmensa. El comité sintió de inmediato que aquí se encontraba la solución deseada. Si los poderes de la compra obligatoria como los cedidos a Glasgow, como los que le entregan todos los días a las empresas ferroviarias, como los que se otorgan en la Junta Metropolitana de Obras Públicas cuando se deben ampliar las calles o hacer nuevas vías públicas, se pudieran adquirir en un organismo que representara a los contribuyentes de todo Londres, existiría la posibilidad de tratar de resolver efectivamente todo lo nocivo en su conjunto. Tal organismo podría destruir las casas, volver a alquilar los sitios a los albañiles o a las empresas constructoras, que se comprometerían a facilitar viviendas adecuadas; o si ninguna estuviera disponible, podía realizar la tarea de la reconstrucción como última instancia. Se le sugirió al comité que la ausencia de cualquier gobierno municipal de Londres, similar al de Glasgow y otras grandes ciudades, sería un problema. No obstante, no estaban dispuestos a posponer las actividades hasta lograr la difícil tarea de organizar un gobierno municipal en Londres y pensaban que los poderes necesarios podrían ser asignados a la municipalidad de la ciudad y a la Junta Metropolitana de Obras Públicas en el resto de Londres por el momento. Si toda Londres alguna vez llegara a ser gobernada por una autoridad central, el trabajo y los poderes de los organismos independientes podrían cederse al nuevo gobierno.

El comité elaboró y publicó un informe que expresaba este punto de vista y desde entonces le presentó un recordatorio al secretario del interior, en el cual expresa sus deseos de que el gobierno tome alguna medida en el asunto e introduzca una ley en el Parlamento que contenga condiciones calculadas para solucionar los problemas actuales. Sin embargo, mientras estoy convencida de que el problema está en manos de hombres que no lo dejarán pasar por alto, también siento que actualmente es muy importante que todos los medios informen al público para que se interese en el tema y se genere una fortaleza de opinión que hagan realidad grandes proyectos. Con esto, deseaba que la visita a Glasgow y un informe de lo que encontré allí pudieran hacer algo para que ese gran conjunto de personas, quienes encuentran ilegibles los Libros Azules¹⁰ y los informes, comprendieran algunos aspectos de lo que se ha realizado en Escocia y pudieran implementarlos en nuestra Londres.

Por lo tanto, viajé a Glasgow y de inmediato me contacté con los líderes del movimiento. Lo primero que me mostraron fue el plano de la ciudad antes que la ley fuera aprobada y fotografías de algunos edificios que habían sido demolidos bajo sus disposiciones. Creo que la insalubridad y la superpoblación eran peores que en Londres. Los *wynd*s, como llaman a los callejones allí, eran

10 Catálogo de precios (N. de la T.).

casi tan angostos como los de Londres y estaban a menudo bloqueados en un extremo, lo que provocaba el desabastecimiento completo del flujo de aire. Sin embargo, lo que vi allí, que casi nunca he visto en Londres, es una especie de panal o laberinto de edificios donde, para llegar al callejón más alejado, uno debía pasar debajo de una seguidilla de pasadizos abovedados construidos bajo las casas que unían las calles en mal estado. Según los planos, algunos de estos pasajes estrechos que se asimilaban a túneles parecían tener muchas yardas¹¹ de largo. Las casas también eran más altas de lo que es común en los callejones londinenses y, en consecuencia, la oscuridad y penumbra eran mayores. Había otra característica completamente nueva para mí y que definitivamente no existe en Londres. Entre algunas de las casas había grietas angostas de 6 a 12 pulgadas¹² de ancho que eran la única fuente de luz de las habitaciones traseras. Hubo distintas explicaciones sobre el origen de estas grietas. Algunos decían que representaban espacios que habían sido previamente ocupados por paredes de jardín en las cuales ninguno de los dueños adyacentes tenía derecho a construir; otros que el espacio se dejaba para que el alero de cada casa gotee en el suelo del dueño y no en el del vecino. La común denominación de «goteras» o «desperdicios» que se les dio a estas ranuras parece confirmar esta última explicación. De cualquier manera, estaban presentes en los planos oficiales y vi lo que quedaba de ellas en el lugar, espacios angostos que sin duda eran algo más que beneficioso para las casas que si estuvieran construidas una al lado de la otra sin una corriente de aire mediante. No obstante, cuando las personas tenían hábitos insalubres y arrojaban las cosas por la ventana, estas goteras, que eran demasiado angostas y por ende imposibles de limpiar, se convertían en recipientes donde seguramente se descomponía todo tipo de sustancia que causara la fiebre y transportara enfermedades en cada partícula de aire. Mientras observaba las fotografías oficiales de estos callejones —oscuros, descuidados y degradados— y el presidente y secretario de la sociedad fiduciaria que impulsaron la ley decían cosas como: «Esto todavía continúa presente, pero esto ya no» o «Esto ya se quitó y esto y aquello desaparecen en un mes», no podía evitar sentir cuán orgullosos y felices debían estar estos hombres por haber logrado tales reformas; y fortaleció mi deseo de que algún día alguien en Londres sea capaz de señalar los antiguos sitios donde abunda la fiebre y decir: «Ya no existen». A la mañana siguiente fui a ver los restos de los viejos callejones y pasadizos. Me encontré con que varias casas y callejones completos se habían demolido para dejar entrar el efecto esclarecedor del sol y el aire. La población desdichada y macilenta que habitualmente se amonto-

11 Una yarda equivale a 0,914 metros (N. de la T.).

12 Seis pulgadas equivalen a 15,25 cm y 12 pulgadas equivalen a 30,48 cm (N. de la T.).

naba en lugares oscuros y apartados ahora estaba reunida en un espacio libre que hacía años no recibía la luz del sol ni dejaba pasar el viento. Los niños que, supongo, nunca antes tuvieron donde jugar, ahora jugaban en espacios abiertos. Era como si un ángel brillante y purificador hubiese apoyado su dedo poderoso en los sitios miserables y negligentes. Los espacios abiertos, los rayos de sol y los niños jugando parecían deseosos del futuro mejor. Sin embargo, tenía pruebas de lo mal que estuvieron y que todavía estaban las cosas. En algunos callejones había inmensas puertas de hierro que estaban abiertas, pero que evidentemente, al cerrarlas, eran capaces de bloquear el paso por completo. Como parecía que se habían colocado recientemente, es natural que haya cuestionado el porqué de su presencia. Me informaron que cuando se demolieron las casas que anteriormente bloqueaban uno de los finales de un callejón, los ladrones que acechaban estos lugares se aprovecharon del pasaje que se abrió para evadir la persecución. Para remediarlo, se colocaron estas puertas, que se cierran y traban al anochecer, pero la policía tiene una llave maestra para así poder perseguir a los fugitivos y obstaculizar el escape. Entrar de manera forzada en estos nidos de ladrones no puede ser otra cosa que un gran beneficio. Algunos males no se alivianan al dispersarlos, pero la deshonestidad prospera mayormente cuando se fomenta en estas guaridas. La cercanía de vecinos honestos y respetables hace que el hábito de robar sea imposible, al igual que rodearse de personas pulcras y decentes y entrar en contacto con la luz son factores que motivan al aseo y la limpieza.

Descubrí que las nuevas viviendas para pobres, para las cuales fue necesaria la demolición de los viejos distritos, no fueron construidas en los mismos sitios, sino en los suburbios, en un territorio comprado por los fiduciarios de la ley que luego arrendaron a los constructores, que estaban sujetos a erigir edificios para la clase obrera. Estas viviendas nuevas eran superiores a las que anteriormente habitaba la clase obrera de la ciudad, que, por consiguiente, acudieron a estas y abandonaron sus antiguas residencias para que las ocupen aquellos que habían perdido sus hogares debido a las demoliciones de los callejones. Por supuesto que sería mucho mejor que a las nuevas viviendas las construyeran emprendedores en una iniciativa comercial antes que una organización municipal o una agrupación caritativa. Los creadores de la ley esperaban eso mismo. No obstante, para asegurar que la ley no fracasara en su objetivo principal, se les otorgó el poder a los fiduciarios para volver a construir si esto fuera necesario. Sin embargo, no lo fue: los especuladores se presentaron de inmediato y la construcción de las nuevas viviendas de parte de empresas privadas superó el ritmo en el que se eliminaban las viejas construcciones. Este rápido suministro de casas sustitutas debió haber prevenido la suba de precios, que sin duda hubiera sido inevitable si la población desplazada hubiera tenido

que competir por el alojamiento en barrios superpoblados (como sucedía a menudo en Londres cuando se demolía una gran cantidad de propiedades).

Además, en Glasgow tomaron cuidados especiales para que se cumplan las leyes que controlan la superpoblación y, como fue mencionado anteriormente, la ley estipulaba que en seis meses no más de 500 personas debían ser trasladadas, a menos que el juez principal del distrito expidiese un certificado en el cual exprese que está satisfecho con la cantidad de casas vacías para alojar a la población desplazada. Me aseguraron que se cumplió rigurosamente con esta estipulación.

En Glasgow no solo se había conseguido una ley de Mejoras,¹³ sino que también se había logrado una reforma sanitaria completa de la ciudad. Ahora, ¿existe alguna dificultad que impida que la ciudad de Londres logre lo mismo? Hay un gran punto de diferencia que es vital, según mi opinión, para el éxito del proyecto, y es la extensa distancia que hay entre nuestros suburbios y los distritos más poblados. En Glasgow los terrenos económicos se encuentran en los alrededores de la ciudad y a una milla¹⁴ de distancia de los terrenos derrumbados. Los obreros que se mudaron allí no viven demasiado lejos de su trabajo y se transportan fácilmente en varios tranvías económicos que viajan hasta el centro de la ciudad. No obstante, nuestros suburbios están demasiado alejados para pretender que la mayoría de nuestra población pobre y obrera pueda vivir allí. Puede que muchos lo hagan y desconozcamos cuántos. Para esto, se debería promover el uso de tranvías y trenes, que sin duda serán otorgados a medida que la población en los suburbios vaya aumentando. Aparte, sería recomendable aumentar el número de trenes obligatorios para obreros y la aplicación de un horario más temprano para su llegada a la terminal. También esperamos que algo surja de la descentralización de la industria y la probabilidad de que las fábricas se muden a los suburbios, si fuera más fácil obtener empleados allí. Sin embargo, para cuando todo esto se logre completamente, aún habrá en Londres —al menos por varios años— una cierta cantidad —muy grande, a mi parecer— de personas que tiene que vivir cerca de su trabajo y ese trabajo está en la ciudad. ¿Cómo se satisfacen las necesidades de estas personas? La dificultad es mayor porque es probable que sean los más pobres. Aquellos que reciben un salario más alto pueden pagar los tranvías y trenes, trabajan menos horas y más fijas y no necesitan meter a su familia en el torbellino de la labor, sino que dejan a sus esposas e hijos en los suburbios. Sin embargo, ¿qué sucede con las mucamas viudas que deben apresurarse para hacerle la cena a sus hijos, los estibadores y los vendedores ambulantes? ¿Cómo

13 Traducción propia de Glasgow Improvement Act de 1866 (N. de la T.).

14 Una milla equivale a 1,609 kilómetros (N de la T.).

se atienden sus necesidades? Para ellos y muchos más será necesario proveer viviendas económicas en los barrios de sus hogares actuales.

El problema está en cómo lograr esto sin subir la renta a un nivel inaccesible o cometer el error fatal de intentar alojar una gran cantidad de la población a través de la caridad. Numerosas experiencias me han convencido de que se pueden comprar viviendas, demolerlas y luego volver a construirlas y así dejar el precio de la renta de las habitaciones más barato que el que se pagaba en las casas originalmente. Y aun así el propietario obtiene un beneficio neto de 5% de todo lo ganado, ya sea en compras, demolición o construcción. Mi experiencia más reciente es la siguiente: en algunas casas compradas hace poco en un terreno bastante poblado, el promedio del alquiler de las habitaciones era tres chelines y medio penique¹⁵ y luego de ser reconstruidas quedaron dos chelines y siete peniques y medio por habitación, a pesar de que se agregaron varias comodidades que faltaban en las viejas moradas y que ya no hay habitaciones subterráneas. El alquiler de las viviendas refaccionadas parece ser más elevado en proporción que lo que es realmente debido a que la gente compara un *conjunto* de habitaciones nuevas con lo que antes era una sola habitación. Estos resultados se obtuvieron en muchos casos bajo condiciones menos favorables que si hubiera gente trabajando a una escala mayor y en áreas más extensas. Por ejemplo, cuando las casas eran de dos pisos, se podía elevar la altura y las habitaciones, así subía el alquiler; mientras que al cubrir mucho espacio con edificios construidos bajo un plan estándar y sistemático se estaría ganando espacio que hoy en día es desperdiciado debido a la construcción desordenada y aleatoria de las calles y viviendas. La Asociación Metropolitana para mejorar las viviendas de la clase obrera¹⁶ declaró que «mientras que en la población de Westminster (el área más poblada de la ciudad) se reparte un acre¹⁷ cada 235 personas, puede alojar a 1000 personas por acre, incluyendo las áreas de los grandes patios y jardines» (citado, con evidencia para confirmarlo, del Informe de las Viviendas, Comité de la COS, pág. 11. Longman).

No obstante, suponiendo que demoler y reconstruir casas bajo un plan mejorado no es tan costoso e ineficiente como parece a simple vista, ¿no sería imprudente dejar en las manos de las autoridades públicas a la mitad de la población de Londres y hacerlos responsables de la construcción, administración, supervisión y arrendamiento de miles de casas? ¡La respuesta es muy fácil! Aunque parezca prudente incluir en la ley de Mejoras cláusulas que autoricen

15 El chelín es una moneda inglesa equivalente a la vigésima parte de una libra, utilizada hasta 1970. El penique valía la duodécima parte del chelín (N. de la T.).

16 Traducción propia de Metropolitan Dwellings Association (N. de la T.).

17 Un acre equivale a 0,40 hectáreas (N. de la T.).

a las autoridades municipales para reconstruir si ninguna otra agencia se ofrece a hacerlo, lo sucedido en Glasgow y las probabilidades del asunto sugieren que otras agencias se ofrecerían para hacer el trabajo y que las empresas privadas se encargarían de hacer todo lo requerido. Tan pronto como el terreno esté vacío, quizás antes de eso, las compañías y las constructoras privadas se acercarán para formar parte de un proyecto ventajoso y, como en Glasgow (donde, por cierto, no hay asociaciones caritativas de construcción), en poco tiempo reemplazarán los edificios inhabitables por viviendas del tipo que se necesitan.

No tengo mucho más para decir al respecto, excepto una o dos sugerencias que quizás aclaren algunos problemas en el tema de la reconstrucción y la forma en la que debe llevarse a cabo:

Un elemento importante en el costo de la construcción de una vivienda en Londres es el precio del lugar. En algunas partes de la ciudad cada pulgada¹⁸ cuadrada tiene su precio. El primer objetivo del constructor debe ser sacar el mejor provecho posible del espacio disponible y con una economía estrictamente compatible con los requisitos sanitarios. Para lograrlo se debe tener en cuenta que la fachada ante la vía pública es un elemento determinante en el precio. Por lo tanto, los terrenos lindantes a las calles más transitadas no se deben utilizar para las viviendas para pobres si se quiere mantener el precio del alquiler lo suficientemente bajo. Sin embargo, la mayor parte del tiempo las clases bajas necesitan ser alojados en los barrios más cercanos a estas calles. También se debe tener en cuenta que en la mayoría de los casos las casas de las calles principales no se verían afectadas y, por consiguiente, los recorridos actuales de los trenes londinenses, en su mayoría, no se modificarían.

Sin embargo, se pueden ver continuamente en las zonas más pobladas de Londres cuerdas de casas construidas de esta forma: en primer lugar, nos encontramos con una manzana de grandes viviendas frente a cuatro calles. Estas solían tener jardines o patios traseros, pero mientras el terreno se volvía cada vez más valioso se volvieron a construir, generalmente con casas mucho más humildes en las que el acceso era un pasaje angosto desde algunas de las calles importantes, a veces a cielo abierto, otras veces con solo un túnel debajo de la vivienda. Estas son las casas internas y humildes que normalmente forman los callejones y callejas y que deberían ser demolidas, pero el espacio adquirido con su destrucción no se puede utilizar de forma eficaz a menos que se autorice a derrumbar la línea de propiedades que rodean y sobrepasan al resto y obstruyen el paso del aire. Para este objetivo se deberá tomar poder no solo sobre las viviendas cuyo estado y posición signifiquen su extracción imperativa o aconsejable, sino que también sobre muchas propiedades importantes que

18 Una pulgada cuadrada equivale a 6,4516 centímetros cuadrados (N. de T.).

deberían derrumbarse para el beneficio de los vecinos más humildes. Luego, suponiendo que el espacio quedara libre y los accesos destechados y más anchos, se debe aprovechar al máximo sustituyendo una cuadra de viviendas centrales por varios terrenos de viviendas más bajas (sin una conexión bien planeada entre ellas o entre las casas en las calles principales). Estas deben ser mucho más altas que los edificios que reemplazan para poder alojar la misma cantidad de personas y, al mismo tiempo, dejar suficiente espacio entre el centro de la cuadra, los negocios que la rodean y las viviendas que dan a la calle.

No obstante, sigue siendo probable, cuando todo esté terminado, que los pobres deban pagar un poco más por las viviendas nuevas que lo que pagan por las actuales si los reformistas sanitarios y los entusiastas filantrópicos insisten en técnicas elaboradas, costosas de erigir y también de mantener en orden. A estos últimos les digo que no apunten demasiado alto. Agradezcan que son capaces de lograr un progreso razonable. Es mucho mejor poder proveer un edificio tolerable que brinde beneficios a uno perfecto que no lo haga. Uno de los planes se adoptará y conducirá a excelentes resultados, mientras que el otro permanecerá aislado y será un experimento infructífero, una advertencia para todos los que no pueden y no quieren perder dinero. Si lo que quieren es proveer para una familia que vivió, hasta ahora, en una sola habitación oscura y hedionda, con un piso de madera deteriorado y atestado de mugre, pestes y humedad en las paredes, chimeneas humeantes cercanas a escaleras oscuras y peligrosas; en una casa sin ventilación ni patio trasero, con desagües de ladrillo viejo y tanques de agua averiados y sin tapa. Agradezcan si ustedes pueden, por el mismo alquiler, garantizar un hogar nuevo, limpio y puro. No exijan que haya un suministro de agua en todos los pisos o un lavadero por familia, teniendo en cuenta como aumentaría el costo en cañerías y sistemas de drenaje. Construyan un lavadero comunitario espacioso para todo el edificio y modere sus ambiciones para que, de alguna manera, se adapte a los ingresos de su inquilino. Bríndele por todos los medios lo más que pueda a cambio de su dinero, pero no lo hospede por caridad, o alojarán a unos pocos y desalentarán en vez de estimular a otros a construir para los más pobres.

7.

Espacio para la población

Para cualquier persona que trabaja entre ellos es notable que, probablemente, una de las necesidades más prominentes entre los pobres sea la falta de espacio.

Cuando estoy en sus habitaciones, siento cuanta diferencia harían uno o dos pies,¹ si el cuarto fuera lo suficientemente grande para que la mujer abra la ventana sin tener que subirse a la cama; o si pudiera alejarse del calor agobiante de un día de junio; o si todos los que ingresaran no tuvieran que rozar la pared para que una gran marca negra aparezca en la superficie recién pintada.

Ingreso a sus patios traseros y cuánto anhelo derrumbar el muro que oscurece las pequeñas habitaciones o empujarlo hacia atrás y dejar un espacio para secar la ropa, para un lavadero pequeño o para colocar la grada. Cuando veo las partes de los terrenos sin utilizar cerca de una granja o cabaña, a veces pienso en todo lo que podríamos hacer detrás de una casa de Londres.

Sin embargo, aun frente a sus hogares en Londres, ¿los pobres se encuentran en mejores condiciones? Algunas noches calurosas de verano suelo acercarme a una calle angosta asfaltada, con casas de ambos lados. El sol las calentó durante todo el día, hasta espantar a casi todos los habitantes afuera de sus hogares. Los que no están en el bar están sentados o parados en los umbrales de sus casas, propensos a peleas, acalorados, sucios; los niños se arrastran o

1 Un pie equivale a 30,4 centímetros (N. de la T.).

están sentados en piedras calientes hasta que cada centímetro del lugar cobra vida, y es como si tuviera que caminar sobre ellos, hacer lo que sea, si es que logro caminar por la vereda siquiera. Todos están mirándose, el lugar rebosa de palabras poco gentiles.

De hecho, es en noches como estas que se bebe en exceso, las peleas abundan y el lenguaje es más soez. Un amigo del este de Londres una vez me dijo: «El invierno no nos desafía ni la mitad de lo que lo hace el verano. En el verano la gente bebe más, vive más al aire libre y hay más vicios». A veces en noches tan calurosas en un distrito, mientras intento calmar a las mujeres exaltadas gritándose palabras execrables entre ellas, miro hacia arriba repentinamente y veo uno de esos pequeños resplandores de luz que el sol irradia justo antes de caer, posándose sobre la punta de una chimenea, y es hermoso, aunque muy por encima de las cabezas para que la muchedumbre pueda observarlo. No obstante, me genera un pensamiento triste sobre los lugares tranquilos, bellos y alejados donde el sol reposa en un árbol, una colina, una nube, y siento que esa tranquilidad, esa belleza, ese espacio tendrían más poder para calmar mi alteración que todos mis esfuerzos agitados. Las palabras de Lowell vienen a mi mente: «Los reformistas de Dios carentes de pasión. Influencias que purifican, sanan y no se ven».

Estas palabras reprochan mis propios esfuerzos apasionados por la reforma y me llevan a preguntarme si no somos capaces de encontrar soluciones más exhaustivas y otorgar, en cierta medida, el obsequio sanador del espacio.

Es extraño pensar que es un regalo tan difícil de recuperar para los habitantes de Londres. Para la mayoría de las personas es una herencia con la que nacen y la aceptan directamente de Dios al igual que la tierra en la que trabajan, la luz y el aire y los regalos que la acompañan. En cierta forma, este hecho facilita el problema. Este espacio parece ser un regalo común para el hombre, algo que no está especialmente obligado a conseguir para él y su familia. En los casos en los que no se hereda fácilmente, según mi criterio, lo otorga el estado, la ciudad o el hombre millonario, sin que peligre el poder del individuo y el hábito del desarrollo personal. El hogar es la posesión del individuo y se debe trabajar para obtenerla, pero el parque o la plaza pública son lugares que el hombre comparte con sus vecinos, algo que desciende como una herencia comunitaria de generación en generación. Sin duda alguna, esto debe brindarse sin pauperismo.

¿Cómo puede brindarse de la mejor manera? ¿Y qué es exactamente lo que se debe brindar? Creo que queremos cuatro cosas: lugares para sentarse, lugares para jugar, lugares para pasear y lugares para pasar el día. Con respecto a lo último, no voy a explayarme en este texto. La conservación del parque de Wimbledon y el bosque Epping demuestra que la necesidad es cada vez más reconocida. Sin embargo, una visita a Wimbledon, Epping o Windsor afecta

al trabajador no solo en el costo del viaje, sino que además significa la pérdida del salario de un día completo. Además, lo que necesitamos son lugares donde las largas noches de verano o los sábados por la tarde se puedan disfrutar sin esfuerzo o grandes gastos.

En primer lugar, entonces, discutiremos los lugares para sentarse. Estos deberían estar muy cercanos a los hogares de los pobres y pueden ser pequeños, mientras sean bonitos y estén bien iluminados, pero deben ser muchos y estar bien distribuidos. Los lugares más fácilmente disponibles son nuestros cementerios abandonados junto a las iglesias. Estoy segura de que a los muertos y a sus seres queridos no les molestaría compartir en pequeña medida ese espacio tranquilo con los que aún viven. Hay un pequeño cementerio con espacio verde en la calle Drury Lane, y tan solo observar su vegetación fresca y brillante a través de la reja es una bendición. No obstante, si se abrieran las puertas durante las noches calurosas de verano y se colocaran asientos para la gente, estoy segura que ayudaría mucho más al bienestar de los habitantes de Drury Lane.

Además, alrededor de la iglesia St. Giles Church hay lugar para varios bancos debajo de los árboles. La abundancia de personas que asisten a la plaza Leicester,² desde que el jardín se abrió al público, demuestra lo felices que están los habitantes de tener un lugar para sentarse al aire libre.

Sin embargo, la plaza Leicester también nos muestra otra cosa: estos lugares deben ser luminosos, bonitos y proliferos; un lugar pequeño que no es ninguna de esas cosas se vuelve penosamente sombrío. También es interesante notar lo bien que se siente una cuando las barreras son bonitas o tienen cosas hermosas sobre las que reposar nuestra mirada. Las pequeñas rejas de plomo que a menudo limitan la vista del fondo de un comedor en Londres oprimen como las paredes de una prisión, pero un terreno con soportales³ del mismo tamaño les daría una sensación de reposo y si se introdujera color a estos lugares cercados generaría tal belleza que impediría que se vean afectados por los límites. Esta es una extraña y hermosa ocasión en la cual, si reconocemos y aceptamos las limitaciones que nos designan, y lidiamos bien con lo que se nos otorga, el deseo ferviente por más desaparece y una gran paz nos santifica. Entonces, hay que dejar que nuestros pequeños espacios abiertos estén bien cuidados. Y si no son lo suficientemente grandes para estar abiertos al público sin limitaciones, hay que abrirlos bajo restricciones, prestarles la llave a las visitadoras de los distritos, maestras, clérigos, misioneras, dejar que lleven a los más pobres en

2 Leicester Square es una concurrida plaza en el sector oeste central de Londres (N. de la T.).

3 Soportal: espacio cubierto, a manera de claustro, que tienen algunos edificios o manzanas de casas en sus fachadas para protegerse de la lluvia, el frío, etc. Fuente: *Diccionario de la Real Academia Española* (N. de la T.).

grupos chicos y por turnos. No obstante, se debe aprovechar al máximo los espacios chicos que tenemos, no debemos cerrarlos por completo solo porque no se pueden abrir por completo.

En segundo lugar, los niños necesitan parques de juegos. Me alegra que los internados los provean, pero desearía que estuvieran disponibles después del horario escolar y los días sábados. Por lo que sé, esto no es así. Si así fuera, los niños no se verían obligados a jugar en los callejones y en la calle, donde abundan los malos aprendizajes, el peligro de accidentes, y carecen de un lugar apropiado o aparatos para jugar. Tales parques, de todos modos, deben ser supervisados. El señor Ruskin otorgó uno hace nueve años en uno de los terrenos del que estoy a cargo, y descubrimos en ese entonces que era necesario que haya alguien que mantenga el orden y que era de gran beneficio contratar señoritas para enseñarle a los niños a jugar. Este tema está explicado de forma tan admirable en el Registro Sanitario,⁴ del 25 de julio de 1874, que no necesito hacer más que nombrarlo aquí. Aunque sería bueno agregar que la supervisión no debe ser costosa. Si se contratara a un hombre de carácter respetable para cuidar dichos parques, que ya es demasiado viejo para competir con los obreros jóvenes, serían dos acciones caritativas, tantas como las que un donante benevolente esté dispuesto a otorgar.

Y, en tercer lugar, hemos llegado a los lugares para pasear. No tenemos mejor ejemplo que el *Embankment*.⁵ ¡Qué gran beneficio ha sido para Londres! Por supuesto que los parques y plazas también están incluidos en esta categoría, ¡y a cuántos otorgan alegría día a día! Sin embargo, más allá de los miles de habitantes que concurren a estos lugares abiertos, hay muchos que nunca encontraron su camino hacia ellos. Se conoce que una gran cantidad de personas concurre, pero son pocos los que saben de aquellos que no lo hacen. Criados en la mugre, en espacios reducidos y en la agitación de las tragedias callejeras; avergonzados de su ropa descuidada, rodeados de personas vestidas prolijamente, se reúnen en calles y callejones escondidos, cuando podrían beneficiarse de los jardines del *Embankment*. Lo que la Asociación Sanitaria de Damas⁶ hizo para los niños con las fiestas en los parques se debe hacer también para los más humildes. Se los debe invitar a salir a caminar en grupos reducidos reiteradas veces durante el verano. En uno de los peores distritos

4 Traducción propia de Sanitary Record, una publicación mensual sobre salud pública y el progreso de la ciencia sanitaria en Londres (N. de la T.).

5 *Embankment*: refiere a los terraplenes construidos a orillas del Támesis durante el siglo XIX, entre ellos el Victoria Embankment y el Chelsea Embankment (N. de la T.).

6 Traducción propia de Ladies Sanitary Association, una agrupación de mujeres dedicadas a la mejora de las condiciones sanitarias de Inglaterra (N. de la T.).

bajo mi cuidado tenemos un pequeño instituto para mujeres y niñas mayores en el cual asisten a clases, una sala de estar y actividades de entretenimiento en el invierno, pero creo que una de las mejores cosas que hizo el instituto fue organizar salidas todos los sábados durante el verano a parques, campos o plazas públicas. Los miembros pagan todos los gastos y, por lo tanto, prefieren visitar lugares a los que se puede ir caminando o por un transporte económico. Solo me referí a esto como una muestra de algo que se volverá más y más frecuente, ya que reconoce una necesidad de muchos: un agradable lugar de entretenimiento al aire libre, a poca distancia de los hogares de aquellos que no tienen jardines, ni patios y ni más de una habitación.

Hay algunos terrenos al norte de esta parroquia de Marylebone que me dieron la idea para escribir este artículo, aunque estas ideas han estado en mi cabeza hace mucho tiempo. Estos terrenos han sido nuestro recurso constante por años: no es difícil llegar a pie, y un tren por dos peniques deja a los no tan vigorosos a unas pocas yardas de la pequeña entrada. Son los terrenos más cercanos de este sector de Londres; y en las tardes de los fines de semana de verano se pueden ver cientos de trabajadores que vienen desde los barrios muy poblados y humildes de Lisson Grove y Portland Town. Los padres con una niña en cada brazo, las madres con un bebé, niños energéticos y niñas alegres entrando por las rejas se esparcen por el espacio verde como una gran corriente escapando de entre las rocas. Se sientan sobre el césped, el bebé juega con las margaritas, los pequeños niños se tambalean o revuelcan por el suave prado, los brazos de la madre descansan mientras se sienta a esperar la hora de regresar. O quizás van hasta Hampstead Heath, hacia donde se dirigen los campos, un lugar al que muchos no podrían llegar si estos acres estuvieran ocupados por casas de campo en lugar de permitir un bienvenido descanso. ¡Acres de casas de campo! Sí, los terrenos se ocuparán si no se pueden salvar a tiempo. Ahora son como una península con colinas verdes o un promontorio que se extiende hasta el océano de viviendas; los campos más cercanos a Londres que conozco, sin duda los más cercanos de este lado. Las casas se han ido acercando de a poco, pero las han dejado a nuestra disposición, por ahora. Conozco este lugar desde hace muchos años, cuando caminaba por las afueras de Londres a solas y desde ese entonces que voy, como dije, con docenas de grupos de pobres. Allí las flores todavía crecen, miles de ranúnculos forman una corona dorada en la pendiente. Y lo mejor de todo, la colina lo eleva, alejándolo de Londres, y siempre lo hará; aunque haya casas alrededor, la vista se extiende a lo lejos sobre la distancia azul hacia el castillo de Windsor. Al regresar a casa (sí, cuando sus nietos también lo hagan), si se evitan posibles construcciones en los terrenos, se verá desde allí la gran puesta del sol, con todas sus nubes alrededor, o el vacío uniforme de un cielo de verano despejado, la ciudad de

Londres silenciosa debajo suyo. La ciudad yace tan baja que parece estar en silencio, aunque en unos pocos minutos estará en ella.

A estos terrenos se los puede comprar ahora o serán ocupados por construcciones: ¿qué es lo que sucederá? El dueño le ha dado tiempo para recaudar el dinero necesario a los interesados en mantener los terrenos abiertos al público para siempre. Sus condiciones son liberales, pero aun así costarán una gran suma de dinero. Inevitablemente, los terrenos cercanos a Londres tienen un gran costo. La pregunta es: ¿vale la pena comprarlos? Pienso que, si ahora mismo valen tanto, serán más y más valiosos con el pasar de los años (valiosos en el sentido más profundo de la palabra: que brindan salud y paz, que inspiran alegría). Sin embargo, no se podrán adquirir sin un esfuerzo considerable. En Hampstead, que se encuentra hacia el norte, tienen relativamente poco interés en ellos, siendo que el páramo se encuentra en el lado más cercano a las áreas rurales. Aunque estos terrenos entre el distrito y Londres son con seguridad un beneficio. Sin duda en Hampstead se hará algo, en St. John's Wood probablemente se haga más porque los terrenos son para ellos, al igual que para nosotros, el paseo de campo más cercano. Creo que en Marylebone se debería ayudar mucho más si se dieran cuenta de la gran bendición que son estos terrenos, pero no estoy segura de que estos tres distritos puedan o deban hacerlo todo.

Esta cuestión debería quedar en manos de los grandes terratenientes de Londres, quienes pueden, aun cuando más lo intentan, darle una parte de espacio tan pequeña a sus inquilinos (el valor de un terreno en cualquier posición central es sumamente alto), que si se les pidiera unas pocas yardas lo dudarían, y por grandes espacios abiertos dirían que es, sin duda, imposible. Estos espacios se les dejaron a los ricos, quienes ni siquiera compartirían de su propio distrito con los más humildes de su propio distrito un sábado a la tarde para una exposición de flores. El único daño posible es que el pasto sea pisoteado y pierda su color, pero a la semana los residentes ricos ya tendrían campos y claros verdes inconmensurables para disfrutar. Algunos de estos males son quizás imposibles de evitar, pero la posesión del terreno es una gran responsabilidad, y si hay tan poco lugar en sus propias fincas para dedicarlo al servicio de los pobres, entonces seguramente sentirán que es su deber cumplir con la siguiente mejor alternativa: asegurar y abrir al público los terrenos más cercanos en los alrededores de Londres. Creo que la misma obligación la tienen las compañías y el municipio de la ciudad de Londres, y más que nada porque los pobres, en su gran mayoría, fueron expulsados con los fondos adquiridos para su beneficio desde el municipio, que estas empresas han heredado, y deben ser aplicados en objetivos como estos. La Junta Metropolitana de Obras Públicas, por lo que entiendo, ha hecho mucho en la compra y preservación de lugares abiertos, pero se necesita aún más, y quizás busquen la manera de ayudar.

Es erróneo controlar lo que otros deben hacer: solo ellos pueden juzgar cuáles son sus obligaciones. Solo puedo esperar que varios tomen este asunto en consideración. No sé con absoluta certeza si los terrenos sobre los que escribí son los más económicos, ni que sean los más cercanos a lugares más densamente poblados. Estoy al tanto de su belleza especial y de su valor para nuestra zona en Londres, y personalmente siento mucho aprecio por ellos, lo cual me descalifica para juzgar su valor relativo. Por lo tanto, no defendería estos terrenos por sobre otros, aunque tienen una belleza especial.

En lo que deseo insistir (y tan solo he presentado un ejemplo práctico que pueda aclarar mejor este hecho) es en el inmenso valor educativo y reformista de nuestros habitantes más pobres que brindaría un espacio cerca de sus hogares o a una distancia razonable. Todos necesitamos un espacio; sin ello no podemos lograr la calma y el silencio necesario para escuchar el suave susurro de lo bueno que nos rodea. Nuestras vidas en Londres son abarrotadas, exaltadas y sobrecargadas. Esta es la realidad de todas las clases, todos deseamos tranquilidad, todos necesitamos de belleza para refrescar nuestras almas. A veces lo vemos como un lujo, pero cuando Dios creó el mundo, lo hizo muy hermoso y su intención era que vivamos entre sus maravillas y que nos transmitan paz en nuestras vidas diarias.

Glosario

Acre: Acre. Del ingl. acre; cf. lat. ager «campo». 1. m. Medida inglesa de superficie equivalente a 40 áreas y 47 centiáreas.

Almoner: (f. o m.) asistente social. Es el agente intermediario que orienta y canaliza la problemática individual y/o colectiva, los o las asistentes sociales aportan elementos como la comprensión social y psicológica, asesoramiento y ayuda para resolver los problemas, este término fue utilizado en Colombia antes de la década del sesenta y fue reemplazado por el trabajador(a) social. Este fue cobrando fuerza en la medida en que se fue profesionalizando (Ander-Egg, 2011:8).

Asistencia social: servicios y auxilios económicos que, en atención a estados y situaciones de necesidad, se consideren precisos, previa demostración, salvo en casos de urgencia, de que el interesado carece de los recursos indispensables para hacer frente a tales estados o situaciones (citado en Rodríguez Cardo (s.f):6).

Board of Guardians: Junta de Tutores. Un grupo de contribuyentes que administraban los hogares para pobres, gestionando finanzas, empleados, controlando el pago de mantenimiento, el retiro de los niños, pago a los pobres y el traslado hacia y desde sindicatos de la ley de Pobres (*Powys: A Day in the Life*).

Charity Organization Society (COS): COS (Organización Social de Caridad). Fundada en 1869, la COS generó un profundo impacto en el trabajo social a través de su defensa y codificación de métodos emergentes. Concentrada en la familia y junto con un enfoque científico proveyó los cimientos primordiales para el desarrollo del trabajo social como profesión en Gran Bretaña (Smith, 2002).

District: Distrito. Del lat. *districtus*, de *distingĕre* «separar». 1. m. Cada una de las demarcaciones en que se subdivide un territorio o una población para distribuir y ordenar el ejercicio de los derechos civiles y políticos, o de las funciones públicas, o de los servicios administrativos.

Districtbook: Libro de contabilidad. Prontuario de contabilidad de cada uno de los individuos o familias que habitan en un distrito determinado. Ingresos contables de la visitadora personal de cada una de las familias.

Elberfeld System: Sistema Elberfeld. Plan para la administración de la ayuda económica para los pobres originado en la ciudad alemana Elberfeld en 1853. Bajo este sistema, la ciudad se dividía en varios distritos de la ley de pobres con unos cuantos *Pfleger* asistentes seleccionados para cada distrito. Los asistentes, que no eran pagos, tenían el rol similar al de los encargados de las parroquias británicas. A cada una se le asignaba una cantidad fija de casos asistenciales para investigar, asistir y controlar. Los fondos de cualquier ayuda asistencial se recaudaban de los municipios, que seleccionaban a un pequeño comité para administrar el sistema. La ayuda se le podía brindar a aquellos que carecían para evitar

que lleguen a la indigencia. El sistema no utilizaba ninguna institución asistencial como los hogares para pobres.

El sistema Elberfeld despertó gran interés en el Reino Unido. En 1887, fue analizado en detalle por la Junta de Gobierno local, pero concluyeron en que sería con certeza un fracaso, por lo que el plan nunca se llevó a cabo.

Improvement Act (Glasgow, 1886): ley de Mejoras (Glasgow, 1886). La ley de Mejoras de la Ciudad de Glasgow le brindó al municipio de la ciudad de Glasgow, Escocia, la posibilidad de adquirir propiedades en los suburbios, demolerlas, ensanchar y alinear las calles del centro de la ciudad. La ley era también responsable del Departamento de Higiene (*Cleansing Department*). La idea era demoler las construcciones, ensanchar las calles y alentar a constructores privados a edificar en áreas despejadas (*The Glasgow Story*).

Inspector of Nuisances: Inspector sanitario (equivalencia más cercana). Empleado contratado por una parroquia o municipio encargado de inspeccionar las condiciones sanitarias y la obstrucción de caminos o calles. Se encargaba de hacer cumplir la ley de Eliminación de Desechos y Prevención de Enfermedades (1846).

Metropolitan Board of Works: Junta Metropolitana de Obras Públicas. Creada por la ley de Administración Local de la Metrópolis de 1855, representaba indirectamente a los contribuyentes elegidos por el alcalde, la Corporación de la Ciudad de Londres, parroquias y juntas distritales. La junta estaba a cargo del desagüe de la ciudad, además de pavimentar, iluminar, ensanchar, mejorar calles y caminos, nombrar y numerar las casas.

Poor Law: ley de Pobres. Desde fines del siglo XVI hasta después de la Segunda Guerra Mundial, en el Reino Unido se implementó un sistema de asistencia a los pobres, sean ancianos, infantes o personas desempleadas. Se comenzó a través de las parroquias y luego se crearon hogares para los pobres. A fines del siglo XVIII se hizo a través del Sistema *Speenhamland* con el cual se brindaba una asignación a aquellas personas que ganaban un sueldo por debajo del mínimo indispensable. Esto resultó en un incremento del gasto público, lo que llevó a que se promulgara la ley de Pobres en 1834. Lo único que brindaba esta ley era empleo en los hogares de pobres para estimular a los trabajadores a buscar mejores perspectivas laborales más allá de la caridad y, de este modo, salir del pauperismo. La ayuda comunitaria que aumentó a lo largo del siglo XIX atenuó la severidad de la práctica de la ley. Sin embargo, con el aumento del desempleo durante el siglo XX se demostró que la pobreza es más que un fenómeno moral (*Britannica*).

Workhouse: Hogar para pobres. Institución que proveía empleo y sustento para las personas en la indigencia o pauperismo. En Inglaterra se instalaron desde el siglo XVII hasta el XIX.

Referencias bibliográficas

Ander-Egg, Ezequiel (2011). *Diccionario del trabajo social*. Brujas.

Archives in London and the M25 area (2009). *Metropolitan Board of Works*. http://www.aim25.ac.uk/cgi-bin/vcdf/detail?coll_id=12913&inst_id=118

ARQHYS Arquitectura (2012). *Puntales y apuntalamiento*. <http://www.arqhys.com/construccion/puntales-apuntalamiento.html>

Bankside Open Spaces Trust (s.f.). *Red Cross Garden*. <https://www.bost.org.uk/red-cross-garden/>

Baráibar Ribero, Ximena (2015). *De la comunidad al estado social: la reconfiguración del campo de la asistencia*. Universidad de la República del Uruguay. <http://cienciasociales.edu.uy/departamentodetrabajosocial/wp-content/uploads/sites/5/2015/07/Fronteras-Baraibar.pdf>

Barbarella, Soto (2014). *Octavia Hill y la Vivienda Social*. <http://www.buenastareas.com/ensayos/Octavia-Hill-y-La-ViviendaSocial/54189062.html>

Blackburn, Robin (2011). *Enslavement and Industrialisation*. *British History*. BBC website. http://www.bbc.co.uk/history/british/abolition/industrialisation_article_01.shtml

Bloy, Marjie (2014). *Victorian Legislation: A Timeline*. The Victorian Web: literature, history, and culture in the age of Victoria. <http://www.victorianweb.org/history/legistl.html>

British Genealogy & Family History Forums (2006). *Odd Occupations*. <https://www.british-genealogy.com/archive/index.php/t-10615.html>

Brought to Life. Exploring the History of Medicine (2011). *Miasma Theory London*. <http://www.sciencemuseum.org.uk/broughttolife/techniques/miasmatheory>

Business Dictionary (s.f.). *Charitable Organization*. <http://www.businessdictionary.com/definition/charitable-organization.html>

Chaparro, Javier (2000). *Glosario inglés-español de términos utilizados en microfinanzas*. http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/Pnacl631.pdf

Collins English Dictionary (2016). www.collinsdictionary.com/dictionary/english

Investopedia, LLC. (s.f.). *Definition of Middleman*. <http://www.investopedia.com/terms/m/middleman.asp>

Diccionario de la Real Academia Española. www.rae.com

Dickens, Charles (1854). *Sleary's Horsemanship*. *Hard Times*. Dictionary of Victorian London. http://www.victorianlondon.org/etexts/dickens/hard_times-0006.shtml

Edkins, Jo (2009). *Pre Decimal Sterling*. *Imperial Weights and Measures*. <http://gwydir.demon.co.uk/jo/units/money.htm>

Esaak, Shelley (2015). Where did distemper paint come from? *About Education*. http://arthistory.about.com/cs/glossaries/g/d_distemper.htm

Exposición Bibliográfica (2004). *Pioneros del trabajo social: una apuesta por descubrirlos*. Escuela Universitaria del Trabajo Social. Universidad de Huelva. <http://rabida.uhu.es/dspace/handle/10272/3040>

Galimberti Jarman, Beatriz; Russell, Roy (2014). *Oxford Spanish Dictionary*. Oxford University Press.

García, Beatriz (2010). Los clubes privados ingleses, más que un punto de encuentro. *El Ibérico, el periódico español de Londres*. <http://www.eliberico.com/los-clubes-privados-ingleses-mas-que-un-punto-de-encuentro.html>

Glasgow City Council (s.f.). *Provosts of Glasgow*. <https://www.glasgow.gov.uk/index.aspx?articleid=16556>

Gorsky, Martin (1999). Self Help and Mutual Aid: Friendly Societies in 19th Century Britain. *Refresh: Recent Findings of Research in Economic & Social History*. <http://www.ehs.org.uk/dotAsset/71ae7d36-00f6-4d0d-b6db-7bef8b872d6b.pdf> 23-08-2016

Halliday, Stephen (2001, diciembre 22). Death and miasma in Victorian London: an obstinate belief. *BMJ, National Center for Biotechnology Information*. <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC1121911/>

Harper, Douglas (2001–2016). *Online Etymology Dictionary*. www.etymonline.com

- Higginbotham, Peter (2012).** Elberfeld System. *The Workhouse Encyclopedia*. Google Books https://books.google.com.ar/books?id=tl-c7AwAAQBAJ&pg=PT122&lpg=PT122&dq=elberfeld+system+encyclopedia&source=bl&ots=jHntzYypVz&sig=QQLgvpDy2WDAH80Dv7FXa6RwgOO&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwiP-Lnsl-PPAh-WDlpAKHZ_6AsUQ6AEIKjAD#v=onepage&q=elberfeld%20system%20encyclopedia&f=false
- Historical Armonies (s.f.).** *The Origins of the Maypole Dance. May day Revelers*. <http://www.historicalharmonies.org/mapypoledanceorigins.htm>
- Jackson, Lee (2005).** *Dictionary of Victorian London*. <http://www.victorianlondon.org/>
- London's Global University (s.f.).** *Bloomsbury Project*. Peabody Trust. http://www.ucl.ac.uk/bloomsbury-project/institutions/peabody_trust.htm
- Maltz, Diana (2005).** *The Aesthetics of Victorian Tenement Reform. British Aestheticism and the Urban Working Classes, 1870–1900: Beauty for the People* (pp. 59–62). Google Books. <https://books.google.com.ar/books?id=SKftCwAAQBAJ&pg=PA59&lpg=PA59&dq=octavia+hill+flower+show&source=bl&ots=N6cFzhvccg&sig=0Cm6JN81VrHAYLbAjes76jqbLY&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwis5pqy0JvPAhVkkZAKHU0hAH0Q6AEIRDAl#v=onepage&q=octavia%20hill%20flower%20show&f=false>
- Marshall, Hannah (2012).** Last orders for the Working Men's Club? *The Telegraph*. <http://www.telegraph.co.uk/travel/destinations/europe/uk/london/8993248/Last-orders-for-the-Working-Mens-Club.html>
- Merriam Webster Dictionary.** www.merriam-webster.com
- Meighan, Michael (2013).** *Glasgow: A History*. Google Books. [https://books.google.com.ar/books?id=BvzBBQAAQBAJ&pg=PT25&lpg=PT25&dq=Improvement+Act+\(Glasgow,+1886\):&source=bl&ots=noym14yxou&sig=kOsFp_NidNyl-APK_s79ICJL4k&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwitpqrER46bQAhWTPpAKHU20AmAQ6AEIHjAB#v=onepage&q=Improvement%20Act%20\(Glasgow%2C%201886\)%3A&f=false](https://books.google.com.ar/books?id=BvzBBQAAQBAJ&pg=PT25&lpg=PT25&dq=Improvement+Act+(Glasgow,+1886):&source=bl&ots=noym14yxou&sig=kOsFp_NidNyl-APK_s79ICJL4k&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwitpqrER46bQAhWTPpAKHU20AmAQ6AEIHjAB#v=onepage&q=Improvement%20Act%20(Glasgow%2C%201886)%3A&f=false)
- Miranda Aranda, Miguel (2003).** *Pragmatismo, Interaccionismo simbólico y Trabajo Social. De cómo la caridad y la filantropía se hicieron científicas*. Tesis de doctorado. Universitat Rovira I Virgili.
- Morell, Antonio (2002).** *La legitimación social de la pobreza*. https://books.google.com.ar/books?id=UxYFHDak7aEC&pg=PA25&lpg=PA25&dq=socorro+externo+%2B+ley+de+pobres&source=bl&ots=W99nXlupaK&sig=dh8bRssZazZn-JiNnSuU9F1xvLgl&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwjDs_vs6M7PAhUCIZAKHRPTA8gQ6AEIGjAA#v=onepage&q=socorro%20externo%20%2B%20ley%20de%20pobres&f=false
- Nadales Ruiz, Marta (2008).** *Creación de identidad inglesa: viajeros españoles del siglo XIX*. En *Los clubs* (pp. 173–177). Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- OxfordsDictionaries.com.** www.oxforddictionaries.com
- Perez Sena, Gabriel Nicolás (s.f.).** Sistema Torrens en República Dominicana. *Experto en Derecho® blog*. <http://expertoenderecho.blogspot.com.ar/2010/10/sistema-torrens-en-republica-dominicana.html>
- Picard, Liza (2009, octubre 14).** The working classes and the poor. *The British Library*. <http://www.bl.uk/victorian-britain/articles/the-working-classes-and-the-poor#>
- Powys: A day in the Life (s.f.).** *Social Conditions. Board of Guardians*. http://a-day-in-the-life.powys.org.uk/eng/social/es_board.php
- Rodríguez Cardo, Iván Antonio (s.f.).** *El concepto de asistencia social: un foco de permanente tensión entre el Estado y las comunidades autónomas*. Universidad de Oviedo.
- Sanborn, Franklin Benjamin (1890).** Indoor And Outdoor Relief. *The Social Welfare History Project, VCU Libraries*. <http://socialwelfare.library.vcu.edu/issues/indoor-outdoor-relief-1890/>
- Smith, Mark K. (2008).** Octavia Hill: housing, space and social reform. *The encyclopaedia of informal education*. www.infed.org/thinkers/octavia_hill.htm
- Smith, Mark K. (2002).** Casework and the Charity Organization Society. *The encyclopaedia of infor-*

mal education. http://www.infed.org/socialwork/charity_organization_society.htm

Spicker, Paul; Álvarez Leguizamón, Sonia y Gordon, David (2009). *Pobreza: un glosario internacional*. CLACSO. Traducido por Pedro Marcelo Ibarra y Sonia Alvarez Leguizamón.

Speck, William Arthur (1996). *Historia de Gran Bretaña*. Cambridge University Press. https://books.google.com.ar/books?id=FG-YH_KPncE-C&pg=PA130&lpg=PA130&dq=ley+de+la+vivienda+para+artesanos+gran+breta%C3%B1a&source=bl&ots=UAEKJ8uixZ&sig=jRPeD-V8b_UL8WYH8KsssfL4qno&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwibj8fdl5vNAhVEUZAKHWFwB6MQ6AEIGjAA

Stewart, Isaac James (2016). Angela Burdett Coutts (Burdett-Coutia), 1st. Baroness. *Geni: My Heritage Company*. <https://www.geni.com/people/Angela-Burdett-Coutts-1st-Baroness-Burdett-Coutts/6000000041251797780>

St. George-in-the-East Church (s.f.). *The Charity Organisation Society*. <http://www.stgite.org.uk/media/cos.html>

The Editors of Encyclopaedia Britannica (s.f.). *Poor Law British Legislation*. <https://www.britannica.com/event/Poor-Law>

The Editors of Encyclopaedia Britannica (s.f.). *Workhouse Social Institution*. Recuperado de <https://www.britannica.com/topic/workhouse>

The Free Dictionary. www.thefreedictionary.com

The Scotsman (2013). *Scottish Word of the week: Wynd*. <http://www.scotsman.com/heritage/people-places/scottish-word-of-the-week-wynd-12946400>

The Smith Institute (2013). *Rebuilding the relationship between affordable housing and philanthropy*. http://www.socialfinance.org.uk/wp-content/uploads/2014/03/philanthropy_and_affordable_housing_final.pdf

The University of Nottingham (s.f.). *Manuscripts and Special Collections*. <https://www.nottingham.ac.uk/manuscriptsandspecialcollections/researchguidance/weightsandmeasures/money.aspx>

Victorian London (s.f.). *Model Lodging-houses. Victorian London – Houses and Housing – Housing of the Poor – Model Housing*. <http://www.victorian-london.org/houses/modelhousing.htm>

Villalón, Julio G.; Martínez Barbeito, Josefina (2003). *Diccionario técnico inglés-español económico-financiero-actuarial*. A Coruña.

Villarespe Reyes, Verónica (2002). *Pobreza, teoría e historia*. <http://ru.iiec.unam.mx/1947/1/PobrezaTeoriaHistoria.pdf>

Vilssa Formación (2013). *La piedra natural de Pizarra y su uso en la construcción*. www.vilssa.com/la-piedra-natural-de-pizarra-y-su-uso-en-la-construccion

World Heritage Encyclopedia (s.f.). *Sir Sydney Waterlow, 1st Baronet*. Project Gutenberg Self-Publishing Press. <http://gutenberg.us/article/whebn0002931311/sir%20sydney%20waterlow,%201st%20baronet>

Word Reference Dictionary (s.f.). www.wordreference.com

Yubero, Florián (2010). *La Festividad de los Mayos. Lanaveva Blog*. <https://lanaveva.wordpress.com/2010/04/30/la-festividad-de-los-mayos>

Sobre la compiladora

Perla Hassan. Profesora de Inglés (ISPI N° 4001), traductora (ISP N° 8) y Licenciada en Inglés (UNL). Cursa la Especialización en Producción de Contenidos y Ambientes Digitales Educativos en la Facultad de Ciencias de la Educación (FCEDU-UNER). Regente de Idiomas y Nivel Primario en el ISP N° 8 Alte. Brown. A su vez docente de las carreras de Profesorado de Inglés y Traductorado Literario y Técnico-Científico en Idioma Inglés de la institución. Docente en las Facultad de Humanidades y Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF). Docente en las Facultad de Humanidades y Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF). Integra proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UCSF. Ha publicado y expuesto trabajos de investigación en diversos ámbitos a nivel local y nacional. Se desempeña como consultora lingüística y traductora independiente. Miembro de la Asociación Santafesina de Profesores de Inglés (ASPI) y matriculada en el Colegio de Traductores de la Provincia de Santa Fe Ira. Circ. (CTPSF).

Sobre las coordinadoras

Indiana Vallejos. Licenciada en Servicio Social y magister en Salud Mental por la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). Profesora Asociada de la asignatura Intervención profesional e Institucionalidad Social (Facultad de Trabajo Social-UNER), y profesora titular de la asignatura Trabajo Social y Construcción Disciplinar (FCJS-UNL). Docente, investigadora y extensionista, ha integrado equipos de proyectos de extensión universitaria y de investigación en ambas universidades. Esta publicación se desarrolla en el marco del CAI+D «La profesionalización de la Asistencia Social. Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX».

Viviana Bolcatto. Profesora en Historia y magister en Ciencias Sociales (UNL). Profesora adjunta en las asignaturas Historia Social y Política Argentina en la Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo (FADU-UNL), Historia Institucional Argentina e Historia Argentina (FCJS-UNL). Docente en la carrera de Traductorado Literario y Técnico-Científico en Idioma Inglés (ISP N° 8). Ha integrado diversos proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNL. Esta publicación se desarrolla en el marco del CAI+D «La profesionalización de la Asistencia Social. Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX».

Sobre las traductoras

Melisa Edit Dall’Agnola. Nació en 1986 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la Escuela N° 331 Almirante Guillermo Brown. En 2017 egresó del Instituto Superior del Profesorado Almirante Guillermo Brown (ISP) N° 8 de la ciudad de Santa Fe con el título de Profesora de Inglés para la Educación Secundaria. Actualmente se desempeña como profesora de Inglés en escuelas de alto riesgo en zonas desfavorables.

Paula Franco. Nació en 1990 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la Escuela Cristiana Evangélica Argentina Dr. Oscar Abdala (ECEA). En 2019 egresó del ISP N° 8 de la ciudad de Santa Fe con el título de Traductora Pública, Literaria y Técnica Científica en Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como auxiliar de Centro de Atención Telefónica.

Yanina Leiva. Nació en 1991 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la Escuela Nuestra Señora del Calvario N° 1038. En 2017 egresó del ISP N° 8 con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica en Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como traductora independiente y profesora de inglés.

Vanesa Marinaro. Nació en 1993 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la Escuela Particular Incorporada N° 3078 Padre Luis María Monti. En 2017 egresó del ISP N° 8 con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica en Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como traductora independiente.

Paula Mascheroni. Nació en 1993 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la Escuela Dante Alighieri N° 3083. En 2016 egresó del ISP N° 8 con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica en Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como traductora autónoma, especializada en traducción audiovisual y literaria, profesora de inglés y administradora de plataformas web.

Aldana Noralí Quaino. Nació en 1989 en la ciudad de Esperanza, provincia de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la Escuela de Enseñanza Media Particular Incorporada N° 8006 San José. En 2017 egresó del ISP N° 8 con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica en Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como traductora independiente, recepcionista y bartender en Bacalar, México.

Natalia Andrea Ramos. Nació en 1992 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios en la EEM N° 391 Doctor Agustín Zapata Gollan. En 2017 egresó del ISP N° 8 con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica en Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como traductora independiente.

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

Rector
Enrique Mammarella
Secretario de Planeamiento
Institucional y Académico
Miguel Irigoyen
Decano Facultad de Ciencias
Jurídicas y Sociales
Javier Aga



Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Graciela Barranco
Ana María Canal
Miguel Irigoyen
Gustavo Ribero
Luis Quevedo
Ivana Tosti
Alejandro R. Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación diseño
Alina Hill
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Laura Prati
Diagramación interior y tapa
Tè tintas

© Ediciones UNL, 2021.

—

Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Hill, Octavia
Viviendas de los pobres en Londres /
Octavia Hill; prefacio de Viviana Bolcatto;
Indiana Vallejos; prólogo de Bibiana Travi.
- 1a ed. - Santa Fe: Ediciones UNL, 2021.
Libro digital, PDF - (Ciencia y Tecnología)

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Melisa Dall'Agnola ... [et al.]
ISBN OC: 978-987-749-272-9
ISBN TOMO1: 978-987-749-324-5

1. Trabajo Social. 2. Política Social. 3.
Traducción. I. Bolcatto, Viviana, pref. II.
Vallejos, Indiana, pref. III. Travi, Bibiana,
prolog. IV. Dall'Agnola, Melisa, trad. V. Título.
CDD 305.56909

© Octavia Hill, 2021.
© Bolcatto, Dall'Agnola, Franco, Hassan,
Leiva, Marinaro, Mascheroni, Quaino,
Ramos, Vallejos, 2021.
© de la prologuista, Bibiana Travi, 2021.



Primeros pasos en el Trabajo Social es la traducción de obras clásicas de difícil acceso en nuestro medio. La presente edición es una apuesta para hacer llegar al colectivo profesional y a todas y todos los interesados en la reflexión sobre la intervención y la política social dos textos imprescindibles, ambos elaborados hace más de un siglo por Octavia Hill y Jane Addams, pioneras innovadoras que sentaron sólidas bases en el camino hacia la profesionalización del Trabajo Social. Si bien su contenido es de especial interés para nuestro campo disciplinar, podemos afirmar, como señala Horacio González, que la historia del Trabajo Social formaría parte de la «historia de las ideas del mundo moderno» y constituye así un valioso aporte para los estudios sobre la historia social, de las mujeres y la política social. Retomando palabras de Samuel Jones en ocasión del centenario del fallecimiento de Octavia Hill, podemos decir que el legado de estas pioneras está aún presente, de manera que celebramos la iniciativa de esta publicación para «pensar de nuevo: para ver los vínculos que existen, pero están enterrados y las conexiones que nunca se han hecho con nuestra realidad actual».

Bibiana Travi